

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

SISTEMA DE UNIVERSIDAD ABIERTA Y EDUCACIÓN A DISTANCIA

ANDRÉS PÉREZ, MADERISTA

DE

MARIANO AZUELA

(EDICIÓN CRÍTICA Y ANOTADA, RECEPCIÓN Y ESTUDIO DEL TEXTO)

T E S I S

PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADO EN LENGUA Y LITERATURAS HISPÁNICAS

P R E S E N T A :

LUIS JUAN CARLOS ARGÜELLES LONA

DIRECTOR: DR. GUSTAVO HUMBERTO JIMÉNEZ AGUÍRRE

MÉXICO, D.F.

2011



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ÍNDICE

Índice.....	II
Primera parte.....	III
I. Introducción.....	IV
I.1. Historia del texto <i>Andrés Pérez, maderista</i>	VII
I.2. Ubicación de la novela <i>Andrés Pérez, maderista</i>	X
II. Recepción de <i>Andrés Pérez, maderista</i>	XII
II.1.Marco teórico.....	XIII
II.2.El tácito Mariano Azuela.....	XIX
III. Estudio de <i>Andrés Pérez, maderista</i>	XL
III.1. La obra de Mariano Azuela.....	XLVIII
IV. Conclusión.....	LX
V. Anexos.....	LXIII
VI. Bibliografía.....	LXX
Segunda Parte.....	1
Presentación.....	2
Advertencia editorial.....	10
<i>Andrés Pérez, maderista</i> (Edición crítica).....	12
Notas.....	84

Primera parte

I. INTRODUCCIÓN

La presente tesis está dividida en dos partes: la primera —integrada por la historia y ubicación de *Andrés Pérez, maderista*, así como de la recepción de la que fue objeto esta novela corta a lo largo de cien años; se añade, además, un estudio particular que contextualiza la narrativa de Mariano Azuela, así como dos anexos que contienen críticas importantes de la novela transcritos en su totalidad, conclusión y bibliografía—; la segunda contiene la edición crítica y anotada de *Andrés Pérez, maderista*, acompañada de su correspondiente presentación, advertencia editorial y al final un apartado de notas de contexto.

La primera vez que leí *Andrés Pérez, maderista* la encontré interesante, divertida y llena de intensidad y fuerza. Me extrañó desde un principio que no fuera una novela suficientemente conocida. Cuando comentaba mi hallazgo con amigos y compañeros de clase se sorprendían de la existencia de una novela tal cual se las describía. Conforme fui conociendo más la obra de Azuela pude constatar que no se trataba de un caso aislado; una y otra vez volví a encontrar a un autor con fuerza y contundencia poco habituales en nuestras letras. Decidí, entonces, que una forma de rendir tributo al autor jalisciense era darlo a conocer y difundir en lo posible otras obras; más allá de *Los de abajo*, plena de popularidad y reconocimiento académico.

Entre las novelas de Azuela, *Andrés Pérez, maderista* posee características que la hacen especialmente valiosa. Primero, porque dadas las fechas de su escritura y publicación la convierten en un documento invaluable, casi fotográfico de un momento histórico que conmocionó a nuestro país: la Revolución mexicana. Inicialmente no entendía, bien a bien, por qué no se le reconocía en el canon dicho lugar. Para explorar esta y otras incógnitas fue necesario investigar la recepción de la novela a lo largo de sus primeros cien años de

existencia. Para ello utilicé las herramientas de la teoría de la recepción que nos ayudan tan eficazmente a discernir por qué una novela tiene éxito en un momento dado o, por el contrario, pasa totalmente inadvertida, como este caso, limitando la posibilidad de que en el futuro encuentre a sus posibles lectores. Segundo, porque creí necesario contextualizar a Mariano Azuela como un escritor de una obra monumental, a través de la descripción de las temáticas de cada una de sus novelas y su relación con la historia de México, ya que a lo largo de su vida desarrolló varios géneros y estilos; por eso, su bibliografía se desarrolló como un mosaico donde se fueron integrando cada una de las etapas de las sucesivas revoluciones que se dieron en el país (Jean Meyer considera a la Guerra Cristera como una revolución dentro de la Revolución Mexicana).

La edición crítica compara las dos versiones publicadas en vida del autor, la primera de 1911 y la segunda, de 1945, a través de la cual buscó discernir las particularidades de la narrativa de Azuela, los cambios que se dieron en las dos ediciones y el resultado de dicha evolución. La edición crítica muestra los cambios que el autor realizó en su novela con una cuidadosa corrección que aportó más de quinientas modificaciones a la primera versión; lo que pone en evidencia a un creador preocupado por el refinamiento (léxico, sintáctico y estilístico) y la concreción, evidenciada en la economía de recursos con grandes efectos como lo reconoció Xavier Villaurrutia al estudiar la poética del novelista. Partí de la convicción de la enorme valía de las aportaciones filológicas para el desarrollo de posibles lectores en el futuro de *Andrés Pérez, maderista*, con la intención de restituirla a la biblioteca de literatura mexicana contextualizada.

Se tomó como base la edición de 1945 ya que fue la versión final editada en vida de Mariano Azuela y se considera por lo tanto como la última voluntad autoral, personalmente encuentro esta versión más universal, es decir, más legible para un lector que no

necesariamente comparte el detalle histórico o regional para comprender una trama que sustenta su fuerza en la anécdota y en la acción, más allá de los contenidos sociológicos. Por lo tanto, esta novela está más cerca de la emoción de las aventuras del personaje Andrés Pérez, que de la tesis política que en la primera edición mencionaba con nombre y apellido a los detractores de México. Azuela comprendió que con menos lograba mayor y mejor efecto. Las más de quinientas correcciones que introdujo en su novela la hicieron más ligera, más precisa, menos regional, le permitieron calibrar su apasionamiento y enfocar sus baterías ahí donde hacía más falta para evidenciar las contradicciones de su momento.

En síntesis, quien lea esta tesis encontrará respuesta a las siguientes preguntas: ¿Por qué pasó inadvertida la novela *Andrés Pérez, maderista* en su momento? ¿Por qué no fue reconocida de inmediato como la primera novela de la Revolución por el canon y en su lugar se le otorgó ese sitio a *Los de abajo*, también tardíamente —hasta 1925— y no se recuperó el tema hasta finales del siglo XX y principios del XXI? ¿Por qué no se conoce la magnitud y alcances de la obra de Azuela en su conjunto? ¿Es Azuela el creador del género de la novela de la Revolución? Y finalmente: ¿Es un escritor revolucionario o sólo un autor que escribe sobre la revolución?

I.1.HISTORIA DEL TEXTO *ANDRÉS PÉREZ, MADERISTA*

Si bien no desde un principio, con el tiempo se ha ido revaluando muy lentamente la obra de Azuela; por ejemplo, es considerada por Francisco Monterde, Luis Leal y José Emilio Pacheco, entre otros, como la primera novela de la Revolución Mexicana, *Andrés Pérez, maderista*. Si bien comparte este lugar con la novela *La majestad caída* de Juan A. Mateos del mismo año de 1911, el propio Pacheco consideró recientemente más lograda la novela de Azuela y explicó que, mientras Mateos representa “el final de la novela de folletín, Azuela inaugura la novela moderna” (Pacheco, 2010: 66). Rafael Olea Franco, experto en literatura de la Revolución Mexicana del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México declaró que: “este género se funda con ambas novelas” (cit. en Ruíz, 2010: 10). En 1973 Luis Leal define lo que caracteriza a este género en Azuela:

En esa novelita [*Andrés Pérez, maderista*], publicada en 1911, Azuela abandona, junto con sus ideas imparciales, las técnicas finiseculares que habían prevalecido en la novela mexicana. Si en ella vierte todo su desencanto, también es verdad que encontramos allí un nuevo modo de expresión en el cual predomina el diálogo sobre las descripciones, la caracterización de los personajes por medio de las acciones y no por el retrato físico o psicológico; la acción vista o contada por el protagonista y no por el autor; la selección de un tema palpitante, de la hora, y otras innovaciones formales. En otras palabras, Azuela crea con esta obra lo que hoy llamamos “la novela de la Revolución” (cit. en Azuela, 1993: 23)

Andrés Pérez, maderista es una novela corta, muestra de precisión y economía de recursos narrativos evidentes. En opinión de su autor, esta obra surge de la “Incertidumbre, confusión, fracaso: así quise condensar en menos de un centenar de páginas, un aspecto del movimiento de Madero, cuyo triunfo rápido fue la causa mayor de su caída, por no haber dado tiempo a que madurara en la conciencia del pueblo” (Azuela, 1974 : 116).

La primera edición data de 1911, durante el inicio del gobierno de Francisco I. Madero; en ella advertimos un marcado afán crítico en torno a los participantes de aquel movimiento revolucionario. Este *punto de vista* me parece que es lo más valioso en la

literatura de Azuela, pues reúne inteligencia con cierta premonición. En ese pensamiento encontramos una síntesis de lo que fue la Revolución: simulación, comedia de enredos, sainete, esperpento, relajado, “bola”, humor y tragedia. Con *Andrés Pérez, maderista* bastaría para que Mariano Azuela ocupara un sitio de reconocimiento en las letras mexicanas, simplemente por la creación de un género que vino a cambiar el rostro de nuestra literatura nacional, a través de una forma renovada del realismo.

Utilizo a propósito la categoría género —vinculado con la novela de la Revolución—, aun a sabiendas de que es un término discutido y polémico (ya que los autores más clásicos solo aceptan tres divisiones posibles del género: lírico, épico, dramático) que, sin embargo, ha sido avalado por distintos críticos a lo largo de la historia de la literatura mexicana: Francisco Monterde (1973: 5-9), Luis Leal (cit. en Azuela, 1993: 23) y Xavier Villaurrutia (1974: 799-801), para citar sólo algunos. Entiendo el género como clase o tipo de discurso literario determinado por la organización propia de sus elementos en estructuras, temas tradicionales y de su correlación, en un momento dado, con determinados rasgos estructurales, en este caso, de prosa y narración; y con un específico registro lingüístico (Beristáin, 2004: 231). La novela de la Revolución como género se define por reflejar la atmósfera de tensión, de inconformidad, de injusticia, de malestar social. Tiene una estructura episódica, está escrita con descripciones realistas y sus personajes son “tipos” que desarrollará este género. Se describe el movimiento de masas y sus personajes pasan de ser individuos a convertirse en fuerzas sociales (Coronado, 2010: 83-99).

En la segunda edición de *Andrés Pérez, maderista* (1945) —en la que nos basamos para esta edición crítica—, se publicó también *Domitilo quiere ser diputado*. En esta última Azuela reafirma su mejor veta sarcástica y humorística, ampliando el periodo histórico de

su crítica a los hechos de la Revolución, en particular los que se dieron durante el carrancismo. El volumen concluye con el cuento “De cómo al fin lloró Juan Pablo”.

El mismo Azuela en sus memorias considera que a partir *Andrés Pérez, maderista* dejó de ser un “observador sereno e imparcial”, para convertirse en uno “parcial y apasionado” (1974: 113), mucho se ha dicho que en esto influyó su desilusión por el maderismo: “vertí todo mi desencanto” (115), al ver cómo encumbrados porfiristas ocupaban posiciones en el gobierno de Madero y sobre todo que gente que persiguió a los maderistas tomó las primeras posiciones; él mismo tuvo que devolver el poder a los representantes del antiguo régimen en su natal Lagos de Moreno.

En 1958 se integraron las *Obras completas* de Mariano Azuela, prologadas por Francisco Monterde, donde aparece *Andrés Pérez, maderista*, en el tomo II, editadas por Alí Chumacero y publicadas por el Fondo de Cultura Económica.

En 1979 *Andrés Pérez, maderista* se incluye simultáneamente en la colección Clásicos de la Literatura Mexicana y en el volumen de *Obras escogidas: Novela y cuento*, editados por Promexa Ediciones, esta última con prólogo de María Azuela de Sáenz, nieta del escritor.

I.2. UBICACIÓN DE LA NOVELA *ANDRÉS PÉREZ, MADERISTA*

A la manera de Balzac, Zola o Galdós, Azuela elaboró un mosaico donde podemos rastrear nuestra historia. Una suerte de episodios nacionales que van abordando en cada novela un momento y que, al final, nos muestran en su conjunto a México en su devenir. Particularmente son ricas sus aportaciones al entendimiento del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX hasta su muerte en 1952. En sus novelas se describen una a una las grandes revoluciones que ha sufrido nuestro país en el intento de darse rostro como nación independiente. Azuela vivió durante 37 años el nacimiento, esplendor y caída del porfiriato y 42 de los sucesivos regímenes revolucionarios. Por lo tanto, su vasta obra refleja como pocas, los claroscuros de ambos periodos.

Las novelas que escribió Azuela durante la etapa porfiriana fueron las siguientes: *María Luisa* (1907), *Los fracasados* (1908), *Mala yerba* (1909) y *Sin amor* (publicada en 1912 pero muy probablemente escrita con anterioridad).

Dentro de la producción de Azuela, las novelas cortas son las siguientes: *María Luisa* (1907), *Andrés Pérez, maderista* (1911), *Los caciques* (1917), *Las moscas* (1918), *Domitilo quiere ser diputado* (1918), *La malhora* (1923) y *El desquite* (1925). Pero *Andrés Pérez, maderista* es la primera que tiene como tema la Revolución Mexicana y podríamos decir que inauguró el género como tal, de acuerdo con lo expuesto con anterioridad. Pertenecen a este ciclo revolucionario que describe la fase armada que va de 1910 a 1920: *Los caciques* escrita en 1914, pero publicada hasta 1917, *Los de abajo* (1915), *Las moscas* (1918), *Domitilo quiere ser diputado* (1918) y *Las tribulaciones de una familia decente* (1918).

Asimismo, Azuela recrea un amplio periodo que cubre las presidencias de Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles, el maximato, Lázaro Cárdenas y Manuel Ávila Camacho, que se ha dado en llamar posrevolucionario, si bien eso depende en gran medida de cada autor, en lo personal coincido con quienes prolongan la Revolución Mexicana hasta finales del siglo XX. En fin, en este apartado figuran las novelas: *La Malhora* (1923), *El desquite* (1925), *La Luciérnaga* (1932) —que además en sí mismas representan un periodo vanguardista en cuanto a su estética, muy relevante y que está caracterizado por la deconstrucción, producto de la influencia de Joyce, Woolf, Faulkner y Kafka—, *El camarada Pantoja* (1937), *San Gabriel de Valdivias, comunidad indígena* (1938), *Regina Landa* (1939), *Avanzada* (1940), *Nueva burguesía* (1941), *La Marchanta* (1944 y 1949), *La maldición* (1955) y *Esa sangre* (1956), estas dos últimas publicadas *post mortem*.

II. RECEPCIÓN DE LA NOVELA *ANDRÉS PÉREZ, MADERISTA*

MARCO TEÓRICO

II.1. Teoría de la recepción.

María Luisa Burguera sintetiza el punto de vista de la teoría de la recepción: “Desde la perspectiva de la estética de la recepción se explica todo el fenómeno literario como fenómeno pensado para el lector; los orígenes podemos encontrarlos en la teoría aristotélica de la catarsis o en la retórica y su atención por el oyente.” (2004: 371). Para S. J. Schmidt la totalidad de las acciones comunicativas relacionadas con la obra de arte verbal forman el sistema de las acciones comunicativas literarias, identificado en la práctica con el sistema de la literatura. Éste queda descompuesto analíticamente en el plano general de la teoría empírica en un sistema de acciones comunicativas de producción, de mediación, de recepción y de elaboración (2004: 371). Hans Robert Jauss (cit. en Rall, 1987: 19-29) propuso en 1971 que el público es una fuerza histórica cocreadora que proporciona a la obra su carácter dinámico (371). Por su parte W. Iser (cit. en Rall, 1987: 98-119) desarrolla el concepto de “correlatos oracionales intencionales”, así como la noción de “huecos”, que son los que dinamizan el texto escrito frente al texto no escrito, de modo que en la confluencia de texto e imaginación es donde se produce una dimensión virtual del texto; así ésta dinamización es factor esencial en la constitución de la obra. Por su parte Umberto Eco mantiene la tesis de que una teoría de la lectura es una teoría del texto; “al imbricar al lector modelo como parte del mecanismo o de la estrategia del texto que hace necesarios e interdependientes los rasgos de intertextualidad y estructura con los de infinitud y apertura. De ese modo una teoría de la recepción es necesariamente una teoría del texto y no del individuo que desde fuera podría hacer cualquier cosa con él, incluso negarlo” (2004: 371); así el texto es una compleja realidad plena de elementos no dichos que se actualizan en la

lectura. Finalmente la pragmática propone la situación de todo enunciado lingüístico como acto de habla; el significado es el resultado de un acto comunicativo propuesto y codificado por el emisor y aceptado y decodificado por el receptor. En el caso de la literatura el esquema se complica, ya que hay peculiaridades muy marcadas en el comportamiento pragmático del emisor literario y del receptor. El significado vive y se reforma en la tradición múltiple ininterrumpida. El sentido atribuido por cada acto de lectura a una obra está directamente influido por la multiplicidad de ejemplos de recepción simultáneos y anteriores.

Como sostiene Alberto Vital, la teoría de la recepción nos permite preguntarnos: “por qué una obra literaria tiene un éxito avasallador durante un tiempo y después sufre de un olvido casi total [o lo contrario], la teoría de la recepción se interesa en esta oscilación del efecto de un texto, muchas veces enigmática, y trata de responderla partiendo de la hipótesis crucial de que ese texto está construido de tal manera que prevé la participación del lector...” (cit. en Cohen, 1995: 238-9). Este *aspecto* es crucial en el análisis de un autor como Mariano Azuela que ha sufrido la paradoja de ser reconocido ampliamente por una de sus novelas, *Los de abajo*, e ignorado y olvidado en el resto de su obra: *Domitilo quiere ser diputado*, *Mala yerba*, *Esa sangre*, entre otras, muchas de ellas de gran valor, pero que no gozan de popularidad. Particularmente *Andrés Pérez, maderista* es una obra que reúne recursos formales y temáticos que la hacen atractiva y actual a un lector del siglo XXI.

Considero que el lector actual está más identificado con el horizonte de expectativas a partir del cual Azuela enfrentó la elaboración de su novela en 1911, entendido este horizonte como lo expuso Husserl: percepciones previas, condiciones y condicionantes del conocimiento (cit. en Cohen, 2005: 239-240). Requisitos y cauces de cada nueva percepción destinada a incorporarse al acervo de datos de la conciencia del sujeto. De tal

suerte que el acto de conocimiento en el sujeto cognoscente le permite acceder al contenido temático de determinada obra, ya que sin este horizonte de expectativas el sujeto sería incapaz de conocer. De hecho los prejuicios son los elementos cohesionantes de una imagen del mundo (y asimismo del arte) que preparan y alertan al individuo ante cada nueva situación de vida y de representación (no son factores negativos en la conciencia del individuo). Todos los prejuicios que nos hemos ido formando a lo largo de nuestra experiencia con respecto a cada uno de los aspectos y regiones de la vida y de la sociedad se organizan para establecerse como puntos de referencia que posibilitan y enmarcan cada nueva percepción. Estos puntos de referencia en una obra literaria son palabras que anuncian géneros y cualesquiera vocablos que sean incentivos para emprender o continuar la lectura.

Las estrategias verbales y expectativas son mecanismos textuales que activan en los receptores expectativas que son negativas (si delatan un fracaso en la comunicación) o positivas (si se concretan en la lectura del texto siguiendo las pistas que ha dejado el autor con respecto a su posible sentido). Jauss (1987: 55-7) nos muestra que es posible reconstruir objetivamente el horizonte de expectativas de un lector o un público en un determinado momento. Por un lado la reconstrucción de un horizonte individual se puede realizar mediante un rastreo de testimonios directos e indirectos de una persona (ensayos, reseñas, comentarios y entrevistas, cuestionarios, etcétera.). Y por el otro, elaborar la reconstrucción de un horizonte colectivo a partir de la detección —en los propios textos literarios— de datos que funcionan como réplicas a preguntas o a hábitos de los lectores (2005: 39). Ubicando elementos intratextuales, el texto literario —como conjunto de signos y mensajes— aporta elementos cuya función consiste en garantizar la atención de los receptores. También, a través de analizar acontecimientos como éxitos masivos, fracasos

momentáneos o perdurables, concesión de premios, polémicas, antologías, preceptivas o acontecimientos extratextuales (sociología de la lectura, de la literatura o el gusto) es factible estudiar las posibilidades de cambio de horizontes, etcétera (Cohen, 2005: 243).

La estructura apelativa de una obra nos ayuda a comprender cómo nos aproximamos a los textos para encontrar respuesta a inquietudes del presente planteadas por el lector actual. Es decir, la estructura apelativa se ubica en el tiempo, Azuela buscó respuestas y para ello escribió una novela, sus contemporáneos —salvo un par de críticos que recuperamos en los anexos— no las buscaron allí en su novela, pero eso no impide que cien años más tarde un lector del siglo XXI acceda a la lectura, busque respuestas y las encuentre como me ocurrió a mí. En el caso de *Andrés Pérez, maderista* percibimos que probablemente las circunstancias político-sociales de 1911 (que explicaremos a detalle en la presentación de la novela) impidieron la difusión y lectura de una novela que sintetizaba los hechos más relevantes de la contienda maderista (narrados con ironía, desencanto y crudeza) asimismo, esta escasa difusión puede deberse a que Azuela se adelantó a su tiempo al crear una estética nueva, en el sentido que Mukarovsky (cit. en Beristáin, 1985: 227) otorga a la expresión cuando se refiere al modo de comunicar, al cómo y al qué de la construcción lingüística. Luis Leal, citado en el primer capítulo de este estudio, señala que Azuela hace predominar el diálogo sobre las descripciones, caracteriza a sus personajes por sus acciones y no por el retrato físico o psicológico, la acción está contada por el protagonista y no por el autor, selecciona un tema palpitante, del momento (cit. en Azuela, 1993: 23). Es decir, en su momento no resultó compatible con la narrativa heredada del siglo XIX, específicamente la modernista, ni con el realismo en sentido estricto, ni con el naturalismo, de los que tomó sin duda importantes recursos. De tal suerte que si reunimos la impertinencia política, ya que no era una novela políticamente correcta, con el estilo

utilizado y los recursos formales (brevedad, elipsis, neorrealismo, aspectos sociológicos e históricos, tener como protagonista a un antihéroe) que no eran los imperantes y por lo tanto resultaban poco legibles a los lectores comunes y le sumamos el hecho de que fueron presentados por un escritor que no pertenecía a los círculos literarios de la época, se podría explicar la poca difusión de *Andrés Pérez, maderista*. De hecho, la obra más famosa de Azeula, *Los de abajo*, no saltó a la fama sino hasta mediados de los años veinte (Monterde, 1935) cuando surgió una polémica sobre la existencia o no de la novela de la Revolución (Díaz, 2009).

En las estructuras apelativas de los textos encontramos vacíos de información, ya que todo texto está construido de manera que genera una serie de preguntas en el lector. La paulatina resolución de esas preguntas, conforme a las respuestas provisionales o a sorpresivas salidas del autor, garantiza la atención, el interés de los lectores y la coherencia interna del texto. Existen dos tipos fundamentales de preguntas: las que aporta el texto para garantizar su funcionamiento y el interés de los lectores y las que éstos realizan a la obra al elegir un texto dentro de una amplia y abigarrada oferta (es decir: si es ensayo, novela, cuento o poesía; narración histórica, de amor o de aventuras; extensa o breve; antigua o moderna; etcétera).

También encontramos comentarios de alguna voz interna que formula una pregunta, cuya respuesta se halla más adelante si el texto responde a las normas clásicas o debe ser respondida por el propio lector poniendo en juego toda su experiencia individual y cultural. Normalmente es la del narrador, que sirve para orientar o distraer al lector en cuanto a las intenciones del autor. Existen lugares privilegiados o peritextos que se ubican en el inicio del texto y pueden ser indicios de la intención del autor, a la vez que factores fundamentales de la estructura apelativa de cada texto. *Marcas de lectura* que son todos los

elementos útiles para responder a cualquiera de las cuestiones: ¿Quién habla?, ¿dónde ocurren los hechos?, ¿cuándo ocurren?, ¿a quién se habla? Las líneas de acción por su parte son cada una de las líneas argumentales o discursivas que se hallan tendidas en el texto y cuya alternancia es un equivalente de la alternancia entre trasfondo y tema.

Hoy en día, durante el centenario de la Revolución Mexicana, los horizontes de expectativas han cambiado y al parecer el desencanto expresado por Azuela en el primer momento parece permear a nuestra sociedad. La conciencia de los lectores se ha sacudido de tal suerte que se han sepultado intereses caducos y circulan nuevas preguntas en torno al hecho histórico que ya no pueden ser contestadas con las explicaciones hieráticas (tan dramáticas y formales que han llegado al paroxismo) del régimen revolucionario que gobernó por cerca de noventa años. Estamos en lo que Hans-Georg Gadamer llamó “fusión de horizontes”, es decir, la unificación entre las experiencias pasadas apresadas en el texto y los intereses de los lectores actuales (Araujo, 2003:287).

Durante cien años, los que van de la creación de la obra hasta nuestros días, Azuela ha evolucionado en la percepción de los lectores, fue reconocido plenamente por los círculos literarios y al final de su vida recibió el Premio Nacional de Literatura y ocupó un sitio en El Colegio Nacional, al inicio de su conformación, al lado de los más connotados escritores. Pasó de ser “el escritor tan poco literario” del cual había leído sus “primeros rasguños” (cit. en Monterde, 1973: 24) Victoriano Salado Álvarez, como caracterizó el escritor jalisciense a su coterráneo cuando intentó definir su obra durante la polémica sobre la novela de la Revolución del año 1925; para convertirse, ante la crítica renovada de las nuevas generaciones de lectores, en el autor de la “Íliada descalza”, tal como lo señaló Carlos Fuentes (1990).

EL TÁCITO MARIANO AZUELA
(RECEPCIÓN DE LA NOVELA: *ANDRÉS PÉREZ MADERISTA*)

II.2. El tácito Mariano Azuela

El adjetivo tácito, lo que no se expresa porque se sobreentiende o se infiere, también implica lo callado, lo silencioso. Proviene de Publius Cornelius Tacitus (h. 55-h. 120), historiador latino de una familia senatorial que llegó a ser procónsul de Asia (h. 110-113). Fue autor de *Anales*, *Historias*, *Vida de Agrícola* (que era su suegro), *Germania* y *Diálogos de los oradores*. El estilo expresivo, denso y conciso de Tácito, lo convirtió en un maestro de la prosa latina. Así comparó Valéry Larbaud la prosa de Mariano Azuela con la del escritor latino: “en sus mejores momentos... [tiene] la brevedad y la fuerza de Tácito” (1987: XX). El joven Octavio Paz comentó de esta apreciación a finales de los años treinta: “¡Extraño elogio para un novelista!”(1988: 224) y el Paz maduro se retractó de su valoración de juventud rindiéndole culto y reconocimiento: “Azuela no fue ‘un talento miope’; tampoco fue torpe: fue un escritor lúcido, dueño de sus recursos y que exploró muchos caminos que después otros han recorrido” (1988: 393). Los grupos literarios consolidados en la ciudad de México a finales del siglo XIX y durante el primer cuarto del siglo XX ignoró a Azuela o, para decirlo a la mexicana, lo ninguneó. Ya que los círculos literarios metropolitanos de la época desconfiaban de los provincianos, que se atrevían a incursionar sin alcurnia en la literatura, al margen de los grupos establecidos que normaban los estándares y la prevalencia de los estilos en boga. José Juan Tablada despachó a muchos en su sección de reseñas bibliográficas de *La Revista Moderna de México*, quizá para ahuyentarlos, hasta que definitivamente sólo daba acuse de recibo en una línea de muchas de estas obras de autores desconocidos que le llegaban de provincia, entre ellos las primeras novelas de Azuela.

La literatura de Mariano Azuela fluía a contracorriente de su época, marcada por el modernismo, los resabios del romanticismo y del realismo y una concepción de la cultura y del gusto literario que prefería la creación de catedrales verbales, muchas veces carentes de anécdota y otras tantas de tema, no obstante, Azuela reconocía el talento de escritores modernistas a los que admiraba, como Amado Nervo: “Seguí paso a paso la obra de Amado Nervo no sólo con admiración sino con el más fervoroso entusiasmo.” (1996: 729). En él veía un equilibrio y una renovación del lenguaje: “La novela literaria sólo es leída por gente de cultura superior. A menos de tratarse de autores de la calidad de un Amado Nervo, se prefiere la novela literaria europea, de la que sólo es un débil reflejo la mexicana.” (1969: 273). También tenía en gran estima a Guillermo Prieto, Manuel Gutiérrez Nájera, Ángel de Campo (Micrós), Luis González Obregón y Alfredo Maillefert, por citar algunos. Además, vistos a la distancia, Azuela coincidía con otros escritores —tan disímbolos a él— en sus procesos creativos, especialmente con Emilio Rabasa, en particular en su novela *La guerra de tres años*, y con lo expresado por Federico Gamboa en su texto “Mi primer libro”, donde a manera de memorias evoca la construcción de sus primeras novelas y cuentos. Rabasa, Gamboa y Azuela coinciden en la necesidad de tomar de la realidad circundante los elementos de su obra literaria, y en todos los casos, recrear al país en su obra.

En otro extremo, los puristas del casticismo a ultranza obligaban a utilizar el lenguaje de Cervantes y el de la tradición hispana de forma inamovible, como su paisano Victoriano Salado Álvarez. Azuela no se contentó con arrojarse hacia uno u otro lado, creó una forma de expresión que retomó los temas, los hechos y el lenguaje local y nacional enmarcado en anécdotas que poco a poco fueron describiendo el paisaje de México en su conjunto.

La primera reseña o crítica¹ que se hizo de *Andrés Pérez, maderista* es emblemática en muchos sentidos, por su contundencia y precisión, y porque valora positivamente la obra de Azuela, resaltando desde el primer momento su carácter sociológico y su contenido histórico. Si bien se publica firmada con seudónimo, esta parece ser una práctica aceptada en el medio literario de la época que no empaña su contenido. Hoy podríamos pensar que quien o quienes la vierten no se atreven a mostrar la cara, lo cual se entendería por la contundencia de la novela, que hacía mención con nombre y apellidos de muchos políticos importantes de la época. Beatrice Berler la recoge en el *Epistolario y archivo* de Mariano Azuela donde comenta que se publicó con la firma de “Ejoff”, por la dureza del texto de la novela se comprende la precaución del o de los autores:

...Azuela, es un distinguidísimo escritor a quien los puercos literarios cebados por la Dictadura, hicieron el más completo vacío. Tenían razón: [i]Azuela jamás creyó que México fuese Jauja bajo aquel Gobierno...angelical! y, lo que es peor, lo que le convertía enapestado, en relapso: tuvo el valor de decirlo, de herir con agudo escalpelo el oropel que cubría aquella infecta gusanera, para que por las desgarraduras penetrasen rayos de luz, que ponían espanto y desolación en los infectos necrófagos, que se hartaban de la carne y de la médula del pueblo mexicano yacente...*Andrés Pérez, maderista*...No es ésta una obra de gran aliento, sino un simple opúsculo, un capítulo destinado sin duda a presentar con la mayor oportunidad posible ante la consideración de las inteligencias altas y los corazones sinceros que constituyan el núcleo revolucionario triunfante, algunas de las más espantosas mendicidades con que los mismos...se harán pasar por correligionarios...En Azuela, el sociólogo forma el cimiento del novelista...Creemos llegada la época de los artistas de la palabra y de los pensadores cuya libre mentalidad era repugnada por la infecta ralea que ocupaba la cumbre, en las postrimerías del periodo dictatorial... (Azuela, 1969: 263-4)

Un año después, en mayo de 1912, aparece otra reseña anónima en Guadalajara, publicada en *Revista Blanca*; en esta ocasión más breve, apenas de refilón, se refiere a *Andrés Pérez, Maderista*; resulta revelador que, especialmente al abordar esta obra, se tenga el prurito de cuidarse las espaldas y no dejar huellas para ser ubicados. Me pareció que esta novela era una expresión extremadamente valiente de un escritor que se atrevía a llevar a cabo una

¹ Publicada en *Nueva Era* (México, 1911) aparentemente se trataría de José Ferrel, pero algunos especialistas consideran que es José G. Ortiz el verdadero autor.

crítica sin cortapisas, pero, en 1912, al parecer, se le intentaba minimizar: “*Andrés Pérez, maderista*. Obra del mismo doctor Azuela, que refleja en ella una de las fases más falsas del movimiento revolucionario de 1910, aquella fase que se refiere a los revolucionarios de conveniencia y a los de última hora. La pequeña novela es amena.” (Azuela, 1969: 268)

En 1918 la revista *Biblos* —órgano informativo de los bibliotecarios de México—, publica una reseña recapitulando la obra del doctor Mariano Azuela, reconociéndole ser de los pocos escritores mexicanos que se ocupan de temas como la historia de México, en particular de sus revoluciones (Independencia, Reforma, 1910), de la nacionalidad, de la raza, del ser del mexicano, etcétera y sobre todo que han abordado en su momento el tema de la dictadura y la revolución:

Gran mayoría de los literatos que han adquirido notoriedad dentro de un periodo de veinte años, no ha reflejado en sus obras la vida nacional correspondiente a esas dos décadas... Pocos se han ocupado en nuestros asuntos y grandes problemas vernáculos, procurando hacer *arte*... Las novelas del escritor laguense reflejando de modo intenso dos épocas concomitantes, y sin embargo separadas por hondo abismo: los fines de la Dictadura y la Revolución... mientras tanto en las almas selectas y en el pueblo humilde se despertaba la indignación y la protesta que habría de llevarla a la rebeldía armada...El autor tiene indisputablemente el mérito de hacer palpitar en sus novelas la vida nacional... (Azuela, 1969: 265-6)

En otra breve reseña encontramos un pequeño texto del crítico Francisco Monterde que con el tiempo se convertiría en el primer especialista importante de la obra de Azuela y quien lo proyectará a lo largo del siglo XX, peleando siempre a capa y espada para que la obra de Azuela se dé a conocer, tanto como lo harán en su momento Luis Leal y en la actualidad Víctor Díaz Arciniega, entre otros. En este breve texto de 1920, Monterde se limita a mencionar a grandes pinceladas que Azuela tiene un plan para ir retratando las escenas y cuadros de la Revolución Mexicana:

El señor doctor don Mariano Azuela, novelista sociólogo, autor de *María Luisa*, *Mala yerba*, *Los Fracados*, *Sin amor* y *Andrés Pérez, maderista*, ha reimpresso su novela *Los de abajo*, que en unión de *Los caciques* y *Las moscas* forman la trilogía *Del Llano Hermanos*,

Sociedad en Comandita, en la cual pinta magistralmente las conmociones revolucionarias de los últimos tiempos.

Este laborioso escritor laguense, trabajó vigorosamente, alejado y sereno, participando voluntariamente en la acción renovadora, con la seguridad de llegar sin preocuparse por obtener fáciles elogios de cenáculo ni triunfos pasajeros de fama periodística.

Don Mariano Azuela nos describe en estos cuadros y escenas de la Revolución Mexicana cosas que ha palpado en la realidad, episodios que han pasado a su vera, dejándole un estremecimiento duradero de emoción que su pluma sabe transmitir con la intensidad del momento vivido. Es la existencia accidentada de un hombre de valor, transformado en héroe repentino por las influencias de la época y del medio. (Azuela, 1969: 268).

El 25 de diciembre de 1924 publica Francisco Monterde su polémico y canónico artículo “Existe una literatura mexicana viril” en respuesta al de Julio Jiménez Rueda, “El afeminamiento en la literatura mexicana”, ambos aparecidos en el periódico *El Universal*, donde Monterde explica que existe un desconocimiento del actual movimiento literario de México por falta de difusión efectiva y también porque carecemos de críticos capaces y con voluntad de conocer la nueva literatura mexicana, que no necesariamente se ciñe a los criterios castizos a ultranza, y para muestra lanza un botón, las novelas de Mariano Azuela:

Haciendo caso omiso de los poetas de calidad —no afeminados— que abundan y gozan de amplio prestigio fuera de su patria, podría señalar entre los novelistas apenas conocidos —y que merecen serlo— a Mariano Azuela. Quien busque el reflejo fiel de la hoguera de nuestras últimas revoluciones tiene que acudir a sus páginas.

Por *Los de abajo* y otras novelas, puede figurar a la cabeza de esos escritores mal conocidos, por deficiencias editoriales —él mismo edita sus obras en imprentas económicas, para obsequiarlas—, que serían populares y renombrados si sus obras se hallaran bien impresas, en ediciones modernas, en todas las librerías y fueran convenientemente administradas por agentes en los estados. ¿Quién conoce a Mariano Azuela, aparte de unos cuantos literatos amigos suyos? Y sin embargo, es el novelista mexicano de la Revolución, el que echa de menos Jiménez Rueda en la primera parte de su artículo. (1973: 13)

Victoriano Salado Álvarez publicó en el periódico *Excelsior* el 4 de febrero de 1925 su artículo “Las obras del doctor Azuela” hace mención de doce obras que le manda Azuela a partir de *Los fracasados*, pero parece centrar sus comentarios en *Los de abajo*, aunque sin duda y por las fechas debió incluir *Andrés Pérez, maderista* donde sopesa la valía de la obra de Azuela que tuvo la oportunidad de conocer en sus inicios en un cuento de 1906 y a

quien define como: “Este escritor tan poco literato”. Sin embargo expresa su perplejidad ante este caso:

Pero esta novela no es revolucionaria porque abomina de la Revolución; ni es reaccionaria porque no añora ningún pasado y porque la reacción se llamaba Francisco Villa cuando la obra se escribió. Es neta y francamente nihilista. Si alguna enseñanza se desprendiera de ella (y Dios quiera no tenga razón al asentarla) sería que el movimiento ha sido vano, que los famosos revolucionarios conscientes y de buena fe no existieron o están arrepentidos de su obra y detestándola más que sus mismos enemigos.(cit. en Monterde, 1969: 23-4).

Desde los formalistas rusos se definió la literariedad de una obra a partir de las transgresiones a la norma. Sólo así, transgrediendo los usos correctos y cotidianos en el comunicar diario e incluso subvirtiendo su sentido es que se logra una literatura, es decir, un corpus que se puede diferenciar de la comunicación pragmática de uso corriente que nos permite pedir café e ir de compras. Iser llama a esto desviación, que podemos definir resumiendo la evolución del concepto desde Riffaterre, Lotman y Mukarovsky:

La violación de la norma de los estándares, su violación sistemática, es lo que hace posible la utilización poética de la lengua. Sin esa posibilidad no habría poesía [y por extensión, cualquier obra artística, incluyendo por supuesto la narrativa]...El fondo que percibimos detrás de la obra poética consiste en los componentes no traídos a primer término por resistirse a ello es, de este modo, doble: la norma del lenguaje estándar y el canon estético tradicional. Ambos telones de fondo están siempre potencialmente presentes aunque uno de ellos predomine en un caso concreto.(Burguera, 2004: 395-6)

Sin embargo, resulta natural que Victoriano Salado Álvarez, para quien la transgresión es error, elabore su crítica en torno a “los rasguños literarios” de Azuela, como hemos expuesto antes, poniendo especial énfasis en las: “faltas garrafales de estilo”, esgrimiéndose como el defensor de las buenas costumbres literarias. Sin valorar el criterio de desviación expuesto arriba. Es decir, en el proceso de generación de las diversas literaturas en un momento histórico dado, los críticos actúan como lectores profesionales que califican o descalifican una determinada tendencia creativa. En el caso de Azuela la expresión de una literatura como reportaje, con elementos históricos, sociológicos y sobre todo utilizando giros del lenguaje popular, fueron considerados por Salado Álvarez como falta de oficio; en

particular se centra su crítica en la ortografía y encuentra simplemente erratas, no da pie a la invención de neologismos, ni le concede la genialidad de la innovación:

Y ahora quiero insistir en algo que dije a Azuela desde que conocí su primer rasguño literario. Sus obras no están escritas; no sólo tienen concordancias gallegas, inútiles repeticiones, faltas garrafales de estilo, sino que carecen hasta de ortografía, de la ortografía elemental que se aprende en tercer año de primaria.

¿Por qué dejará Azuela esterilizarse sus dotes indudables de novelista sin cuidar la forma? Hasta los autores que parecen más crespos y enmarañados han sido grandes estilistas. Lo era Zola, que pulía sin cesar sus manuscritos; lo era Tolstoi, que hacía copiar sus originales hasta catorce veces; lo era Chejov, que da reglas de composición casi siempre aceptables; lo era el mismo Stendhal, que hacía gala de desayunarse con una página del código civil. No hay obra duradera con forma descuidada...y con mala ortografía. Las obras de Azuela escritas hasta el presente se consultarán en el futuro como trabajos históricos, como muestras de lenguaje popular de su región (que es la mía), como capullos que no hicieron brotar la *mariposa angélica*; pero por lo demás, quedarán *hors de la littérature*, como France decía de Jorge Ohnet, si no trabaja y estudia. La creación artística sigue la ley de la creación física: “parirás a tus hijos con dolor”. (cit. en Monterde, 1973: 24)

En una carta fechada en México el 10 de diciembre de 1929, dirigida a Manuel Ortega representante de la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, con sede en Madrid, España, Azuela reporta la siguiente situación de sus obras en librerías: “De mis novelas sólo *Los de abajo* es conocida, porque de las demás se han editado en número muy escaso o en publicaciones periódicas que no se conservan. Aparte de *Los de abajo*, en una sola librería de México existen ejemplares de *Andrés Pérez, maderista*, y en ninguna de mis demás novelas, agotadas.” (Azuela, 1969: 286).

En una de las series de ensayos de *Arbitrario de la literatura mexicana*, Adolfo Castañón se detiene a plantear fríamente el contexto en el que conviven el fin del modernismo con el inicio de la novela de la revolución:

Dada la permanencia y el carácter perdurable de ese rasgo me atreveré a convertirlo en una geografía o en una época de la literatura mexicana. La llamaré “época augustea”. Augustea y no augusta. La expresión fue creada por el célebre escritor y crítico inglés del siglo XVIII, el Dr. Johnson y se aplicaba al dramaturgo, traductor y crítico John Dryden. El contexto era más o menos así: la de Dryden puede ser considerada la época augustea de la literatura inglesa porque, al igual que Augusto, llegó a Roma encontrándola hecha de tabiques y la dejó recubierta de mármol. Época augustea o, si él prefiere, época marmolizadora de la literatura mexicana, época a lo largo de la cual los impulsos y enunciados privados se convierten naturalmente y como sin querer en instituciones públicas, época en que se

consideran escritores todos los concesionarios de la palabra impresa, y educadores todos los escribas, época en que es mínima la distancia entre el ciudadano de la república literaria y el héroe paladín; es la época triste en que bajo las pastelerías literarias del modernismo y la “decadencia” los escritores dejan de ser como monedas que pasan de lector en lector ampliando el reino de las verdades y las experiencias para convertirse en objetos ornamentales: ya no la moneda sino la medalla. Es la época en que, como bien dice Mariano Azuela, quienes tienen algo que decir no saben escribir y quienes saben escribir no tienen nada que decir. La novela de la Revolución Mexicana, de la que Mariano Azuela es gran exponente y crítico, parecería haber roto este esquema. Sin embargo, es preciso recordar que, cuando estalló, la llamada Revolución Mexicana estaba muy lejos de serlo: No sólo no existía este pomposo logotipo sino que la realidad que connota era conocida de otro modo.

[...]No la perfecta casada con nombre y apellido (Revolución Mexicana), sino la madre soltera a la que apenas conocíamos por el apodo: la bola, la insurrección, la indiada, el peladaje, etc. Todos esos nombres anotan, denuncian los afectos que se agolpan en la cordialidad descorazonada de la gente decente (“la colonia del Valle de Ayer”). Y eso será la novela de la Revolución Mexicana, denuncia de la barbarie y del pillaje perpetrado por las hordas de bronce; diatriba de los vándalos descamisados en la voz de un catrín que, en espera de un vencedor, no se decide a tomar partido. (Castañón, 1993: 81-2).

Castañón recoge una polémica interesante esbozada por Bernardo Ortiz de Montellano en los años treinta del siglo XX, en torno a las cualidades de la literatura creada por Azuela:

El punto de vista de Ortiz de Montellano es significativo: para él la literatura de Mariano Azuela es literatura sobre la Revolución y no literatura revolucionaria, ya que para él la literatura revolucionaria sólo es la literatura formalmente subversiva, o sea la literatura de vanguardia. Frente a ésta, la literatura de la Revolución, como la representada por las novelas de Azuela, es formalmente conservadora y vale por que “en vez de entregarse a la realidad inmediata, a la carne de la Revolución, a los hechos pasajeros que podrían haber sido temas más o menos vivos y vívidos, prefirieron darse al espíritu nuevo de su país”. “[Ese esfuerzo es] equivalente a la identificación del carácter nacional que intenta el país con la revolución procurando también encontrarse y conocerse a sí mismo.”

De la breve cita de Ortiz de Montellano pueden desprenderse las tareas de la crítica literaria: distinguir la literatura que tiene por tema los episodios de la Revolución de la literatura real y formalmente revolucionaria, la literatura de vanguardia que, con las armas de la crítica formal, contribuye a la crítica de las armas en general. Uno de los no-episodios más importantes a que ha dado lugar la crítica literaria en México ha sido el relacionado con la evaluación y ubicación de la literatura surgida a raíz de las dos guerras cristeras. Éste es, ni más ni menos, el lado condenado de la novela de la Revolución. Se trata de la novela de la contrarrevolución, una novela cuyos valores son, a los ojos del aparato, reaccionarios. (Castañón, 1993: 83-4)

Ya en febrero de 1931, Xavier Villaurrutia publicó en *La Voz Nueva* su ensayo “Sobre la novela, el relato y el novelista Mariano Azuela” lo que podemos considerar una poética de la novela y puso en el centro la obra del autor jalisciense: “Sería un error pensar que todo escritor se propone, antes de emprender una novela o un relato, el problema de las fronteras

entre ellos. Menos disciplinado que el poeta, para quien existe una poética que aceptar o que superar, el novelista no tiene, por lo general, más guía que su instinto ni más límite que su experiencia.”(Villaurrutia, 1974: 800). Y nos plantea el caso concreto del estilo de Azuela: “No admira tanto en Mariano Azuela la economía y sencillez de sus medios, como la rapidez con que los hace vivir. Unas cuantas frases y ya estamos respirando en un ambiente; unas cuantas líneas que duran sólo un segundo, y ya está, en pie, un personaje, y así otro y otros.” (1974: 801) Y en respuesta a lo planteado por Bernardo Ortiz de Montellano, en torno de si Azuela es un autor revolucionario o tan sólo un autor que escribe sobre la Revolución Mexicana, expresa contundentemente que un escritor de su talento está mas allá de esas convenciones, pues no ha buscado erigirse como el único vocero del movimiento armado y por el contrario se ha concentrado en su búsqueda estética al margen de los cánones de su tiempo y se pronuncia de esta manera:

...son novelas revolucionarias en cuanto se oponen... a las novelas mexicanas que las precedieron inmediatamente en el tiempo. Sólo en ese sentido Azuela, que no es el novelista de la revolución mexicana, es un novelista mexicano revolucionario.

El último en creer que Mariano Azuela es el novelista de la Revolución ha de ser, sin duda, Mariano Azuela, que escogió ya, desde hace un buen número de años, su punto de vista de escritor de novelas y que, seguramente, no tardará ahora de conciliar el suyo con el punto de vista que, fuera de él, se le propone. (1974: 801)

Tal vez resulte oportuno citar a Umberto Eco tomando de su libro *Lector in Fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*, un pasaje donde se analiza con un ejemplo, *Los misterios de París* de Sue, que viene a cuento, en relación con el tema de los textos “cerrados” y textos “abiertos”, con estos últimos puede ocurrir que la competencia del “lector modelo” no haya sido adecuadamente prevista, ya sea por un error de valoración semiótica, por un análisis histórico insuficiente, por un prejuicio cultural o por una apreciación inadecuada de las circunstancias de destinación (a qué lector está destinado):

Un ejemplo espléndido de tales aventuras de la interpretación lo constituyen *Los misterios de París*, de Sue. Aunque fueron escritos desde la perspectiva de un dandi para contar al público culto las excitantes experiencias de una miseria pintoresca, el proletariado los leyó como una descripción clara y honesta de su opresión. Al advertirlo, el autor los siguió escribiendo para ese proletariado: los embutió de moralejas socialdemócratas, destinadas a persuadir a esas clases “peligrosas” –a las que comprendía, aunque no por ello dejaba de temer– de que no desearan por completo y confiaran en el sentido de la justicia y en la buena voluntad de las clases pudientes. Señalado por Marx y Engels como modelo de perorata reformista, el libro realiza un misterioso viaje en el ánimo de unos lectores que volveremos a encontrar en las barricadas de 1848, empeñados en hacer la revolución porque, entre otras cosas, habían leído *Los misterios de París*. ¿Acaso el libro contenía también esta actualización posible? ¿Acaso también dibujaba en filigrana a ese Lector Modelo? Seguramente; siempre y cuando se le leyera saltándose las partes moralizantes o no queriéndolas entender.

Nada más abierto que un texto cerrado. Pero esta apertura es un efecto provocado por una iniciativa externa, por un modo de usar el texto, de negarse a aceptar que sea él quien nos use. No se trata tanto de una cooperación con el texto como de una violencia que se le inflige. (Eco, 1987: 83)

Las obras de Azuela son cuestionadas tanto como obras literarias en sí, es decir, algunos críticos de su tiempo les escatiman su valor literario, más adelante en los años veinte les cuestionarán si son literatura revolucionaria o no, es decir, si innovan o no con los elementos literarios que propone; otro sector de la crítica se preguntará si realmente la Revolución Mexicana se describe en su literatura. La obra en sí —el texto de la obra es el mismo— es la misma a lo largo del tiempo, lo que ha cambiado es el lector que la interpreta y para el cual es un recipiente abierto donde abrevar y degustar por primera vez. En el caso concreto de *Andrés Pérez, maderista* estamos frente a una obra literaria escrita por Azuela premeditadamente desde el punto de vista de un antihéroe, un descreído que cuestiona por igual al poder y a los revolucionarios, pero teme más al poder, porque lo ha visto actuar a lo largo de la historia. Por esta vía logra Azuela una distancia que le permite mostrar el inicio de un movimiento social sin el apasionamiento de un revolucionario. Así puede transitar de un extremo a otro del espectro social, exponiendo sus razones y su idiosincrasia, sin tomar partido de manera definitiva, incluso al final de la novela al personaje principal parece importarle un bledo el rumbo de la revolución a cambio de los

placeres que le reserva María, la viuda de su amigo Toño Reyes, él sí un revolucionario (aunque de alcurnia y hacienda). Es decir, se utiliza un camino poco ortodoxo y hasta contrario a los propósitos evidentes de crear una novela sobre la Revolución y sin embargo, como en el caso de Sue y *Los misterios de París* que citamos arriba, Azuela se ha convertido para el lector contemporáneo en el prototipo del novelista de la Revolución. Pero curiosamente fue el *status quo* quien adoptó sólo algunas de sus obras, particularmente *Los de abajo*, para explicar el movimiento armado y dejó de lado a la mayoría de las novelas críticas en extremo al sistema emanado de la Revolución.

El 26 de octubre de 1937 Mauricio Magdaleno publicó en *El Universal* su artículo “El mensaje de Mariano Azuela”, en una fecha significativa pues se anuncia que la Editorial Botas publicaría las *Obras completas* de Azuela y se cumplían treinta años de labor literaria y sesenta y cinco de edad del autor. Por eso emprende una revisión a vuelo de pájaro de su legado. Azuela ha logrado pasar ya con buena fortuna las dudas sobre su obra y es reconocido en círculos cada vez más amplios como una conciencia crítica de la nación, pero sobre todo es reconocido por otros escritores de su generación y de las nuevas generaciones por sus aportes literarios puestos en duda en sus inicios:

En la novelística de Azuela, por primera vez, nos asomamos a respirar el aire nuestro. El acontecer de las almas y el suelo mexicano se estremeció, al pronto, de verdad y de belleza. Aflora de su hondón el canto y se difunde en universalidad solamente en razón a la potencia de los juegos en que hunde sus raíces y el canto de Azuela las hunde en pleno misterio de la tierra de México; y por ello sus jugos son poderosos, netos y egregios. Apliquen otros la lente al inane modelo surrealista o pretendan traducir en fórmulas europeas el desbordante fluir del fenómeno autóctono, que eso irá con la moda y ni siquiera obtendrá un escaño en la multiplicada variedad de las capillas exóticas. El México que sangra y vive y vadea su perímetro nacional, en Mariano Azuela es de pura cepa castiza y su mismo horror primordial trastruécase en acendrado aliento a través de su obra. Y perdurará esta obra —brava, aguerrida obra que resuena con clamores de primitiva gesta— en el sentimiento universal que logre redondear la conciencia de México. (cit. en Monterde, 1973: 60-1)

Con la aparición de la nueva edición de *Andrés Pérez, maderista* se publicó en *El Universal* del 18 de febrero de 1945 una brevísima reseña de doce renglones firmados por Jacobo

Dalevuelta, seudónimo de Fernando Ramírez de Aguilar. Sin embargo, aún en su brevedad reafirma los conceptos que se habrían vertido a lo largo de treinta y cinco años sobre el autor y su obra:

De las tres breves novelas del doctor Azuela que se reproducen en un volumen, creo que la más antigua sea *Andrés Pérez, maderista*, que leí yo en la primera edición hace ya varios años. Siguen siendo los temas de crítica a los malos revolucionarios, a los inmorales y los ineptos, enderezados desde [l]a raíz de la revolución del diez, por la dura pluma del escritor laguense, tan actuales como entonces; ahora mucho más porque las cosas han ido evolucionando en el sentido preconizado por el doctor Azuela con el tiempo. La trilogía de novelas cortas que integran el libro son tres acertados capítulos de la sociología mexicana. (cit. en Monterde, 1973: 52)

En 1952, año en que muere Mariano Azuela, José María González de Mendoza, el Abate, publicó en el número de mayo-junio de la revista *Cuadernos Americanos* su artículo “Mariano Azuela y lo mexicano”, donde retoma distintos cuestionamientos que estuvieron gravitando la obra del escritor a lo largo de su vida:

Demostrar que las novelas de Mariano Azuela son muy mexicanas parece a primera vista algo así como *descubrir el Mediterráneo*. Más, sentada, esa evidencia, no huelga examinar por qué lo son, qué aspectos de lo mexicano reflejan. Ya se le pusieron reparos al gran escritor, ya se dijo que sus novelas no son revolucionarias, aunque algunas tengan por asunto episodios de la Revolución y por ambiente su *clima*. De otras se afirmó que sólo muestran “la mitad de la verdad” —y él replicó: sólo una faceta de las mil y mil de verdad. No será fácil, pues, que todos nos pongamos de acuerdo sobre el valor de testimonio que poseen. Intentemos, no obstante, fijar varios hitos. (cit. en Monterde, 1973: 155-6).

Los hitos a los que se refiere González de Mendoza son los siguientes: primero, traslado de la realidad al escenario y a los personajes e invención en lo que atañe a la trama; segundo, incorporación —del autor y de sus personajes— al movimiento que transformaría la estructura política, social y económica de nuestro país; tercero, la advertencia de que si bien la tempestuosa mudanza (la Revolución) había eliminado viejos males del organismo nacional, producía otros, igualmente nocivos, en ciertos casos mera adaptación de los anteriores a las nuevas circunstancias; cuarto, introducción en sus novelas de algún comparsa por boca del cual decir claridades, por mencionar algunos.

En 1965 publicó Luis Arturo Castellanos en la revista *Cuadernos Hispanoamericanos* su artículo “La novela de la Revolución Mexicana”, recogido después por Aurora M. Ocampo en *La crítica de la novela mexicana contemporánea*, donde postula que: “La novela de la Revolución Mexicana...[tiene] reflejos autobiográficos” (Ocampo, 1981: 22) Y que además son: “...novelas de cuadros y visiones episódicas, es decir, muy sueltas, poco armadas argumentalmente, a modo de estampas o fogonazos de cámara fotográfica”. (1981: 22) Y finalmente que son: “novelas de esencia épica y de afirmación nacionalista.” (1981: 23). Pero sin duda una constante es:

...el descreimiento de sus fines últimos y en sus logros en el mejoramiento de las clases populares. Ésta podría entenderse como crítica interna, no es un sentimiento antirrevolucionario, sino un deseo de que los principios en cuyo nombre se inició la lucha no fuesen traicionados, de que no se aprovechara el hambre de justicia para levantar nuevas castas privilegiadas mientras otros sectores quedasen privados de lo más elemental... Un primer caso, el de Mariano Azuela. (1981: 34).

En 1967 el investigador alemán Albert Dessau publica *La novela de la Revolución Mexicana*, obra extensa que estudia el movimiento en su conjunto haciendo una revisión exhaustiva del corpus; en ella podemos ver la posición tan relevante de Mariano Azuela, tanto por el tamaño de su obra como por las aportaciones que fue introduciendo a lo largo de su producción literaria. Para entender la escritura de una novela como *Andrés Pérez, maderista*, Dessau nos comenta apoyado por los testimonios e investigaciones de Salvador Azuela, hijo del escritor y entusiasta de la obra de su padre, que:

Desde 1908 era un partidario entusiasta de Francisco I. Madero, y por ello se expuso en Lagos, tanto como por la crítica social de sus libros, que en gran parte eran novelas clave. Azuela leía regularmente la revista de oposición *México Nuevo*, así como las publicaciones de Filomeno Mata y durante la campaña electoral de 1910 se contó entre los más activos propagandistas de Madero. Al ser aprisionado éste, en el verano de 1910, le envió Azuela un manifiesto de solidaridad, y después del “triumfo electoral” de Díaz colgó un retrato de Madero en su ventana, por lo que tuvo que ocultarse durante un tiempo. En su consultorio se reunían frecuentemente los partidarios de la Revolución, para discutir el desarrollo de los acontecimientos. Después fundaron el club “Máximo Serdán”... después de la capitulación de Díaz, en mayo de 1911... preparó una entusiasta recepción a Madero. Poco después, en el teatro de la ciudad, pronunció un fogoso discurso, en el que atacó enconadamente a los

representantes y aprovechados del régimen porfirista, que de pronto querían hacerse pasar por convencidos maderistas para recibir las riendas en la mano y corromper desde un principio el movimiento renovador. (Dessau, 1996: 194)

Para Dessau *Andrés Pérez, maderista* es una obra que cataliza en Azuela los sentimientos más profundos y lo lleva a tomar una posición: “Desde entonces dejé de ser... el observador sereno e imparcial que me había propuesto en mis cuatro primeras novelas” (Azuela cit. en Dessau, 1996: 196). Con ello replantea su postura frente al realismo y frente al naturalismo, se vuelve un escritor con una técnica “moderna” que privilegia el diálogo sobre la descripción y donde los personajes se definen por sus acciones, más que por su descripción física o psicológica. Azuela toma distancia de la narrativa del siglo XIX porque la acción está vista o contada por el protagonista y no por el autor, además, porque sus temas son palpitantes y de la hora. Dessau considera a Azuela un escritor aguerrido contra la dictadura, si bien arriba hemos expuesto que es un escritor aparentemente desapasionado, pero que en efecto transmite su pasión y su punto de vista:

En comparación con las novelas anteriores, inmediatamente llama la atención la agresividad con que Azuela toma posición contra los partidarios de la dictadura, corruptores de la Revolución, y contra el intelectual Pérez. El personaje del intelectual corrompido y oportunista aparecerá en casi todas las futuras obras de Azuela como figura negativa... Azuela no espera de la Revolución más que una justicia social garantizada constitucionalmente y la reparación de los daños causados durante la dictadura. Es decir, sus opiniones permanecen dentro del marco de las ideas liberales, y no es casual que presente a los campesinos productores en pequeño como sus verdaderos exponentes. Objetivamente es correcta, en términos muy generales, la presentación del fracaso de la Revolución en las provincias como obra de las maquinaciones de los caciques. Pero es insuficiente la interpretación que hace Azuela de este fenómeno, que atribuye a una especie de falla de la voluntad por un hábito de servidumbre. No obstante, como *Andrés Pérez, maderista* se concentra en la presentación de un trascendental acontecimiento político, estas limitaciones no resultan de gran peso, y en algunas partes quedan superadas cuando la injusticia a la que combaten los representantes del pueblo revela ser de naturaleza económica.

Además, en *Andrés Pérez, maderista* es importante la integración a la realidad nacional de los hechos que se desarrollan en la tierra del autor. Así como las novelas anteriores pintaban la situación de México, hasta el grado en que la de Lagos era típica de todo el país, así se entabla ahora una relación directa con los acontecimientos que sacuden a toda la nación. Ello ocurre de dos maneras: por una parte, se muestra el desarrollo de la Revolución, de paso o explícitamente, cuyos efectos reflejan en un sitio que al principio había permanecido tranquilo; por otra, mediante la característica figura de Andrés Pérez, la

narración supera los límites de un típico caso aislado para volverse una interpretación directa del destino nacional. (1996: 197-8)

En 1969 el crítico y narrador Max Aub incluye a Azuela en su *Guía de narradores de la Revolución Mexicana*; allí sostiene que:

La originalidad de la Revolución Mexicana se debe a que no fue precedida de una verdadera teoría política... En realidad, fue la traición del general Huerta la que “alevantó” al pueblo mexicano dándole una razón precisa para lanzarse en busca de una justicia y de una libertad de las que nunca había gozado...La Revolución Mexicana fue un auténtico alzamiento popular en busca de una vida mejor sin que supieran exactamente en qué consistía ni con qué medios alcanzarla (1985: 7-8).

Resulta interesante —por poco frecuente— que en 1969 Aub, una de las voces críticas más importantes de la época, sea de los pocos críticos que acepta que *Andrés Pérez, maderista* es la primera novela que tiene a la Revolución como meollo, aunque claro, considera a *Los de abajo* como la cumbre del género. Para Aub al hacer la evaluación de las novelas de Azuela el saldo es el siguiente:

La obra de Mariano Azuela es la más importante, desde el punto de vista novelístico, de toda la época. Como autores de memorias lo superan Martín Luis Guzmán o José Vasconcelos; no coincide en ningún terreno con lo escrito con tanta elegancia por Alfonso Reyes, pero ninguno de ellos ha tenido la fuerza de invención y de reconstrucción que dan concavidad a ese famoso espejo que quiso caracterizar la novelística del siglo XIX. Lo mismo sucede con sus biografías que dibujan, como pocas, los sucesos del siglo pasado aun siendo escasos los personajes retratados. La fuerza de Azuela reside ante todo en su honradez, virtud poco frecuente en la literatura. (1985: 34)

También en 1969 apareció en *Mundo Nuevo* de Buenos Aires, Argentina, el artículo de Salvador Reyes Nevares “La novela de la Revolución Mexicana”, donde curiosamente se omite en la bibliografía la novela *Andrés Pérez, maderista*, como si esta obra no existiera en la producción de Mariano Azuela. Como es de esperarse el artículo tiene como centro la novela de la revolución en su conjunto y por supuesto pone en lugar principal a *Los de abajo*. Sin embargo, pienso que varios conceptos vertidos aquí son extensivos a la novela de la revolución en su conjunto:

En esta amplia producción, Azuela no se apartó del tema vertebral de la Revolución Mexicana. La vio desde muy diversos ángulos. Hizo novelas de evidencia, como *Los de abajo*, otras de tipo amoroso, otras más en que estudia casi con afán de sociólogo determinadas mutaciones que el movimiento social había impreso en las gentes... Nunca perdió el vigor de sus primeros libros. Aparte de la originalidad y de la maestría, tuvo una envidiable capacidad de trabajo. Basta, para confirmarlo, examinar los años de aparición de sus libros y el quehacer sostenido que suponen. (Ocampo, 1981: 55)

Particularmente curioso y revelador resulta el artículo de Vera Kuteischikova titulado “La novela de la Revolución Mexicana y la primera narrativa soviética”, recogido por Aurora Ocampo en *La crítica de la novela mexicana contemporánea*, que nos aporta un punto de vista más extenso para descubrir influencias de ida y vuelta, si bien yo pienso que la influencia a la obra de Azuela proviene más de la literatura rusa de autores previos a la revolución soviética, como Tolstoi y personalmente lo encuentro muy cerca de Chejov y Pasternak, curiosamente ambos médicos como el propio Azuela:

El problema de la influencia de las obras de la literatura soviética en los novelistas mexicanos ha sido planteado en más de una ocasión. Y parece que para esto hay fundamentos reales. Pero hay otro momento no menos importante: el propio hecho de la similitud que surge objetivamente entre ambas literaturas. Salvando las diferencias de especificidad nacional, la novela de la Revolución Mexicana y las primeras obras de la literatura soviética se asemejan en que fueron el fruto y el reflejo del auge revolucionario del pueblo. Estos paralelos ya habían sido señalados en 1928, por José Carlos Mariátegui; siguiendo con atención las novedades de la joven literatura soviética, fue el primero en señalar la semejanza de las obras de Ivanov y Babel con la novela de Azuela, que por este tiempo iba siendo conocida fuera de México. (cit. en Ocampo, 1981: 89)

En 1983 el periodista Braulio Peralta reunió varios puntos de vista en su artículo “El lenguaje popular en Mariano Azuela” donde dijo que fue una virtud de este autor que otros en su tiempo no supieron utilizar, como lo expuso claramente Francisco Monterde desde los años veinte (estudioso de Azuela vivo aún en ese momento). Publicado el 13 de abril en *Unomasuno*, el artículo de Peralta logró convocar a críticos especialistas en la obra de Azuela que a lo largo del siglo XX expresaron su opinión. Para Evodio Escalante, que lo consideraba “el escritor de la clase media”, cabe resaltar que: “La importancia de su obra completa es su posición crítica frente a la historia”. Mientras que para Felipe Garrido: “Es

un escritor muy de vanguardia desde el punto de vista técnico del lenguaje”. Monterde lo define como: “Iniciador de la novela neorrealista”. Y Braulio Peralta resalta que Azuela nunca se inclinó ni a la izquierda ni a la derecha y aunque se censuró que Azuela no fuera un escritor “castizo” y que usara un lenguaje popular, su vigencia a más de cien años de su nacimiento confirman sus valiosas aportaciones a las letras mexicanas.

En 2009 Víctor Díaz Arciniega, lector cuidadoso de la obra de Mariano Azuela en los últimos treinta años, publicó junto con Marisol Luna Chávez una revisión actualizada de la obra en su conjunto y una lectura muy lúcida, nos proponen a un autor desde el punto de vista de la moral que exponen sus obras, por eso titulan su extenso estudio: *La comedia de la honradez. Las novelas de Mariano Azuela*. En particular al referirse a *Andrés Pérez, maderista* plantean:

Probablemente uno de los antivalores más juzgados en este periodo sea la mentira llevada hasta la perfección. No entendida como aquel secreto que se oculta, sino como una serie de sucesos que se falsean al grado de llevar una continuidad hasta llegar a buen fin. Estamos hablando de la farsa consumada, de aquella comedia representada por los individuos consciente o accidentalmente, aprovechada al máximo por sus personajes que juegan un doble papel aprovechándose de los recursos que la misma inestabilidad política y social propicia. La revolución, por lo tanto, es también campo de cultivo para las conductas simuladas, las confusiones más retorcidas y mezquinas y los simulacros más improvisados. Estos elementos desencadenan no sólo que los individuos ostenten una conducta ficticia, sino que se provoque una visión mal entendida o interpretada de la realidad por las diferentes perspectivas que observan el transcurrir de la revolución.

La oposición entre verdad vs. simulacro ocupa un lugar central en el tema de la prensa mexicana sobre todo en *Andrés Pérez, maderista*. El personaje protagónico, que tiene como profesión ser reportero, asume una doble función en esta novela, pues si bien por un lado redacta la versión “oficial” de la revolución, por otro lado es la conciencia crítica más puntual y cruda de la realidad, al hacer la evaluación de sí mismo y de los demás. (182-3)

Víctor Díaz Arciniega también destaca que: “La ironía será uno de los recursos más utilizados en este relato.” La percepción anterior no es muy común en los críticos del siglo XX, yo en lo personal me sumo a ella y confieso que mi lectura ha sido plenamente gozosa de la obra de Azuela en su conjunto, divertida al extremo de la carcajada, incluso de obras

que se han convertido de culto como *Los de abajo* en las que encuentro para decirlo en una sola palabra: humor.

En el volumen XXI de 2010 de la revista *Literatura Mexicana* Juan Coronado publicó su artículo “Independencia y Revolución (la historia en la novela)” donde hace un interesante paralelo entre dos novelas, una de la Independencia (*Gil Gómez el insurgente*) y otra de la Revolución (*Andrés Pérez, maderista*). Coronado se basa en la propuesta de análisis de Paul Ricoeur, según la cual “la refiguración del tiempo por la narración es, a mi juicio, obra *conjunta* de la narración histórica y de la ficción” (Ricoeur, 2004: 168). De ahí parte Coronado para asegurar que los límites entre la narración histórica y la narración de ficción se pierden cuando el narrador no puede abandonar su visión ideológica o sentimental. Coronado reflexiona en torno a que: “Nunca estaremos seguros de si la historia construye una verdad y la literatura una ficción. Lo que nos dice la historia algunas veces no es suficiente para comprender ciertos momentos de las acciones humanas y es entonces cuando una novela, por ejemplo, nos puede ayudar en el proceso de esa asimilación intelectual.” (Coronado, 2010:85) Pero no siempre están dispuestas las cosas en el mundo para que se dé una combinación virtuosa y la obra de arte se genere en esta relación y pone un ejemplo de ello: “La novela de la Revolución es un fenómeno cultural que se dio en un momento en que había un grupo maduro para cultivarlo. Cien años antes no se dieron estas condiciones para propiciar una novela de la Independencia. El acontecimiento histórico no tiene quien lo escriba.” (2010: 85) Para Coronado el Azuela que escribe la novela corta *Andrés Pérez, maderista* logra una proeza estética:

Una trama novelesca con tintes de la trama histórica construyen la solidez de esta obra literaria. La visión de Azuela como novelista es muy sagaz. Y no es casual que sea precisamente él quien inaugure el ciclo de la narrativa de la Revolución, pues su conocimiento de la historia y su intuición del futuro son extraordinarios...como *Santa* de Federico Gamboa, por poner otro ejemplo, no sólo es naturalista, sino también es

romántica, realista, modernista y decadentista...Y al mismo tiempo avizora los tiempos estéticos e históricos que vendrán, como lo demuestra en sus novelas posteriores... En *Andrés Pérez, maderista* no hay un movimiento de masas, aquí los personajes son, todavía, seres individuales y no “fuerzas sociales”, como serán más tarde en este tipo de obras... Los problemas de Andrés Pérez son de índole moral más que ideológico o social y por eso la novela que lo arroja es una novela lírica con perfume social...Representa ya al hombre moderno del siglo XX, urbano, egoísta, con una buena dosis de hedonismo y una moral voluble. (2010: 92-7)

Curiosamente para Juan Coronado, ya muy lejos de lo expuesto arriba por Salado Álvarez, la novela *Andrés Pérez, maderista* le parece que: “A momentos es una novela lírica por el cuidado de la sintaxis, el léxico, el ritmo y la estructura en capítulos pequeños como si fueran estrofas.” (2010: 93)

En noviembre de 2010 José Emilio Pacheco publicó su artículo “¿Juan A. Mateos o Mariano Azuela?” donde explica que contraviniendo la suposición instituida por León Tolstoi de que para hacer novelas se necesita una perspectiva de mucho tiempo, ellos escribieron auténticas novelas y no reportajes, que hablan de lo que acababa de suceder y por supuesto ignorando lo que pasó más tarde:

Si *La majestad caída* está al final de un ciclo novelístico (Azuela nació en el momento en que se extinguía el auge del género folletinesco) *Andrés Pérez, maderista* se encuentra al comienzo de otro. Sea o no la primera novela de la Revolución, es sin duda la primera novela moderna de México... Como lectores nos gustaría saber más acerca de por qué la Revolución Mexicana no tuvo una épica que la celebrara (todas sus novelas son una crítica de la violencia) y por qué desde *Andrés Pérez, maderista*, que antecede a la llegada de Madero al poder, se habla ya del fracaso de la Revolución. (Pacheco, 2010: 66)

Para mí, como lector que ha transitado del siglo XX al XXI, Azuela me parece un autor que se defiende con la amplitud de su obra y considero que se le regatea el reconocimiento a varias de sus novelas que resultarían especialmente reveladoras para las nuevas generaciones de lectores. Además, se tiende a menospreciar su formación literaria, cuando hay constancias, por ejemplo, en los ensayos “El novelista y ambiente I y II” (Azuela, 1996, III: 1012-1177), donde podemos conocer la poética de su novelística y resultan evidentes las aportaciones que recibió sobre todo de escritores de la vanguardia (Kafka,

Joyce, Faulkner, Woolf), además de los consabidos realistas, naturalistas o costumbristas que lo formaron en el siglo XIX y de su admirado Marcel Proust a quien veía como un ideal inalcanzable. Coincido sobre todo con Xavier Villaurrutia quien lo equipara con el arquetipo del novelista moderno que fue capaz de nombrar a un momento histórico y a un pueblo, si bien desde una óptica de la clase media, aparentemente parcial y limitada, pero en realidad muy valiosa para las mayorías. Pienso que no hay que exagerar, ni la hierática novela telúrica que lleva al extremo de la “Iliada descalza” esbozada por Carlos Fuentes ni el ninguneo de Victoriano Salado Álvarez que llamó a recuperar purezas castizas inexistentes por ilusorias. Creo pues, que la importancia de Mariano Azuela radica en la enorme variedad de novelas, que recrean diversos momentos históricos, cada una de ellas con diferentes atributos estéticos que las hacen disfrutables a un lector de nuestro tiempo. Y para muestra me propuse poner sobre la mesa el caso de la novela *Andrés Pérez, maderista* para que sean ustedes mismos quienes confirmen o nieguen la vigencia de dicha obra.

III. ESTUDIO DE LA NOVELA *ANDRÉS PÉREZ, MADERISTA*.

III. ESTUDIO DE LA NOVELA *ÁNDRES PÉREZ, MADERISTA*

ANDRÉS PÉREZ, MADERISTA.

Las novelas de Mariano Azuela son, básicamente, un ejemplo de literatura moderna, actuales en sus posicionamientos morales, logradas en su planteamiento estético, con un lenguaje que ha resistido más de un siglo. Lo mismo las obras escritas por Azuela en el siglo XIX que las del XX obligan a la reflexión y nos descubren como sociedad. Dicen verdades en torno al ser del mexicano, por ejemplo: descubren los mitos que nos definen, uno de ellos el mito de la Revolución Mexicana que al parecer no fue una sola sino el monstruo de las mil cabezas que Azuela trata de delinear. Al descubrir el funcionamiento de los mitos sus novelas nos predicen: simulación, máscaras, juegos de poder y transgresión de los valores. Y al mismo tiempo por su tono directo y contundente elaboran un nuevo discurso, una literatura renovada. Precisamente Mariano Azuela inaugura un género: la Novela de la Revolución. *Andrés Pérez, maderista* es la primera de muchas obras donde la Revolución se vuelve escenario, personaje, mito trastocado, denuncia y reinterpretación. No es la más difundida, quizá por su desencanto temprano. En su lugar el portento que representa *Los de abajo* se ha perpetuado en el gusto literario más generalizado. Pero son muchas las novelas que resultan legibles a los lectores del siglo XXI —que permanecen a la sombra—, entre ellas: *El camarada Pantoja*, *Domitilo quiere ser diputado*, *Las moscas*, *Las tribulaciones de una familia decente*, *San Gabriel de Valdivias*, *comunidad indígena* y *Los caciques*, por mencionar algunas.

Una de las grandes aportaciones de Mariano Azuela es introducir una visión aparentemente desapasionada y crítica del acontecer nacional, pero en realidad intensa y

comprometida, paradójicamente producto de su toma de posición frente a los acontecimientos que conmocionaban el país. La nitidez con la que Azuela aborda el complejo panorama de la historia de México sorprende por su verosimilitud. Nadie duda hoy en día de su diagnóstico certero, elaborado en los primeros momentos de la gestación del proceso revolucionario. En un país donde la vida llega a tener una actitud hierática y la historia se escribe sobre letras de bronce, una novela como *Andrés Pérez, maderista* nos reconcilia con la humanidad que simple y llanamente sobrevive a los embates del entorno. El heroísmo tan inculcado en nuestra educación maniquea e inamovible no tiene cabida en esta historia, ni en el protagonista ni en los otros participantes, cada cual va a su aire, buscando sus objetivos, que pueden ser tan variados como la vida misma: propiedades, dinero, poder, amor, etcétera.

Lo que se nos muestra es un país que agotó sus formas de organización y el cual está lleno de caciques, hacendados, funcionarios y comerciantes deseosos de mover las aguas para poder colocarse mejor y sacar partido de la situación. Sin embargo nadie parece tomar en cuenta la inercia misma de los movimientos sociales que se vuelven como perros rabiosos sin que alguien pueda contenerlos. Lo que torna genial la interpretación de Azuela es el ingrediente sarcástico humorístico con el que aborda los acontecimientos históricos. El desparpajo que utiliza para describir en unas pinceladas —en el espacio que permite una novela corta— todas nuestras idiosincrasias, desde el peón hasta el hacendado, desde el cacique hasta el político, así como una serie de masacres irracionales que podrían sintetizar el cuadro de nuestra historia, siempre con algún iluminado que piensa que con su llegada la paz y el orden podrán imperar. Pero como veremos eso ya no es posible.

En la parte final del Porfirismo, durante los preparativos para el centenario de la Independencia, un periodista medianamente crítico —pero no digamos un activista

político— forma parte de una comedia de enredos que lo lleva, aún a pesar suyo, a participar y hasta a encabezar un movimiento social de resonancias formidables: la Revolución Mexicana de 1910.

Azuela lleva al extremo la actitud persecutoria de un régimen que comienza a ser analizado por una naciente prensa que descubre las inconsistencias de quienes dirigen la nación y nos regala una novela llena de inteligencia y humor, donde nos presenta lo que pudo haber pasado en los primeros minutos del movimiento donde todo iba tomando forma de manera caótica y atropellada.

En la plaza de la Constitución se producen protestas contra los Estados Unidos por el asesinato de un mexicano en tierra yanqui. En ese ambiente de malestar, que Azuela describe como una imagen de película que pasa frente de sí, recreando las calles, los lugares y los ambientes, previendo un desastre que manchará de sangre a los jóvenes y de indignación aun a los descreídos como Andrés Pérez. Los sucesos se van dando de tal forma que una columna de jóvenes bullangueros se reúne con una mezcla social más amplia que legitima su actuación en una manifestación al incluir a clases medias y pequeña burguesía. Andrés Pérez presencia estos hechos y los reseña para su periódico *El Globo*, con las fórmulas del periodismo del régimen que justificaba el uso de la violencia como forma de aplicación de la ley, cuando incidentalmente recibe la invitación de su amigo Toño Reyes, hacendado con propiedades a trescientos kilómetros de la capital. Como está pasando por un desengaño amoroso le parece lo más propicio alejarse para olvidar. Por alguna extraña razón —probablemente la denuncia de su propio jefe y la imprudencia de su novia Luz— se le vincula con la manifestación que acabó en masacre y llegan los rurales hasta la hacienda de su amigo a buscarlo para que se presente a declarar. Gracias a las influencias del hacendado en la región logra permanecer en arresto domiciliario en la

hacienda de Esperanza, pero curiosamente a partir de esta situación comenzará a recibir mensajes de gente que ve en él a un luchador social, pero asimismo de quienes ven en él un peligro; aunque claro, una vez que la revuelta se declara, muchos cambian de careta y se acomodan a los nuevos tiempos. Incluso los vigilantes que lo reciben en el camino con malas caras, luego lo buscarán para que los guíe y encabece la Revolución.

Su amigo Toño Reyes, condiscípulo durante los cinco años de la preparatoria en el colegio del Estado, resulta ser el más revolucionario y de armas tomar de cuantos ha conocido, pero su salud no parece transitar por su mejor momento; su joven y atractiva esposa parece estarlo socavando, pero él no pierde sus arrestos y está tan informado como el que más de la situación del país.

De repente, en medio de los paseos a caballo y el disfrute de la naturaleza, la realidad les explota en el momento menos pensado. Hasta la hacienda llegan las primeras noticias de los acontecimientos que los libros de texto recogerán como momentos históricos, aquellos que marcan un antes y un después, como el inicio del fin. El propio Andrés no lo puede creer, sus disertaciones se ubicaban en otro planeta donde todo era inamovible.

Con un citatorio y una denuncia que llega a Toño, la comedia de enredos —que evoca la preferencia de Azuela por Moliere— comienza su vertiginoso acontecer. Que va engrandeciendo a Andrés Pérez ante propios y extraños; todo frente a un atónito Andrés Pérez que va sintiendo que el nivel de las aguas se eleva peligrosamente en presunciones de uno y otro signo que él no quiere suscribir.

Sin querer, Andrés Pérez se ha vuelto un personaje de novela, escrita por un demiurgo que lo lleva a extremos que su consciencia nunca se habría imaginado, pues ha sido formado en el temor al régimen con sus gendarmes, rurales y policía secreta. Todo

parece como un sueño con pensamientos extravagantes que no lo dejan dormir hundiéndolo en una inquietud febril. A partir de este momento se escribirá su leyenda, aunque él no lo quiera.

Pero para el pueblo más desprotegido, las mujeres, los niños y los viejos, la Revolución tiene un significado de catástrofe, le tienen temor y saben de sus barbaridades pues el siglo XIX fue rico en asonadas y movimientos que sangraron a la nación.

Andrés Pérez y su amigo Toño conviven con gente de la más diversa opinión en torno a Madero; por una parte hay quienes lo exaltan equiparándolo con Hidalgo o, en el más alto concepto, con Juárez, y por la otra los que lo consideran un loco, un imbécil, un vinatero, etcétera. Al parecer todos tienen alguna razón para invocar el cambio en el poder, los agravios se han dado en distintos niveles, los que han sido desposeídos de tierras, los que no pueden hacer crecer sus negocios y los que se sienten fuera de las prebendas del sistema.

Finalmente, a través de Vicente, el capataz de la hacienda Esperanza, los revolucionarios entran en contacto con Andrés Pérez para darle dinero e informarle del paso de un vagón lleno de armas que pueden robar para iniciar el movimiento. Luego le seguirán las anexiones de gente que se pone a su disposición con caballos, armas y mucha voluntad, esperando salir en la foto y encabezar el reparto una vez que se derroque a Porfirio Díaz, así el propio Toño le ofrece a todos sus peones para que se los lleve a la Revolución.

Andrés Pérez es un hombre sin afanes de heroísmo; un hombre práctico que ni siquiera cree en el maderismo. Para su espíritu crítico se trata de un movimiento fallido que pronto será doblegado por el omnipresente Porfirio Díaz, pues ha sido educado en la magnanimidad y los desplantes de crueldad del régimen, por eso la idea del maderismo es

frágil, su líder es visto como un idealista. Sin embargo, cuando Andrés Pérez va obteniendo fama, dinero y soldados, comienza a tomarse en serio a sí mismo y se erige como uno de los dirigentes del ejército maderista. Aun transformado en su vestimenta y al mando de su ejército, Andrés Pérez no puede dejar de dudar y por su cabeza pasan maneras de evadirse y evitar el peligro. Nuestro antihéroe no tiene ningún empacho en compartirnos su pensamiento la víspera del gran golpe al tren:

A las cuatro de la tarde, vistiendo blusa azul de mezclilla, un pantalón tan sobrado de asentaderas como escaso de piernas, salgo de la casa de Vicente, oprimiendo el fajo de billetes tras de mi pechera, a esperar el tren en la estación de Villalobos. Tengo dinero suficiente para pasar dos o tres meses en los Estados Unidos, mientras don Porfirio da cuenta con este loco de Madero y con su tonta aventura. Y estos billetes que tan felizmente vinieron a caer en mis manos, que la Revolución me los cargue en mi apreciable cuenta (Azuela, 1945: 82).

Pero quizá por la falta de concentración —cuando él intenta huir en el tren— el golpe sale mal y cuando vuelve a tomar conciencia ya está tras las rejas, detenido por el jefe político con quien en otros tiempos departía con su amigo Toño. Sin embargo esto lo convierte en un héroe ante la población y de alguna forma detona el movimiento en esa zona, pues se organizan para liberarlo y seguir la lucha.

Como una construcción de arena que se va desmoronando, los funcionarios del antiguo régimen salen huyendo, los detractores de Madero se convierten milagrosamente en sus mayores defensores y se autonombran miembros de su ejército. Al instante de júbilo por el éxito le sigue casi de manera inmediata la interminable cadena de asesinatos entre las facciones que luchan por mantener su hegemonía. Andrés Pérez ya libre observa el creciente desorden que se genera en la población y quiere alejarse, pero en el último momento recuerda la invitación de María —la ahora viuda de Toño— que le ha demostrado su afecto desde los primeros días en la hacienda: “al pasar por el zaguán de la casa de María me detuve, vacilé un instante y penetré.” (Azuela, 1945: 116) Esta imagen nos

sugiere que Andrés Pérez, el falso revolucionario, va a poseer a María, la diosa de la fecundidad y que representa a la tierra, ayer propiedad de los hacendados, ahora botín de los vencedores de una revolución sin principios y sin ideales, por lo menos para los que, como Andrés Pérez, se sienten en una comedia de enredos y sólo tratan de salir bien librados. María representa la fuerza de la naturaleza y de la belleza, que atrae a un gozo irresistible, pero también sabemos que este placer socaba como le ha ocurrido a Toño Reyes su amante esposo.

La asonada que cuenta la novela queda inmortalizada en una hoja local que consigna los hechos: “*Gran levantamiento en la hacienda de Esperanza. Los rebeldes se apoderan de un carro de armamento detenido en la estación de Villalobos. Derrota de las fuerzas del gobierno y muerte del cabecilla de los rebeldes, Antonio Reyes*” (1945: 96). Como podemos observar la historia oficial no coincide exactamente con lo que nos ha contado Azuela en su novela, quien nos ha mostrado a los diferentes actores sociales sin caretas, tanto Toño como Madero, se sentían predestinados a la hecatombe, sabían que ellos formarían parte de los muertos necesarios para construir la Revolución, pero el periodista Andrés Pérez y los otros hacendados, los caciques y políticos, buscaban tan solo reacomodarse, conservando la vida y acrecentando la fortuna.

III.1.LA OBRA DE MARIANO AZUELA

LAS REVOLUCIONES VIVIDAS POR MARIANO AZUELA

A Mariano Azuela le tocó vivir varias revoluciones, tanto ideológicas —de la religiosidad al ateísmo, del pensamiento científico hasta el psicoanálisis, la evolución del individuo hasta fundirse en las masas urbanas, etcétera—, como sociales, económicas y políticas en México y en el mundo —varias revoluciones civiles en México, el impacto de la crisis económica de 1929 y la influencia de dos guerras mundiales en Europa—. Su generación tuvo la mitad de su vida en el siglo XIX y la otra mitad en el siglo XX, precisamente, donde se dieron de forma acelerada cambios en la vida cotidiana de los ciudadanos.

Escritores tan distintos como el alemán Ernest Junger en su novela *Abejas de cristal* o el argentino Jorge Luis Borges en su cuento “El Sur”, coinciden en describir el proceso que llevaron a cabo los hombres, que se formaron en los ambientes dominados por el caballo y lo rural, que se enfrentaron de súbito a la transformación del mundo en un reducto industrial masivo. Por eso la concepción del tiempo y del espacio que le tocó asimilar a Azuela a lo largo de su existencia es amplio y sorprende la lucidez con la que supo ver y aun prever el sentido de los acontecimientos que se generaban ante él. Pues, además de ser un participante de los hechos en la etapa maderista de la revolución y luego en la villista, Azuela fue un intérprete que supo mirar con cierta irreverencia y sentido crítico los sucesos que dieron rostro al cambio social en México; tal como lo hicieron en su momento escritores de la talla de Sholojov, quien en los *Cuentos del Don* describió la Revolución Rusa, o como el propio Boris Pasternak, quien en *Doctor Schivago* expuso los extremos a los que se llegó en esa misma revolución. Azuela logró la lucidez de George Orwell en *1984* y *La rebelión en la granja*, al describir la Revolución Mexicana; coincidentemente

nuestro autor también goza del ingenio para encontrar características de animales en los personajes, siguiendo la tradición de Rabelais y Swift. Azuela es un escritor de tendencia realista y naturalista formado con las lecturas de Balzac, Zola y Pérez Galdós, por mencionar las influencias más directas (Galdós describió la historia de España en sus novelas y en sus *Episodios nacionales*) y como ellos utilizó la literatura para dejar evidencia del tiempo que le tocó vivir. Coincide con Luis G. Inclán cuando expone en su novela *Astucia*, que elaboró “el retrato de una época”. En su caso Azuela retrató a México con una lente poderosa que permite ver lo mismo el conjunto que el detalle, pero no se deleita con el paisajismo sino, por el contrario, se atreve a proponernos instantáneas que atrapan a los actores sociales en el ejercicio mismo de su paso por la historia, sin maquillajes, sin retoques. A veces nos parecen demasiado estridentes, escatológicas, demasiado realistas y tal vez carentes de *glamour*, pero tremendamente verosímiles. Quien quiera profundizar en la historia de México encontrará en las novelas de Azuela todo el cúmulo de detalles que nos permite entender la vida cotidiana, ausente en la historia de bronce. A través de sus páginas recorreremos tanto el país como la capital mexicana desde la mirada de uno de los participantes e intérpretes de las revoluciones de México. Adicionalmente Azuela asimiló de Molière su sentido ético y lo valioso del humor para sobrevivir a la barbarie humana, sólo provisto de las herramientas intelectuales —crítica, ironía, inteligencia— que le permitieron transitar los oscuros años de su existencia, podemos entender su fortaleza en cada momento de su biografía, ante los embates que lo hacían empezar de cero a la mitad de su vida.

Mariano Azuela nos invita a través de sus novelas a visitar el mundo del siglo XIX —evocador y cargado de respuestas para entender nuestros orígenes como nación, como pueblo y como sociedad— y recrearlo en la riqueza de su vida cotidiana. Así en novelas

como *Sin amor* podemos conocer el funcionamiento de las haciendas como formas económicas de producción y como formas de estratificación social. Los hacendados en este contexto se nos presentan como personas de carne y hueso, preocupados por obtener más litros de leche, engordar más puerquitos y criar más gallinas. A ello contribuyen en una estructura organizada los parientes a los que se les instruye en tareas y responsabilidades para el buen manejo de los animales. A cada individuo de la estructura se le asigna una forma de obtener el sustento, ya sea ordeñando vacas o vendiendo leche, elaborando queso, crema y mantequilla o bien transportándola. La renta de esa hacienda depende de la verificación sistemática de estas actividades. Si bien después el hacendado dilapida dicha renta, antes tiene que dar su parte a cada estamento y a cada componente del proceso.

Los hacendados y los caciques del siglo XIX que describe Azuela oscilan entre la barbarie, representada en las novelas *Mala yerba* y *Esa sangre*, encarnados en la familia Andrade —estereotipo del malvado—, que ha prevalecido hasta nuestros días: el que mata, roba, embaraza a las campesinas haciendo uso del derecho de pernada y es intocable para la autoridad. En contraparte los hacendados de la novela *Sin amor* son más diletantes: les gusta exhibir sus carruajes y caballos, a ellos; sus vestidos y joyas a ellas; gustan de beber en la cantina y de solazarse en los burdeles. La sociedad machista en la que se mueven acepta que ése es el estado de las cosas. Y mientras las apariencias sociales se guarden entre su núcleo de amistades todos fingen ser felices. Los caciques son una clase social que aún sobrevive en nuestros días, Azuela los retrata en obras de teatro como *Del Llano hermanos, S. en C.*, que es una adaptación de su novela *Los caciques*, pero también asoman la cabeza en muchas otras novelas; pues están difuminados por todo el país e inciden en la vida cotidiana de cada pueblo, así los encontramos lo mismo en las novelas *Los fracasados*, *San Gabriel de Valdívias, comunidad indígena*, *Avanzada* y en *Domitilo quiere ser*

diputado, por mencionar algunas. Ellos encarnan el poder, tanto económico como el político en regiones que están marcadas por su influencia y mantienen al más puro estilo gansteril, para poder desahogar sus negocios sin ninguna restricción.

Una de las primeras transformaciones que apunta Azuela es que con el fortalecimiento del régimen porfirista las leyes comenzaron a utilizarse para mitigar los excesos de los poderosos, tocando la parte más sensible de estos: su dinero. El quebrantar la ley durante el Porfirismo costaba altas multas que aun a los más poderosos dolía pagar. En la novela *Mala yerba* dos de los jóvenes Andrade purgan una condena y en la familia no parecen tener prisa por sacarlos de su cautiverio, porque conocen su propensión al desorden y a la violencia. Se describe pues a los jóvenes de la élite que han decidido quebrantar las costumbres sociales al violar, asesinar y robar, por mencionar sólo algunos de los cargos más comunes durante la época.

Sin embargo queda claro que la ley no estaba hecha para favorecer a los pobres, al contrario, la ley estaba fuera del alcance de los más vulnerables y cuando caía sobre ellos era implacable. La queja y la denuncia de las arbitrariedades podían ser neutralizadas por las influencias de los poderosos.

Los indígenas, vulnerables entre los vulnerables del país, son carne de cañón para todos los signos políticos. Todos los utilizarán para ofrecer los muertos en las batallas de cualquiera de las insurrecciones, revoluciones y asonadas tanto del siglo XIX como las del XX, para muestra un botón en la novela *San Gabriel de Valdivias, comunidad indígena*. En ésta se narra cómo los indígenas son llevados en leva a luchar contra los cristeros en Jalisco, a su regreso son perseguidos por los caciques y los agraristas que han ocupado sus tierras, por lo que tienen que huir hacia el monte para salvar sus vidas, ahí son reclutados de nueva cuenta por sacerdotes insurrectos que los necesitan para mantener sus reales, sin

imaginar que vienen de masacrar a los propios cristeros. En el colmo del absurdo las armas que ahí se utilizan han sido traficadas por militares del gobierno en activo que en eso ven sus “buscas” como se decía en esa época al robo. Por eso la única solución que encuentran es arrasar y exterminar a todos para que no quede ninguna huella de los malos manejos. Pero claro, en el discurso gubernamental que articulan los políticos revolucionarios, estamos frente al surgimiento de una nación que hermana a las razas y trae oportunidades para todos sin importar su clase social.

En las biografías de *Precursores*, Azuela hace “vidas noveladas” de personajes que fueron emblemáticos de la región de Nayarit y Jalisco principalmente. El Amito, Manuel Lozada y Antonio Rojas, son tres personajes del siglo XIX mexicano, mitad bandoleros, mitad guerrilleros, ladrones, asesinos, pero también instrumentos de las facciones políticas (liberales y conservadores) para lograr sus objetivos, llámese asesinatos políticos, integración de grupos mercenarios, guardias blancas, tropas, etcétera. Estamos frente a la descripción de un México a la deriva que se debate entre el ser y el no ser, ante las constantes luchas de dentro y de fuera. Se trata de indígenas, en su mayoría, que realmente no se sienten mexicanos, pues han sido agredidos por esos que se llaman sus compatriotas, quienes sólo los han buscado como carne de cañón y una vez utilizados buscan exterminarlos.

Otra de las grandes transformaciones que documenta Azuela es la religiosa, desde novelas como *Los fracasados* donde se describe una insurrección en un pequeño pueblo, cuando un sacerdote de la localidad trata de enfrentar a las autoridades civiles ejerciendo el culto religioso en una procesión, en una época donde están reglamentadas por la constitución de 1857 y por las Leyes de Reforma que limitaban y circunscribían las formas del culto al interior de las iglesias. Hasta *El camarada Pantoja*, novela donde se narra la

guerra cristera y el inicio de la suspensión de cultos. Azuela logra transmitir cómo un pueblo católico se convirtió por decreto en un pueblo aparentemente ateo, permeado por el corporativismo marxista y por un gobierno que daba un “cambiazó”, como lo denominaban, hacia el socialismo, a partir de la consolidación de un Estado totalitario que se volvía el gran proveedor de bienes y de trabajo para los mexicanos, donde vivir fuera del presupuesto era vivir en el error y en el horror.

Otra de las grandes transformaciones que nos muestra Azuela es la revolución urbana que sufrió la ciudad de México, con pretensiones cosmopolitas pero no exenta de colonias intransitables (Tepito, la Bolsa, Peralvillo, la Merced, etcétera) En *Nueva burguesía*, *La Luciérnaga*, *La marchanta*, *Sendas perdidas*, *El camarada Pantoja*, etcétera, la ciudad es un personaje con vida propia; quien quiera recrear las rutas de los tranvías y de los autobuses con lujo de detalle encontrará en las novelas de Azuela una guía formidable. De igual manera nos cuenta la edificación de las colonias que se fueron agregando a la ciudad y el origen de sus habitantes: la Portales con los generales revolucionarios, la Narvarte con los funcionarios de gobierno y la clase media en ascenso. Nos cuenta también historias que se repetían incansables en las vecindades de México. La elevación y la caída de los que venían de provincia, como él, a buscar fortuna en la ciudad de México, huyendo del despojo de tierras y de la violencia que se había incrustado en sus regiones.

Pero algo central en la literatura de Azuela es la mujer en sus múltiples presencias. Abnegadas o revolucionarias, terribles o sumisas, víctimas o victimarias. Desde mi punto de vista, Azuela ejerce un culto a la mujer y en cada obra literaria deja ver la gran importancia que le da a su evolución social. Es consciente de su vulnerabilidad en una sociedad machista, pero le seduce su capacidad de sobrevivencia, aunque no es ingenuo: en la mayoría de sus novelas las mujeres encuentran la destrucción, física, moral y espiritual,

por ejemplo en *María Luisa* y *La Malhora*. Algunas protagonistas sobreviven pero tienen que abdicar a sus postulados, como en *La mujer domada* que considero una novela precursora de las ideas feministas, ya que revela importantes aspectos de la guerra entre sexos que se profundizarían en el siglo XX y continúan vigentes, mostrando las agresiones de las que son objeto las mujeres en su desarrollo profesional.

Pero claro, no le demos vueltas, el gran tema de Mariano Azuela es la Revolución Mexicana en sus distintas etapas, desde esa obra —poco difundida, pero sorprendente y creadora de un género— de la literatura mexicana que es *Andrés Pérez, maderista*, donde Azuela tiene un momento de lucidez y resume en un cuadro regional lo que será la revolución en su conjunto: comedia de enredos, simulación, deseo de poder y violencia incontenida, hasta la expresión de las causas del descontento y del sentido del agravio, magistralmente descritas en *Los de abajo*.

En la biografía que consagra a *Francisco I. Madero* propone un retrato verídico de un hombre encapsulado en su tiempo y en su experiencia vital, rodeado de hombres y compromisos que no pudo o no quiso quitarse de encima, lo que explica su debacle.

En *Las tribulaciones de una familia decente* observamos a una familia desposeída de sus tierras que emigra a la ciudad de México buscando recuperar sus propiedades, escenas repetidas a lo largo de la obras de Azuela, pero que manifiesta la enorme ruptura que existe entre sus mismos integrantes, es decir, se hace evidente la guerra civil que vive México en esos años de violencia fratricida, pues al interior de esta familia unos son porfiristas, huertistas, otros zapatistas y unos más se aliarán con los carrancistas. Azuela critica frontalmente las políticas económicas de Venustiano Carranza que especularon con la moneda y desposeyeron a las masas, pero sobre todo critica su proceder moral en el ejercicio de gobierno. En medio del desorden que priva en México durante la lucha entre

las facciones revolucionarias, Azuela se detiene a contarnos el *vía crucis* de los burócratas que se han quedado sin empleo y que recorren el país tratando de colocarse de nueva cuenta.

En *Las moscas* se nos muestra cómo una familia se disgrega por una parte en las “hordas” villistas y otra parte en las carrancistas, esperando que una u otra tiendan sus reales en el poder y ellos acudan a ponerse a sus órdenes.

El camarada Pantoja se ubica en la época de Plutarco Elías Calles la víspera en que Álvaro Obregón se dispone a tomar posesión del segundo periodo presidencial una vez que ha modificado la constitución y ha barrido con metralla a todos sus contrincantes políticos. Es decir, la barbarie va *in crescendo* y a ella se suma la violencia de la persecución religiosa y de su expresión en la Guerra Cristera (1926-1929), precisamente a donde mandan al camarada Pantoja —el simpático protagonista de esta novela— a lograr los méritos que lo hagan un verdadero revolucionario, a él que ha hecho la revolución entre grasa y máquinas de los talleres, pues la revolución para Álvaro Obregón debe estar encabezada por obreros y campesinos que, aún no teniendo instrucción, intuyen el bien del pueblo. El resultado es un camarada Pantoja que se convierte en diputado con el apoyo del jefe máximo (Plutarco Elías Calles), listo a votar sí o a votar no, según lo instruyan en cada momento. Y listo también a hacerse respetar por la violencia de su pistola, creándose el arquetipo del legislador, ignorante, prepotente y abusivo que vive a cuerpo de rey.

En varias regiones del país se incuban personajes como don Serapio de la novela *Domitilo quiere ser diputado*, quien ha logrado sobrevivir a los distintos regímenes políticos, no sólo conservando sus bienes sino acrecentándolos en lo posible a costa del erario municipal, claro está, ayudando a los potentados de la región a hacer lo propio, convirtiéndose en un líder político pero sobre todo en un líder moral que considera que ha

llegado el momento de que su hijo Domitilo ocupe un lugar en el congreso y por eso, aprovechando la visita del general carrancista Xicoténcatl Robespierre Cebollino, que pasa por el pueblo recaudando un “Impuesto Extraordinario de Guerra”, don Serapio y Domitilo solicitan apoyo al general para lograr dicho fin, ya que éste les pide el suyo para recaudar el impuesto. De alguna manera, esto ocurre, todavía hoy en día en nuestra vida política, estructurada sobre los favores políticos y las prebendas. No importa que exista evidencia documental de que don Serapio apoyó a Victoriano Huerta, al final del día nos enteramos que el propio representante del carrancismo fue, consecutivamente, porfirista, maderista, huertista y finalmente carrancista.

Ya hemos comentado la utilización de los indígenas en las revoluciones de México, en particular en *San Gabriel de Valdivias, comunidad indígena*: Azuela hace una crítica frontal a todos los actores políticos que participaron históricamente en la Guerra Cristera y nos muestra cómo se dieron los hechos donde estuvieron extrañamente relacionados el gobierno, la jerarquía eclesiástica, el pueblo, los indígenas y los militares en un perverso teatro de conveniencias mezquinas, que sólo pudo desactivarse con un acuerdo de las élites y con el arrasamiento a ultranza de los levantados.

En *Avanzada*, novela que ocurre en el cardenismo, se reedita el reparto agrario y el consecuente reacomodo social del México de los años treinta. Aquí también se aborda el proceso de creación del corporativismo en el mercado de trabajo y los procesos de masificación social. Estamos frente a un México ya no solo agrícola —que comienza a mecanizarse—, sino industrial, donde se describen los procesos de explotación en el campo y en la ciudad, utilizando como microcosmos el ambiente de los ingenios de azúcar, la zafra y la corrupción de los líderes sindicales.

Más adelante, en *Sendas perdidas*, Azuela abordará el mundo de los obreros especializados de la industria textil y la de los ferrocarrileros y nos mostrará un México enlazado por autobuses foráneos, la sustitución de calderas y la generalización de motores eléctricos.

En novelas como *Nueva burguesía* Azuela aborda el México de los cuarenta que ya está institucionalizado por un partido revolucionario que no permite el ascenso de los líderes de las clases medias. En particular se describe a detalle la contienda de Almazán contra Manuel Ávila Camacho, en una época en la que la ciudad de México se proyecta como una urbe cosmopolita donde sus habitantes exploran nuevas formas de vida y de mejorar sus ingresos, a cualquier precio.

En síntesis la obra de Azuela recorre como pocas el último cuarto del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, interpretando el acontecer nacional, palpando desde su profesión de médico, quizá la actividad científica más humanista que existe, la vida de México, país al que amó y sirvió desde las trincheras más aguerridas. Lo mismo lanzándose al vacío, como llamó al maderismo, él que ya era un médico respetable y cuarentón en su natal Lagos de Moreno, que al trabajar durante años en la medicina pública atendiendo enfermedades venéreas y asociadas con la pobreza en su modesto consultorio de la Beneficencia, de la colonia Peralvillo, donde tomó del entorno los asuntos naturalistas y escatológicos de muchas de sus novelas. Sin rehuir a los temas de alcoholismo, drogas y corrupción, por ejemplo en *La luciérnaga*, donde nos muestra lo antigua que es la discusión sobre la legalización de las drogas y cómo se daba el tráfico de marihuana, cocaína y toda clase de bebidas. Así como a los temas de contrabando que estaba protegido por políticos o sus personeros, como del negocio del pulque que decayó en beneficio de las empresas de

cerveza, de las que curiosamente los generales revolucionarios fueron los nuevos accionistas.

Considero que quien quiera asomarse al proceso histórico de México en el siglo XIX debe leer, por ejemplo, la excelente biografía de *Pedro Moreno* el héroe jalisciense de la Independencia o la interesantísima vida del *Padre don Agustín Rivera*, hombre ilustrado que encarna la evolución del pensamiento en México, en el que podemos entender el proceso de convivencia del pensamiento liberal y del pensamiento conservador en un momento de transición, así como la introducción de la ciencia en los colegios que fundó a lo largo de su vida y la relación con su formación religiosa. En el siglo XXI debemos acercarnos a la lectura gozosa de las novelas de Mariano Azuela, pues en ellas encontraremos con detalle los distintos aspectos de la vida de personas de carne y hueso a las que les tocó vivir una sacudida formidable que los proyectó fuera de su eje para replantearse su existencia o, valga decir, su sobrevivencia.

A Mariano Azuela le toca la evolución del hombre de a caballo: “me crié entre las patas de los caballos pa’ que hasta orita no me infundan mayor recelo”(Azuela, 1996: 180). Perdido en el campo, en un periplo que transita por la educación y su formación profesional hasta convertirse en un hombre de ciencia, en un médico, avecindado primero en su natal Lagos de Moreno en Jalisco y luego en la ciudad de México. Y que se dedica a describir sus crudas realidades y sobre todo a explicarnos el por qué de su desencanto de los procesos revolucionarios que se van dando a lo largo de su vida. Pero también de los movimientos que lo antecedieron y sobre los que reflexiona detalladamente a lo largo de sus múltiples novelas y sus otras obras (cuento, teatro, ensayo, etcétera), donde se valora una estética y una forma de vida que era sencilla y campirana: “No, lo bonito es el corredor en camisa y calzón blancos nomás, los cabellos parados como el animal lleva sus crines en

la vertiginosidad de la carrera; uno haciendo brillar su pelo de oro al sol, el otro tendido airoosamente como águila que hiende el aire. ¡El vértigo de la carrera! ¡Caramba, si sólo por sentirlo se puede correr una buena bestia!” (1996: 181). Con el tiempo su obra se convirtió en un gran mural hecho de mosaicos multicolores, en cada uno describe con detalle cada una de nuestras dolorosas realidades, cada vez más complejas en la medida que la modernidad nos alcanzaba. Con la fortaleza de su lucidez podemos mantenernos en pie frente a los hechos más descabellados, insólitos y conmovedores. Pero él conserva una mirada lúcida, hasta tamizada por el humor que se asoma en todo lo mexicano aunque a veces no sabemos si reír o llorar. Tal vez así es México en su temperamento, de la carcajada a la afrenta, de la violencia a la ternura, de la convivencia a la ruptura, entre la vida y la muerte.

IV. CONCLUSIÓN

CONCLUSIÓN

Andrés Pérez, maderista (1911) es recientemente reconocida por los investigadores como el inicio del género de la novela de la Revolución, comúnmente datado en 1915 con *Los de abajo*. Si bien, varios de sus principales estudiosos como Francisco Monterde y Luis Leal ya habían apuntado, en su momento, esta característica, recientemente José Emilio Pacheco consideró más lograda la novela de Azuela que *La majestad caída* de Juan A. Mateos del mismo año.

Si *Andrés Pérez, maderista* no ha sido tan conocida se debe a que propone una visión desencantada, poco heroica y crítica de la Revolución. En ella define al movimiento como una simulación pactada para dar oportunidad a caciques, hacendados, políticos y militares de reacomodarse política y económicamente. Para él la oligarquía mantuvo el poder no importando quién detentara el gobierno. En su momento esta visión crítica de Azuela no podía ser avalada por el régimen, convenía una explicación más enraizada en el imaginario colectivo: una revolución agraria encabezada por campesinos agraviados por el antiguo régimen. Por eso *Los de abajo* fue redescubierta y ensalzada por el *status quo* como el canon de la literatura viril que necesitaba enarbolar la Revolución mexicana. Sin embargo, pasado el tiempo, el horizonte de expectativas del lector del siglo XXI coincide cada día más con la visión crítica que vertió Azuela en esa primera novela sobre la Revolución, haciéndola cada día más legible y aceptable a nuestros gustos literarios. Al parecer, en la medida en que compartamos con Azuela sus interpretaciones críticas, plasmadas en sus novelas, será posible desenterrar del olvido a la mayor parte de sus obras.

El gran tema de Azuela es la Revolución Mexicana en todos sus aspectos, pero en el camino revolucionó la literatura que se escribía en ese momento en México. Creó el género

de la novela de la Revolución, más allá del naturalismo y del realismo que fueron sus modelos, caracterizada por su estructura episódica, escrita con descripciones realistas, con personajes tipo de este género, atmósfera de tensión, injusticia, inconformidad y malestar social. Por su tono directo y contundente elabora un nuevo discurso, una literatura renovada, donde el protagonista nos cuenta en primera persona y compartiéndonos sus pensamientos de forma sintética, una historia en distintos planos: la realidad social, la interior del personaje principal y la historia de amor entre líneas de Andrés Pérez y María, esposa de su amigo Toño. Azuela introduce un componente sociológico en su literatura, característico e innovador en su contexto al analizar la situación social de los diferentes actores sociales: campesinos, hacendados, caciques, etcétera. Logra articular una prosa revolucionaria en el sentido estético al innovar la forma de comunicar el cómo y al qué de la construcción lingüística y además coloca a la Revolución Mexicana como el tema central de su narrativa. El ritmo narrativo que Azuela utiliza —soportado en la elipsis— logra una rapidez expositiva característica de la novela breve, equiparable a la del cine.

La edición crítica nos muestra a un escritor comprometido que no tuvo empacho en su momento de llamar a las cosas por su nombre, tanto en lo moral como en lo escatológico. Describió la debacle moral de México y utilizó para ello el lenguaje coloquial del pueblo. Logró escribir con precisión y contundencia al grado que fue equiparado con Tácito por el crítico francés Valery Larbaud. Y no es gratuito que al paso del tiempo se le reconozca cada día más su estilo innovador.

V. ANEXOS

ANEXO 1 (PRIMERA RESEÑA DE LA NOVELA)

*ANDRÉS PÉREZ, MADERISTA*¹

El doctor Mariano Azuela, es un distinguidísimo escritor a quién los puercos literarios cebados por la Dictadura, hicieron el más completo vacío. Tenían razón: [i]Azuela jamás creyó que México fuese Jauja bajo aquel Gobierno... angelical! y, lo que es peor, lo que le convertía en apestado, en relapso: tuvo el valor de decirlo, de herir con agudo escalpelo el oropel que cubría aquella infecta gusanera, para que por las desgarraduras penetrasen rayos de luz, que ponían espanto y desolación en los infectos necrófagos, que se hartaban de la carne y de la médula del pueblo mexicano yacente.

Conocemos dos obras de Azuela, *Mala yerba* y *Los fracasados*. Ha escrito otras; pero desde que dedicamos un artículo de somera crítica, como todas las nuestras a las dos ya mencionadas en *El Progreso Latino*, no habíamos leído nada del distinguido escritor, hasta que cayó en nuestras manos *Andrés Pérez, maderista*. No es ésta una obra de gran aliento, sino un simple opúsculo, un capítulo destinado sin duda a presentar con la mayor oportunidad posible ante la consideración de las inteligencias altas y los corazones sinceros que constituyan el núcleo revolucionario triunfante, algunas de las más espantosas mendicidades con que los *mismos... los mismos... los mismos!* se harán pasar por correligionarios, a fin de aprovechar para ellos solos, una vez más, el sacrificio abnegado de las multitudes cándidas, que lucharon con heroísmo.

En Azuela, el sociólogo forma el cimiento del novelista, cimiento sólido, firme, batido con ciencia y amor; pero que como todos los cimientos, queda oculto a las miradas

¹ Publicada originalmente en *Nueva Era*, México, 1911; luego fue recogida por Beatrice Berler en el *Epistolario y Archivo* de Mariano Azuela.

de los ojos y con desoladora frecuencia hasta a los de la inteligencia, en virtud de —que es necesario confesarlo— la inteligencia nacional aún conserva la aureola que prosigue a los estados catalépticos.

Esos tipos —verdaderamente genéricos— que nos presenta Azuela, pasarán por tal causa para la mayor parte de los lectores, como creaciones del todo concretas, de la fantasía de un buen escritor.

Andrés Pérez, joven de inteligencia bastante lúcida para darse cuenta de la sombría injusticia que constituye la base de nuestra sociedad, pero fatalmente escéptico, y por ello destinado a la esclavitud, es un tipo muy común sin duda en nuestro medio, con quien el pueblo triunfante debería ser inexorable; pero que se deslizará en la nueva situación hasta las cumbres, porque nadie procurará descubrirlo, ni los guías más entusiastas de las multitudes hacia la libertad. Al ladrón y asesino *coronel* Hernández, pertenece una gran parte del suelo roturado de la República; en cada Estado hay cien, doscientos coroneles Hernández que han sido o son *autoridades* y de los más sombríos fondos de la última Revolución, brotarán otros y otros coroneles Hernández, con el propósito firme por ser instintivo, de imitar paso a paso a los Hernández producidos por la guerra y las dictaduras, porque los coroneles Hernández asesinos y ladrones, se transforman en el sostén más firme de los gobiernos corrompidos; son los instrumentos de aplastamiento. Tampoco estos Hernández, llegarán a descubrirse por la mirada del pueblo, por más que las páginas del opúsculo de Azuela, arrojen sobre ellos una ráfaga de luz.

Con lo anterior queremos decir que la obrita *Andrés Pérez*, nos parece desproporcionadamente pequeña, ante el gran propósito que en ella se transparenta, y habida en consideración también de los aquilinos vuelos de que el autor ha dado muestra en los trabajos anteriores.

Creemos llegada la época de los artistas de la palabra y de los pensadores cuya libre mentalidad era repugnada por la infecta ralea que ocupaba la cumbre, en las postrimerías del periodo dictatorial. Azuela en su *Andrés Pérez* da tan sólo una voz de ¡Presente! en el pórtico del porvenir; pero el campo está en barbecho, una inmensa desolación se extiende por los ámbitos de la patria, y el arado y los aperos en un rincón de las cabañas, esperan que la fuerte mano de los obreros del presente, los lleve a la labor. Los trabajos pacientes de un artista pensador como Azuela, nunca llegan tarde, y sólo la precipitación les da una trayectoria parabólica, donde su luz se pierde para siempre.

Además del inteligente escéptico, del brutal ladrón despojador de campos, del Cuco periodista imbécil, merecedores del castigo; pero que audazmente han asaltado ya la ruta de en que los abnegados luchadores con pleno derecho pusieron la planta al triunfar la Revolución, además de esos tipos, esbozados en *Andrés Pérez*, la patria y el arte necesitan que Azuela burile enérgica y profundamente a éstos y otros, pues la selva oscura de nuestra triste conformación nacional, está llena de ellos como los bosques tropicales de miasmas y reptiles venenosos.

Ejoff

ANEXO 2 (PRIMERA RESEÑA EN TORNO A LA OBRA DE AZUELA)

SEÑOR DOCTOR MARIANO AZUELA²

Gran mayoría de los literatos que han adquirido notoriedad dentro de un periodo de veinte años, no ha reflejado en sus obras la vida nacional correspondiente a esas dos décadas. Los unos han sido completamente subjetivos, pues se han concretado a mostrarnos ampliamente su yo emotivo; los otros han divagado por asuntos de interés mundial y no han faltado quienes se hayan propuesto darnos a conocer costumbres exóticas de pueblos muy lejanos.

Pocos se han ocupado en nuestros asuntos y grandes problemas vernáculos, procurando hacer *arte*.

Y que el campo es inagotable en temas dignos de la pluma del poeta, del dramaturgo y del novelista principalmente, nos lo demuestra la obra varia y riquísima en sugerencias para los artistas de la palabra, del doctor Mariano Azuela.

Las novelas del escritor laguense reflejando de modo intenso dos épocas concomitantes, y sin embargo separadas por hondo abismo: los fines de la Dictadura y la Revolución.

No cabe duda que los espíritus de las clases medias habían tomado una dirección bien definida en la primera de esas épocas; en la gran mayoría se notaba sincero desdén por todo ideal, y el afán de tomar un puesto, no importa los medios, en las filas de los dominadores, de los hombres de poder y de dinero; mientras tanto en las almas selectas y en el pueblo humilde se despertaba la indignación y la protesta que habría de llevarlas a la rebeldía armada.

² Publicado en *Biblos*, I, 21, México, 7 de julio de 1918, pp. 2-3 [probablemente escrito por José G. Ortiz]; recopilado posteriormente por Beatriz Berler en el *Epistolario y Archivo* de Mariano Azuela.

Azuela pinta de mano maestra en *María Luisa y Los fracasados*, *Mala yerba* y *Sin amor* tal estado de ánimo; la disposición de sacrificar todo ideal a la obtención de la riqueza y el poder.

La segunda serie de sus novelas [comprende] a las tituladas *Andrés Pérez*, *maderista*, *Del Llano Hermanos*, *Sociedad en Comandita*, publicada con el nombre de *Los Caciques*, *Los de abajo* y *Las moscas*. Estas obras que se escribieron sin duda en el fragor de los combates o bajo la depresión de las persecuciones, revelan cierto descuido en su factura; pero sin dejar por ello de ser cuadros de una creación vigorosa de sociólogo y artista.

El autor tiene indisputablemente el mérito de hacer palpitar en sus novelas la vida nacional, la vida que vive, sin procurar el halago de las clases capacitadas para pagar con renombre, puestos públicos y dinero la labor literaria.

El doctor Mariano Azuela nació en la ciudad de Lagos en 1873, hizo sus estudios en el Liceo del padre Guerra de la misma ciudad, y los preparatorianos y profesionales en el Liceo de Varones de Guanajuato.

Se dedicó en la ciudad natal al ejercicio de su profesión y no ha desempeñado otro puesto público que el de jefe político de la misma población en la época del presidente mártir. Renunció a ese puesto cuando fue nombrado gobernador del estado de Guanajuato el señor Alberto Robles Gil, nombramiento que reveló a Azuela que la obra de Madero estaba minada profundamente por los elementos enemigos. Quiso volver al ejercicio tranquilo de su profesión, pero pronto la usurpación emprendió persecuciones sangrientas en todo el país; Robles Gil fue ministro de Huerta, y el profesional abnegado, cuya clientela eran los pobres, fue amenazado en su vida y herido en sus intereses. Se lanzó al campo de la lucha. Perteneció al Cuerpo Médico de las Legiones del Norte, y al sobrevenir la

defección de Villa, no pudo abandonar a sus enfermos; pero, allí, en aquel medio, donde los revolucionarios de convicciones, se consideraba excéntrico, y al serle posible, vino a radicarse a esta capital.

El doctor Azuela, en el pleno vigor de la vida, con suprema experiencia de ella y en un medio amplio, como el capitalino, tal vez aumente el pequeño acerbo literario de nuestra actualidad, con obras dignas de muy merecido aplauso.

[José G. Ortiz]

VI. BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFIA:

AUB, MAX. *Guía de narradores de la Revolución Mexicana*. México: FCE/SEP. 1985.

ARAUJO, NARA Y TERESA DELGADO (selección y apuntes introductorios). *Textos de teorías y crítica literarias. (Del formalismo a los estudios postcoloniales)*. México: UAM. 2003.

AZUELA, ARTURO. *Prisma de Mariano Azuela*. México: Plaza y Valdez Editores, 2002.

----- . *De la novela de la Revolución a la unidad de la literatura iberoamericana*. México: INAH-El Colegio de Jalisco, 1994.

AZUELA, MARIANO. *Cien años de Novela Mexicana*. México: Ediciones Botas, 1947.

----- . *Los de abajo*. Edición Crítica de Jorge Ruffinelli. Madrid: Archivos, 1988.

----- . *Epistolario y Archivo*. México: CEL/UNAM, 1969.

----- . *Los de abajo*. Ed. Martha Portal. Madrid: Cátedra, 1985.

----- . *Obras Completas*. Ed. Francisco Monterde. 3 vols. México: FCE, 1996.

----- . *Páginas autobiográficas*. México: FCE, 1974.

----- . *Páginas escogidas*. México: UNAM, 1993.

----- . *Andrés Pérez, maderista*. México: Imp. de Blanco y Botas, 1911.

----- . *Andrés Pérez, maderista*. 2ª. Ed. (Con *Domitilo quiere ser diputado* y “De cómo al fin lloró Juan Pablo”). México: Botas, 1945.

----- . *Andrés Pérez, maderista*. 3ª. Ed. *Obras Completas*. T. II, México: FCE, 1958.

----- . *Andrés Pérez, maderista. Obras Escogidas: Novela y cuento*. México: Promexa Editores, 1979.

----- . *Andrés Pérez, maderista*. Col. Clásicos de la Literatura Mexicana. México: Promexa Editores, 1979.

- BERISTÁIN, HELENA. *Diccionario de retórica y poética*. México: Porrúa, 2004.
- BLANCO, JOSÉ JOAQUÍN. *Mariano Azuela: una crítica de la Revolución Mexicana*. México: INAH, 1982.
- BLECUA, ALBERTO. *Manual de crítica textual*. Madrid: Castalia, 1983.
- BURGUERA, MA. LUISA. Ed. *Textos clásicos de teoría de la literatura*. Madrid: Cátedra, 2004.
- CASTAÑÓN, ADOLFO. *Arbitrario de la literatura mexicana*. México: Vuelta, 1993.
- CAMPOAMOR FORNIELES, MARTA. “El texto en su contexto histórico”. En *Incipit*, núm. 5, 1985: pp. 53-79.
- COHEN, ESTHER. *Aproximaciones*. México: UNAM-IIF, 1995.
- CORONADO, JUAN. “Independencia y Revolución (la historia en la novela)”. En *Literatura mexicana*, vol. XXI, núm. 1, 2010: pp.83-99.
- DESSAU, ADALBERT. *La novela de la Revolución Mexicana*. México: FCE, 1996.
- DÍAZ ALEJO, ANA ELENA. *Manual de edición crítica de textos literarios*. Col. Manuales Didácticos, 10. México: IIF/UNAM, 2003.
- DÍAZ ARCINIEGA, VÍCTOR y MARISOL LUNA CHÁVEZ. *La comedia de la honradez*. México: El Colegio Nacional, 2009.
- ECO, UMBERTO. *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*. Barcelona: Lumen, 1987.
- FUENTES, CARLOS. “Mariano Azuela: la Iliada descalza”. En *Los de abajo*. México: Mondadori, 1990.

- GADAMER, HANS-GEORGE. “Fundamentos para una teoría de la experiencia hermenéutica” En *En busca del texto. Teoría de la recepción literaria*. Ed. Dieter Rall. México: UNAM, 1987; pp. 19-29.
- GOIC, CEDOMIL. *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana, Del Romanticismo al Modernismo*. Barcelona: Crítica, 1991.
- GONZÁLEZ EGUIARTE, LAURA ADRIANA. “Presencia del lenguaje cinematográfico en la narrativa moderna de Mariano Azuela: un análisis comparativo.” En *Literatura Mexicana* vol. XIII, núm. 1. México: UNAM, 2002; pp. 117-148.
- GONZÁLEZ, MANUEL PEDRO. *Trayectoria de la novela en México*. México: Ediciones Botas, 1951.
- ISER, WOLFGANG. “La estructura apelativa de los textos”. En *En busca del texto. Teoría de la recepción literaria*. Ed. Dieter Rall. México: UNAM, 1987; pp. 98-119.
- JAUSS, HANS ROBERT. “Historia de la literatura como una provocación a la ciencia literaria” y “Cambio de paradigma en la ciencia literaria”. En *En busca del texto. Teoría de la recepción literaria*. Ed. Dieter Rall. México: UNAM, 1987; pp. 55-58.
- LAMA DE LA CRUZ, VÍCTOR DE. “Para una edición crítica de Trilce”. En *Incipit*, núm 14, 1994: pp. 193-204.
- LAPESA, RAFAEL. *Introducción a los estudios literarios*. Madrid: Cátedra, 1998.
- LARBAUD, VALERY. *Obras escogidas de A. O. Barnabooth*. México: Vuelta, 1987.
- LEAL, LUIS. *Mariano Azuela, vida y obra*. México: De Andrea, 1961.
- . *Mariano Azuela*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1967.

------. *Mariano Azuela: el hombre, el medico, el novelista*. México: CONACULTA, 2001.

------. "Prologo". En *Páginas escogidas*. Por Mariano Azuela. México: UNAM, 1993.

LUCÍA MEGÍAS, JOSÉ MANUEL. "Crítica textual e imprenta: 1. Reflexiones textuales al hilo de una edición". En *Incipit*, núm 17, 1997: pp. 47-81.

MARTÍNEZ, ELIUD. *Mariano Azuela y la altura de los tiempos*. Guadalajara: Secretaria General de Gobierno del Gobierno de Jalisco, Unidad Editorial, 1981.

MOLIÈRE. *Comedias: Tartufo, El Burgués Gentilhombre, El Misántropo, El Enfermo Imaginario*. México: Editorial Porrúa, 2001.

------. *Comedias: El avaro, Las preciosas ridículas, El medico a la fuerza, La escuela de las mujeres, Las mujeres sabias*. México: Porrúa, 1989.

MONTERDE, FRANCISCO. Ed. *Mariano Azuela y la crítica mexicana*. México: SEP/Setentas, 1973.

------. *En defensa de una obra y de una generación*. México: Imprenta Universitaria, 1935.

OCAMPO, AURORA M. *La crítica de la novela mexicana contemporánea*. México: UNAM, 1981.

ORDUNA, GERMÁN. "La edición crítica". En *Incipit*, núm. 10, 1990: pp. 17-43.

PACHECO, JOSÉ EMILIO. "¿Juan A. Mateos o Mariano Azuela?". En *Proceso*, núm. 1777 21 nov 2010: pp. 64-66.

PALACIOS, EMMANUEL. *Mariano Azuela: un testimonio literario*. Guadalajara: s. e., 1952.

- PAZ, OCTAVIO. *Primeras letras (1931-1943)*. México: Vuelta, 1988.
- PERALTA, BRAULIO. “El lenguaje popular en Mariano Azuela fue una virtud...”. En *Unomasuno*, 13 abr 1983: p. 17.
- PERUS, FRANCOISE. *Historia y literatura*. México: Instituto Mora, 2001.
- RICOEUR, PAUL. *Tiempo y narración (configuración del tiempo en el relato histórico)*. I. México: Siglo XXI Editores, 2004.
- RIVAS SÁINZ, ARTURO. *El estilo de Mariano Azuela*. Guadalajara: Departamento de Bellas Artes, 1984.
- RUFINELLI, JORGE. *Literatura e ideología: el primer Azuela (1896-1918)*. México: Premia Editores, 1982.
- RUIZ, JOSÉ LUIS. “Novela de la Revolución, retrato del movimiento”. En *El Universal*. 16/11/2010, <<http://www.eluniversal.com.mx/cultura/64243.html>>. 16/03/2011
- VITAL, ALBERTO. “Teoría de la recepción”. En *Aproximaciones. Lecturas del texto*. Ed. Esther Cohen. México: UNAM, 1995; pp. 237-249.
- VILLAURRUTIA, XAVIER. “Sobre la novela, el relato y el novelista Mariano Azuela”. En *Obras*. México: FCE, 1974; pp. 799-801.

Segunda parte

PRESENTACIÓN

Francisco I. Madero y Mariano Azuela son coetáneos: ambos nacieron en 1873 y compartieron por momentos un ideal de libertad y democracia, de igualdad y desagravio, frente a una sociedad convertida en plutocracia: desplazaba a los más y encumbraba a los menos. Con su libro *La sucesión presidencial en 1910* (1908), Madero convocó a todos los mexicanos para seguirlo en su cruzada contra esa especie de ogro filantrópico encarnado en Porfirio Díaz. Otros que siguieron este llamado fueron los hermanos Serdán, a quienes Madero encomendó el estallido de la Revolución en el estado de Puebla; finalmente, como sabemos, estos acabaron masacrados en su casa la víspera del levantamiento.

Mariano Azuela se tomó en serio el llamado a la Revolución del Plan de San Luis (1910); tanta fue su convicción que quizá a ella misma se debió que fuera de los primeros en desilusionarse al observar el desapego de Madero a las clases populares y su olvido de las reivindicaciones agrarias. Cuando Madero decidió incorporar en el gobierno a los antiguos porfiristas, Azuela deja constancia de ello en una novela; su desacuerdo con el líder revolucionario y sobre todo, su desencanto, eran evidentes. Para la generación de Azuela, casi cuarentones, establecidos económica y socialmente en sus regiones, la Revolución no debía cederse gratuitamente a la oligarquía, particularmente cuando a ellos el movimiento les había obligado a comenzar de cero, lejos de su terruño, convertidos en apestados y perseguidos.

Andrés Pérez, maderista narra acontecimientos ficticios entrelazados con hechos históricos ocurridos a partir de noviembre de 1910 —con represiones a estudiantes y persecuciones políticas a líderes anarquistas—, hasta mayo de 1911 —cuando sobreviene la renuncia de Porfirio Díaz y su salida hacia Europa—; lo que en su conjunto se ha dado en llamar la insurrección antirreeleccionista. En esta obra aparece Madero como un personaje

fuera de campo —si nos permitimos emular el lenguaje cinematográfico—; nunca está frente a nosotros de carne y hueso. Los personajes invocan su presencia, interpretan hacia uno y otro sentido sus ideales y casi por revelación parecen recibir sus indicaciones en el quehacer diario de los sucesos.

El maderismo encarna en ciertos sectores de la sociedad mexicana certeza política de democracia, alternancia en el poder, así como la esperanza en la construcción de un nuevo Estado que mitigue las desigualdades sociales; para la mayor parte de la población, representa un uniforme caqui con cintas tricolores en el sombrero panamá, botas altas y cartucheras cruzadas.

Al denunciar el doble discurso y la corrupción, la novela cuestiona el surgimiento de una nación a partir del engaño y la simulación, y se mantiene genuina en su planteamiento estético, heredero del realismo al estilo de Galdós y de Zola —al expresar la realidad social— con un lenguaje que ha resistido más de un siglo. *Andrés Pérez, maderista*, sin embargo, constituye un ejemplo de literatura moderna porque coincide cada vez más con nuestra lectura histórica y, con el tiempo, se ha vuelto más legible. Por su tono directo y contundente elabora un nuevo discurso, una literatura renovada, donde el protagonista nos cuenta en primera persona y aún compartiéndonos sus pensamientos de forma sintética, una historia en distintos planos: la realidad social, la interior del protagonista y la historia de amor entre líneas de Andrés Pérez y María, esposa de su amigo Toño. De esta manera Mariano Azuela inaugura un género: la Novela de la Revolución, caracterizada por su estructura episódica, escrita con descripciones realistas, con personajes tipo de este género, atmósfera de tensión, injusticia, inconformidad y malestar social.

Andrés Pérez, maderista se convierte en la primera¹ de muchas obras donde la Revolución se vuelve escenario, personaje, mito trastocado, denuncia y reinterpretación. Azuela introduce un componente sociológico en su literatura, característico e innovador en su contexto. Logra articular una prosa revolucionaria en el sentido estético y colocar a la revolución como su gran tema.

Paradójicamente *Andrés Pérez, maderista* no es la más difundida² de las obras de Azuela, quizá por su temprano desencanto. En su lugar, *Los de abajo* se ha perpetuado en el gusto literario más generalizado, por presentar elementos arquetípicos del inconsciente colectivo en torno a la Revolución, como movimiento campesino de masas agraviadas por el antiguo régimen. Pero, sin duda, muchas de sus novelas resultarían amenas a los lectores del siglo XXI. Desafortunadamente, la mayor parte de ellas permanece en la sombra: *El camarada Pantoja*, *La Malhora*, *Domitilo quiere ser diputado*, *Las moscas*, *Las*

¹ José Emilio Pacheco expuso una importante reflexión sobre el tema: “La primera novela de la Revolución: *La majestad caída* de Juan A. Mateos o *Andrés Pérez, maderista*, de Mariano Azuela”, ambas de 1911, donde consideró obra más extensa la de Mateos pero menos lograda en comparación con la novela corta de Azuela. Véase, José Emilio Pacheco, “¿Juan A. Mateos o Mariano Azuela?”, *Proceso*, núm. 1777, 21 de nov. de 2010, pp. 64-66.

² La recepción de la novela *Andrés Pérez, maderista* a lo largo de estos primeros cien años de vida oscila entre las visiones de los estudiosos de la obra de Azuela: Francisco Monterde rescata la utilización de lenguaje coloquial, los giros locales de léxico o lo que llama el neorrealismo literario; Luis Leal el biógrafo puntual incursiona en las motivaciones vivenciales del escritor; Jorge Ayala Blanco y Jorge Rufinelli se preguntan qué tan revolucionario pudo llegar a ser Azuela proviniendo de la pequeña burguesía provinciana; Víctor Díaz Arciniega centra su lectura en la crítica de los valores morales traicionados en nuestra sociedad y la denuncia de la corrupción política, social y espiritual que Azuela mantiene en su literatura. Resulta interesante contraponer la opinión de Victoriano Salado Álvarez, quien a principios del siglo XX consideraba a Azuela un escritor “poco literario”, con la reciente opinión —ya en la primera década del siglo XXI— de Juan Coronado quien lo considera como un “novelista muy sagaz”. No es extraño, ya Octavio Paz cambió de opinión, al principio lo consideró torpe, miope y limitado y al final lo reconoció como un “escritor lúcido, dueño de sus recursos”. Xavier Villaurrutia lo propuso como ejemplo paradigmático del novelista moderno. En su época las primeras reseñas de esta novela fueron anónimas; en dos de ellas, una aparecida en la ciudad de México y otra en Guadalajara, se reconocía la pertinencia y la fuerza de la novela, su ingrediente sociológico y sobre todo la valentía de su autor en esos momentos de incertidumbre (ver detalles en el capítulo II: XX-XXXIX de esta tesis donde se organizan las críticas cronológicamente y se registran las referencias bibliográficas de cada autor y obra en las que aparecen sus aseveraciones).

tribulaciones de una familia decente, San Gabriel de Valdivias, comunidad indígena y Los caciques, por mencionar algunas.

Azuela destruye varios mitos mexicanos en esta novela: primero, la visión inmaculada del inicio de la Revolución, pues aquí prevalece la improvisación y el oportunismo; segundo, el idealismo de los intelectuales que acompañaron su construcción (en la medida que un periodista como Andrés Pérez pudiera representar este papel), pues no hay ideales sino intereses o, en el peor de los casos, diletantismo; tercero, el mito de la Revolución que surge de los campesinos cuando en realidad los hacendados, caciques, comerciantes, etcétera, arman el jaleo, mientras los más pobres y los campesinos temen a la leva; cuarto, el mito del amo bondadoso que busca el bien común y redimir a los más pobres, cuando los hacendados como Toño Reyes en la novela o Madero en la vida real, figuran como iluminados y buscan pasar a la historia a costa incluso de su vida (previenen su muerte para trascender) sin haber eliminado las desigualdades; quinto, el mito de un nuevo orden justo para los más necesitados, cuando la Revolución no establece un nuevo orden, instaura el desorden como nuevo orden; sexto, el mito de la paz y la democracia, cuando la Revolución Mexicana, aun con la posterior constitución del partido único, sólo admite el asesinato político como mecanismo de sucesión en el poder; séptimo, el mito de la verdad y la libertad, cuando la simulación es la razón ordenadora de nuestra cultura, la máscara, el instrumento sagrado que sigue siendo fundamental a la voluntad con dobles intenciones, la mayor parte de las veces inconfesables.

Andrés Pérez es un ciudadano común, periodista de profesión y sobreviviente pragmático de las circunstancias; típico empleado que capotea al jefe, mitiga las escenas de celos de su novia Luz y flirtea con la esposa de su amigo. Lo curioso de este personaje estriba en no darse baños de pureza, incluso se presenta como un cínico. A diferencia del

estereotipo de personajes ilustrados de altos ideales, éste finalmente saca provecho de las circunstancias —usurpador, gesticulador— y capitaliza sus consejos en beneficio propio; Andrés conformado e impulsado por el entorno social y la necesidad compartida por un pueblo incapaz de dirigir su propio destino, pues deposita en sus improvisados líderes las decisiones trascendentes.

Andrés Pérez deviene una marioneta de Toño su amigo —casi la encarnación paralela de lo que representa Madero—, de su esposa María —quien, como la reina antigua Isis para los egipcios, personifica la imagen del deseo y el símbolo de la tierra, fuerza fecundadora de la naturaleza—; de los otros hacendados —sobre todo de don Octavio, siempre ubicado en el lado correcto—; de los caciques y jefes políticos de la población, de los comerciantes y hasta de los militares en funciones; todos ellos parecen utilizarlo para reacomodarse y legitimarse. Pero son correspondidos porque Andrés Pérez no busca el bien común, le basta con lograr el propio sin ninguna cortapisa, sin ningún escrúpulo.

Mariano Azuela introduce una visión crítica, aparentemente fría, aunque en realidad apasionada y desmitificadora de los hechos históricos de México. El acontecer nacional se reinterpreta desde una perspectiva moral que descubre los engaños de que hemos sido objeto, producto de la toma de posición de Azuela frente a los acontecimientos que conmocionaban el país; por ejemplo: la inconsistencia entre el discurso de Madero y los hechos verificados en el ejercicio del poder. Recordemos que en el Plan de San Luis Madero se asumía como presidente provisional, desconocía el gobierno de Díaz y llamaba a levantarse en armas; pero en mayo de 1911 tiene que reconocerlo para aceptar su renuncia; a cambio se obliga a desmantelar su ejército y luego se hace más evidente su debilidad al tolerar a la reacción que se fortalece a la sombra de las libertades sin condición. La nitidez con la que Azuela aborda el complejo panorama de la historia de México sorprende por su

verosimilitud. Es difícil hoy en día dudar de su diagnóstico certero —surgimos en 1910 como producto de una revolución de la oligarquía, pactada y a modo—, negociación elaborada en los primeros momentos de la gestación de la causa revolucionaria, pero ese proceso se salió del control de la oligarquía mexicana. En un país donde se tiene una actitud hierática —nuestros héroes son estampas, estatuas y mitos— y la historia se escribe sobre letras de bronce —omitiendo los inconfesables actos criminales, de traición y de simulación—, encontramos una novela como *Andrés Pérez, maderista* que se atreve a decir la realidad escatológica, menos deslumbrante y sórdida. El heroísmo tan inculcado en nuestra educación maniquea e inamovible no tiene cabida en esta historia, ni en el protagonista ni en los otros participantes, cada cual va a su aire, buscando sus objetivos y estos pueden ser tan variados como la vida: propiedades, dinero, poder, amor, etcétera.

Azuela aporta además el ingrediente sarcástico humorístico en su literatura, con el que aborda los acontecimientos históricos. El desparpajo utilizado para describir en unas pinceladas —en el espacio de una novela corta— todas nuestras idiosincrasias, desde el peón hasta el hacendado, el cacique, el político, y claro nuestra muy colorida manera de hablar, lo que Francisco Monterde definiera como neorrealismo, pues Azuela logró introducir en su novela el lenguaje de la calle con toda su fuerza.

La historia se establece en ese ambiente de malestar donde se comienzan a dar protestas, una de ellas en la plaza de la Constitución, contra los Estados Unidos por el asesinato de un mexicano en tierra yanqui. Los sucesos se van dando de tal forma que, cuando una columna de jóvenes bullangueros se reúne con una mezcla social más amplia, que legitima por su variedad su actuación en una manifestación, estalla una terrible represión por parte del régimen. Andrés Pérez presencia estos hechos y los reseña para su periódico *El Globo*, empleando las fórmulas del periodismo del régimen, acostumbrado a

justificar la aplicación de la ley. Incidentalmente recibe la invitación de su amigo Toño Reyes, hacendado con propiedades a trescientos kilómetros de la capital. Como Andrés Pérez está pasando por un desengaño amoroso le parece apropiado alejarse para olvidar. Por alguna extraña razón —probablemente la denuncia de su propio jefe y la imprudencia de su novia Luz— se le vincula con la manifestación acabada en masacre y llegan hasta la hacienda de su amigo a buscarlo para presentarse a declarar. Gracias a las influencias del hacendado en la región logra permanecer en arresto domiciliario en la hacienda Esperanza. Curiosamente, a partir de esta situación comenzará a recibir mensajes de personas que ven en él a un luchador social, pero también de quienes lo advierten como un peligro, aunque claro, una vez la revuelta se declara muchos cambian de careta y se acomodan en los nuevos tiempos. Incluso los vigilantes que lo reciben en el camino con malas caras, luego buscarán los gué y los lleve consigo a la Revolución.

El ritmo narrativo que Azuela utiliza —soportado en la elipsis— logra una rapidez expositiva característica de la novela breve y equiparable a la del cine; sólo en un par de ocasiones entra en digresiones filosóficas, los diálogos de Andrés Pérez con don Octavio al hablar sobre justicia, ciencia, historia y moral; pero al parecer con la intención de mostrar lo vacío de sus discursos, pues ambos hacen exactamente lo contrario de lo que predicán.

Al final como una construcción de arena el escenario de la novela —que es el del país— se va desmoronando; los funcionarios del antiguo régimen salen huyendo, los detractores de Madero se convierten milagrosamente en sus mayores defensores y se autonombran miembros de su ejército. Al instante de júbilo por el éxito le sigue casi de manera inmediata la interminable cadena de asesinatos entre las facciones al luchar por mantener su hegemonía. Andrés Pérez ya libre observa el creciente desorden en la población y quiere alejarse, pero en el último momento recuerda la invitación de María —la

ahora viuda de Toño— quien le ha demostrado su afecto desde los primeros días en la hacienda. María representa la tierra que parece estar dispuesta a recibir a los nuevos héroes, maderistas de último momento como Andrés Pérez, dispuestos a gozar los placeres ocultos de la diosa de la fecundidad.

Azuela logra sintetizar la tragedia nacional que implica la debacle moral de un pueblo. La Revolución como situación límite le permite evidenciar la crisis cíclica de nuestros valores. La novela está más vigente que nunca, curiosamente inicia con una reflexión sobre los gastos desmedidos para conmemorar el primer centenario de la Independencia de México; misma discusión que se dio en el 2010 al festejar el bicentenario y el primer centenario de la Revolución, tan llenos de gastos de oropel y obras faraónicas inconclusas. En el esplendor de Porfirio Díaz se cuestionaban los rezagos en materia social y se advertía de los agravios a los de abajo, que acabaron por destruir al sistema en su conjunto. Hoy, las desigualdades también arriesgan nuestra existencia como nación y actualizan el mensaje del autor. Los sucesores de Andrés Pérez tomaron los reales y ostentan patente de corso, han corrompido al Estado y ya no es posible diferenciar al buen gobierno del crimen organizado. Azuela denunció esta misma situación a lo largo de su obra, documentando en cada novela una porción histórica de esta caída constante. Consiguió crear con ello un mosaico detallado que abarca en su conjunto la historia de México y auguró al final: “los que nacieron esclavos..., esclavos todavía, esclavos hasta morir... ¡eternamente esclavos!”.

ADVERTENCIA EDITORIAL

Conocemos dos versiones de *Andrés Pérez, maderista*, en vida del autor, la de 1911 y la de 1945, ambas editadas por Botas en la ciudad de México. De la edición de 1911 hice una copia fotográfica en el fondo reservado de la biblioteca Samuel Ramos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Como dato curioso este único ejemplar resguardado proviene de una donación de uno de los hijos de Mariano Azuela, Salvador Azuela, quién en 1984 lo transfirió a esta biblioteca. De la de 1945 logré adquirir un ejemplar en buen estado en una librería de viejo, de allí partió esta edición crítica.

Al cotejar las dos versiones, descubrí más de quinientas variantes, que transcribo a pie de página en orden numérico y que muestran el cuidado detallado por parte del autor para lograr una obra nítida y legible. Sin perder su fuerza, su estilo y la denuncia que llevaba a cabo.

Se actualizó la ortografía en el cuerpo de la novela, así como en las variantes, por ejemplo: *volvióse por volviose*, donde se aplican criterios ortográficos que no representan cambios semánticos.

Para la edición de la novela se aplicaron los criterios editoriales utilizados en el portal *La novela corta. Una biblioteca virtual* <<http://lanovelacorta.com/>>, que me ayudaron a modernizar la presentación.

El señalamiento de las variantes se hace con respecto a la edición de 1911 confrontada con la de 1945 como se ha explicado para la fijación del texto, de acuerdo a los siguientes criterios.

1) Para señalar que la edición de 1911 tiene texto de más, se utiliza en cursivas la palabra *incluye*.

2) Para señalar que la edición de 1911 tiene texto de menos, se utiliza en cursivas las palabras *no incluye*.

3) Para señalar que en la edición de 1911 una palabra o una frase fue cambiada por otra se utiliza en cursivas la palabra *por*.

4) Se eliminaron los signos de puntuación al final de cada variante, a menos que dichos signos influyan en un cambio semántico.

5) Las notas de variantes se insertan exactamente donde ocurre el cambio, por lo tanto, en este caso, no se sigue el criterio de insertar la nota después del signo de puntuación. Tomé esta decisión porque muchas veces si se inserta la nota de una variante después de algún signo de puntuación, el sentido de la frase cambia.

6) El criterio es que la variante se señala donde termina el cambio no donde comienza.

Finalmente elaboré notas de contexto con el fin de apoyar la lectura de la novela, se reúnen al final en orden alfabético.

ANDRÉS PÉREZ, MADERISTA
(EDICIÓN CRÍTICA).

Mariano Azuela

...²los cereales han alcanzado un precio sin³ precedente⁴. El jornalero⁵ se nutre de maíz y de frijol. Donde un bracero gana 37 centavos diarios, el maíz vale siete pesos hectómetro y el frijol 14⁶. Pero el gobierno gastará más de 20 millones en la construcción del teatro Nacional⁷, 20 millones⁸ en el embellecimiento de la metrópoli, 20 millones en agasajar a los delegados extranjeros⁹, invitados al festejo de esta primera centuria de nuestra independencia nacional¹⁰. Cuando menos los¹¹ señores diplomáticos estarán¹² satisfechos de la prosperidad desbordante de los habitantes de la República Mexicana...

Acabé¹³ de leer. Mi amigo, el jefe de redacción de *El Globo*^a, comentó¹⁴ despectivamente¹⁵:

—Las sandeces de todos los días¹⁶. El crédito del país¹⁷ estriba¹⁸ en el concepto que de él¹⁹ se tenga²⁰ en el extranjero y si nuestro²¹ gobierno consigue²² dar una impresión

¹ Mariano Azuela. *Andrés Pérez, maderista*. Botas: México, 1945. De la novela *Andrés Pérez, maderista* conocemos dos ediciones en vida de Mariano Azuela: la de 1911 y la de 1945, ambas editadas por Botas en la ciudad de México. Para esta edición crítica se partió de la edición de 1945 porque es la última voluntad autoral.

² 1911 *incluye* Este año del primer centenario de nuestra independencia

³ 1911 *que no tiene por* sin

⁴ 1911 *incluye* en la historia de la miseria del país

⁵ 1911 *incluye* mexicano, es decir, más de doce millones de habitantes de la nación

⁶ 1911 *el doble por* 14

⁷ 1911 *de pesos en construir un teatro por* en la construcción del teatro Nacional

⁸ 1911 *el gobierno está gastando millones y millones de pesos por* 20 millones

⁹ 1911 *incluye* llamados a festejar

¹⁰ 1911 emancipación política *por* independencia nacional

¹¹ 1911 *esos por* los

¹² 1911 delegados irán plenamente *por* señores diplomáticos estarán

¹³ 1911 *acabo por* acabé

¹⁴ 1911 *comenta por* comentó

¹⁵ 1911 *incluye* cogiéndome amigablemente de un brazo, me lleva por la calle de San Francisco, y comenta

¹⁶ 1911 *incluye* Si alguna vez ha sido indiscutible el tino del gobierno, es la presente. Para vituperarlo se necesita, pensar como un cretino.

¹⁷ 1911 *nación por* país

¹⁸ 1911 *incluye* cabalmente

¹⁹ 1911 *ella por* él

²⁰ 1911 *forme por* tenga

²¹ 1911 *el por* nuestro

²² 1911 *ha conseguido por* consigue

favorable del adelanto²³ que hemos logrado en una centuria²⁴ de vida propia,²⁵ cumple²⁶ con su deber.²⁷ Sólo un cretino puede vituperarlo por esto.

—Sólo queda²⁸ en pie²⁹ el sueldo del jornalero, el precio de los cereales y los millones de pesos que está gastando el gobierno.

³⁰Sorprendido, mi amigo me miró³¹ a través de sus espejuelos oscuros. Yo no sabré nunca lo que pretendió contestarme³², porque en ese mismo momento atrajo³³ nuestra atención una algazara extraña³⁴, rumbo de la plaza de la Constitución.

—¡Vaya con estos zoquetes ahora! —exclamó—. No me imaginaba que la mentalidad de nuestros estudiantes hubiera descendido tanto³⁵.

Gran columna de jóvenes bullangueros se vaciaba en la avenida de Plateros³⁶ en medio de salvas, vivas y aplausos estruendosos. Una protesta contra los Estados Unidos por el³⁷ asesinato de un mexicano³⁸ en tierra yanqui.

—³⁹Revelan una ignorancia crasa y su irrisoria soberbia⁴⁰. ¿Creen con esto⁴¹ darle una lección al gobierno?⁴² No son sacristanes los encargados de nuestras cancillerías^{43 44}.

²³ 1911 innegable progreso *por* adelanto

²⁴ 1911 alcanzado en cien años *por* logrado en una centuria

²⁵ 1911 *incluye* el gobierno

²⁶ 1911 ha cumplido *por* cumple

²⁷ 1911 *incluye* Lo demás es imbécil.

²⁸ 1911 Únicamente que se mantiene *por* Sólo queda

²⁹ 1911 *incluye* eso del precio del maíz y

³⁰ 1911 *incluye* Evidentemente

³¹ 1911 mira *por* miró

³² 1911 iba a decir *por* pretendió contestarme

³³ 1911 fue distraída en aquel preciso momento *por* en ese momento atrajo

³⁴ 1911 y un bullicio general a nuestras espaldas, allá *por* *por* extraña

³⁵ 1911 *incluye* exclamó el cronista literario de *El Globo*, y mi jefe en dicha redacción, cuando caímos en la cuenta de que aquella gruesa columna de muchachos era el gremio estudiantil en masa

³⁶ 1911 San Francisco *por* Plateros

³⁷ 1911 *incluye* sonado

³⁸ 1911 *incluye* perpetrado

³⁹ 1911 *incluye* Es lamentable andar a estas horas con boberías tales. No me imaginaba que la mentalidad de estos jóvenes anduvieran a tan bajo nivel. Se igualan con esos patriotereros ridículos de la última hora.

⁴⁰ 1911 una soberbia irrisoria *por* su irrisoria soberbia

⁴¹ 1911 Piensan, acaso, que van a *por* Creen con esto

—⁴⁵Pasma en efecto —le respondí⁴⁶ ingenuamente— que estos chicos tan dóciles y⁴⁷ mansos de espíritu (⁴⁸el ministro de Hacienda^b con un mendrugo les ha inculcado⁴⁹ el juicio de niños de teta) sean⁵⁰ los mismos que se aventuran en actitud tan⁵¹ peligrosa⁵².

⁵³Momento⁵⁴ en que⁵⁵ Luz⁵⁶ pasó⁵⁷ rozándome⁵⁸ como al descuido con la tibia seda de su brazo desnudo. Pero yo estaba resuelto⁵⁹:

—Me regocijo —agregué⁶⁰ con entusiasmo— de que la⁶¹ intelectualidad de mañana⁶² lave el borrón afrentoso de este⁶³ gobierno apático, caduco y servil; de que ⁶⁴de⁶⁵ esperanzas de ser menos miserable, menos venal y menos canalla que la de hoy.⁶⁶

En⁶⁷ la esquina de La Esmeralda⁶⁸ mi jefe me⁶⁹ despidió ⁷⁰con un apretoncito de manos⁷¹ más cordial que de ordinario. Pero yo me sonreí.

⁴² 1911 *incluye* ¿Ignoran que las cancillerías están trabajando activamente en este asunto, y que

⁴³ 1911 *incluye* que están al frente de ellas?

⁴⁴ 1911 *incluye* —Yo no estoy menos asombrado que usted— le respondo

⁴⁵ 1911 *incluye* Me

⁴⁶ 1911 respondo *por* respondí

⁴⁷ 1911 *incluye* tan

⁴⁸ 1911 *incluye* a quienes

⁴⁹ 1911 *incluye* la sabiduría y

⁵⁰ 1911 *incluye* ahora

⁵¹ 1911 *incluye* viril y tan

⁵² 1911 arriesgada *por* peligrosa

⁵³ 1911 *incluye* Yo no pude ver la cara que mi amigo puso, porque en aquel

⁵⁴ 1911 punto *por* Momento

⁵⁵ 1911 *incluye* tropecé con

⁵⁶ 1911 *incluye* que

⁵⁷ 1911 *incluye* a mi lado

⁵⁸ 1911 *incluye* intencionada

⁵⁹ 1911 *incluye* parecía que yo debía de acabar de una vez con mi amigo.

⁶⁰ 1911 añadí *por* agregué

⁶¹ 1911 esta *por* la

⁶² 1911 *incluye* sea la que

⁶³ 1911 un *por* este

⁶⁴ 1911 *incluye* al fin esta intelectualidad

⁶⁵ 1911 *incluye* alguna

⁶⁶ 1911 del presente! *por* de hoy

⁶⁷ 1911 Y apenas era tiempo: llegamos a *por* En

⁶⁸ 1911 *incluye* y

⁶⁹ 1911 se *por* me

⁷⁰ 1911 dándome un apretón *por* con un apretoncito

⁷¹ 1911 *incluye* un poco

Esto ocurrió una noche de noviembre de 1910, a la hora en que México presume de gran capital⁷², emporio de alta cultura y civilización refinada⁷³, cuando la calle de San Francisco se constela⁷⁴ de luz, de brillantes⁷⁵ y de mujeres, en una explosión de la gran vida moderna.

Ya los estudiantes iban cerca de la Profesa y el orden se había restablecido en⁷⁶ abejo rumoroso y brillante, cuando turbose⁷⁷ de nuevo al paso de un pelotón de la⁷⁸ policía montada. Una especie de cosaco de dormán azul oscuro con galones de oro, conducía⁷⁹ una turba de polizontes⁸⁰, rompiendo entre autos⁸¹ y carruajes. Luego⁸² todo fue confusión; el gentío se precipitó, ávido de curiosidad,⁸³ hacia la Profesa; formándose valladares en las bocacalles y a lo largo de⁸⁴ las banquetas. Detuvieronse los vehículos⁸⁵ de lenta y solemne marcha, los automóviles dejaron de resoplar⁸⁶; se formó triple fila, luego otra y otra más, al último todo fue confusión y⁸⁷ desorden y el tráfico se interrumpió⁸⁸. Menestrales revueltos con elegantes perfumados, humildes costureras⁸⁹ como ofuscantes muñecas barnizadas. Pero en aquel disimbolismo de gentes predominaba la misma

⁷² 1911 *incluye* moderna

⁷³ 1911 y producto de refinada civilización *por* civilización refinada

⁷⁴ 1911 está constelada *por* se constela

⁷⁵ 1911 *no incluye* de brillantes

⁷⁶ 1911 *incluye* un

⁷⁷ 1911 vino a turbarse *por* cuando turbose

⁷⁸ 1911 una bandada de cafres fungiendo de *por* un pelotón de la

⁷⁹ 1911 seguido de *por* conducía

⁸⁰ 1911 *incluye* patibulariescos

⁸¹ 1911 landós *por* autos

⁸² 1911 Entonces *por* Luego

⁸³ 1911 curioso *por* ávido de curiosidad

⁸⁴ 1911 *incluye* los aparadores,

⁸⁵ 1911 Los carruajes comenzaron a detener *por* Detuvieronse los vehículos

⁸⁶ 1911 *incluye* paulatinamente

⁸⁷ 1911 se entreveraron, en completo *por* todo fue confusión y

⁸⁸ 1911 quedó cortado *por* se interrumpió

⁸⁹ 1911 modistillas *por* costureras

expresión en ojos⁹⁰ y en el gesto; la angustia de la indecisión, el⁹¹ presentimiento de lo que iba a ocurrir⁹². Aquello duró sólo instantes. Allá lejos, donde la turba se aglomeraba sin poder avanzar ni retroceder, se levantó un clamor sordo e irritado,⁹³ se oyeron⁹⁴ gritos de mofa⁹⁵ y una silba creciente, creciente como el huracán. Y vino la tragedia⁹⁶. A la luz de los grandes focos de arco, de las millaradas de incandescentes en frontispicios y⁹⁷ aparadores,⁹⁸ de los reflejos verdes, rojos y aurinos de los *barrooms*, de los salones de cinematógrafo⁹⁹ y de los restaurantes, irguiéndose las siluetas¹⁰⁰ azul Prusia, gruesos lomos se encorvaron¹⁰¹, tendieronse brazos musculosos y el brillo siniestro de los sables desnudos hendió aquella magnífica confusión de luz. Las cervices de los asesinos se inclinaron una vez, dos veces, muchas veces. Y las láminas de acero también.

Una oleada de cabezas se estremeció de extremo a extremo de la gran avenida: el clamor sordo de la gente sorprendida primero, espantada después.

En un instante se logró la dispersión de los estudiantes con¹⁰² una poca de sangre asperjada en¹⁰³ el asfalto. Los cafres regresaron con la sonrisa del triunfo en sus labios.

A mi vuelta encontré¹⁰⁴ a un preparatoriano, una criatura de doce años apenas. Llevaba un hilillo de púrpura en la frente y sus ojos azules desleídos por el terror. Sus carrillos que debían tener la frescura de las rosas, palidecían como¹⁰⁵ marfil viejo.

⁹⁰ 1911 clases y semblantes había algo en común: la expresión de los ojos *por* gentes predominaba la misma expresión en los ojos

⁹¹ 1911 cierto *por* el

⁹² 1911 *incluye* ; cierta duda vagosa, confinante en la angustia de las indecisiones

⁹³ 1911 *incluye* luego algunos

⁹⁴ 1911 *no incluye* se oyeron

⁹⁵ 1911 mofa *por* chunga

⁹⁶ 1911 algo trágico ocurrió *por* vino la tragedia

⁹⁷ 1911 *incluye* lámparas de

⁹⁸ 1911 *incluye* y frontispicios

⁹⁹ 1911 cinematográficos *por* cinematógrafo

¹⁰⁰ 1911 *incluye* oscuras y pesadas

¹⁰¹ 1911 enroscaron *por* se encorvaron

¹⁰² 1911 dejando *por* con

¹⁰³ 1911 regada *por* *por* asperjada en

¹⁰⁶Me puse¹⁰⁷ a la mesa y escribí¹⁰⁸: “Gran escándalo provocado por la Policía. Niños perseguidos y atacados como facinerosos¹⁰⁹”. Un impulso¹¹⁰ automático adquirido en mis largos años de reportero¹¹¹ en *El Globo* me obligó a corregir¹¹² prontamente el estúpido encabezado¹¹³: “Graves desórdenes provocados¹¹⁴ por los estudiantes. La Policía obligada¹¹⁵ a tomar medidas de rigor para reprimirlos¹¹⁶”.

¹¹⁷Entonces, sin premeditación¹¹⁸, me tiré¹¹⁹ en mi lecho, hice¹²⁰ un carrujo con la hoja de papel¹²¹ que acababa de escribir¹²² e hice¹²³ bolitas que¹²⁴ una tras otra¹²⁵ saltaron por mi ventana a la calle¹²⁶.

Me despertó el¹²⁷ cartero.

Una carta de Toño Reyes,¹²⁸ condiscípulo del colegio.¹²⁹ Estoy de enhorabuena¹³⁰.

Nunca recibí invitación más oportuna. Por tanto, una tarjeta¹³¹ al¹³² director de *El Globo* y

¹⁰⁴ 1911 Entre la turba en retorno descubrí *por* A mi vuelta encontré

¹⁰⁵ 1911 *incluye* del color de un

¹⁰⁶ 1911 *incluye* Cuando regreso a mi cuarto de la calle San Agustín, intento todavía un esfuerzo más;

¹⁰⁷ 1911 pongo *por* me puse

¹⁰⁸ 1911 cojo la pluma *por* escribí

¹⁰⁹ 1911 *incluye* de encrucijada

¹¹⁰ 1911 movimiento *por* impulso

¹¹¹ 1911 los quince meses que llevo *por* mis largos años de reportero

¹¹² 1911 hace corregir *por* obligó a corregir

¹¹³ 1911 *incluye* y sustituirlo de esta forma

¹¹⁴ 1911 *incluye* anoche

¹¹⁵ 1911 forzada *por* obligada

¹¹⁶ 1911 reprimir a los escandalosos *por* reprimirlos

¹¹⁷ 1911 *incluye* Pero

¹¹⁸ 1911 *incluye* tampoco

¹¹⁹ 1911 tiro *por* tiré

¹²⁰ 1911 hago *por* hice

¹²¹ 1911 *incluye* escrita

¹²² 1911 *no incluye* que acababa de escribir

¹²³ 1911 formo *por* hice

¹²⁴ 1911 *incluye* lanzo

¹²⁵ 1911 *incluye* hacia el techo

¹²⁶ 1911 los techos *por* la calle

¹²⁷ 1911 despierta la entrada del *por* despertó el

a la calle. Sólo me queda esta¹³³ noche y toda será para¹³⁴ ella. Nada le diré de mi partida. Tendríamos una escena absurda y¹³⁵ de una imbecilidad perfecta, puesto que entre nosotros no median más cláusulas de contrato que mis quincenas íntegras a cambio de sus brazos blancos. Y la verdad es¹³⁶ que si no me la hubiese encontrado ahora¹³⁷, no cedería a esta última debilidad. Pero cuando mañana¹³⁸ ¹³⁹ espere la *reprise*, una tarjetita mía le anunciará que estoy a 300 kilómetros de este México que me ha mareado, que me ha herido¹⁴⁰, que me tiene mortalmente fastidiado.

En Villalobos, estación de bandera, el tren¹⁴¹ se detiene los momentos precisos para que el pasajero ponga los pies en el suelo¹⁴².

¹⁴³No me doy cuenta todavía de la desolación de donde he caído cuando ya la cadena de negros vagones se desliza a lo lejos en suaves curvas a través de la sabana muerta. Y cuando asciendo la loma de Esperanza, la humareda se diluye¹⁴⁴ como un fugitivo celaje en la diafanidad de la tarde tibia.

¹²⁸ 1911 *incluye* mi

¹²⁹ 1911 ¡Oh, esta invitación no podía haber llegado con más oportunidad! por Nunca recibí invitación más oportuna

¹³⁰ 1911 La suerte me favorece *por* Estoy de enhorabuena

¹³¹ 1911 *incluye* y escribo tres líneas para

¹³² 1911 el *por* al

¹³³ 1911 *incluye* postrera

¹³⁴ 1911 se la dedicaré a *por* será para

¹³⁵ 1911 *incluye* gran efusión de lágrimas

¹³⁶ 1911 Y creo que *por* Y la verdad es

¹³⁷ 1911 *incluye* tan sugestiva

¹³⁸ 1911 mañana cuando *por* cuando mañana

¹³⁹ 1911 *incluye* Luz

¹⁴⁰ 1911 lastimado *por* herido

¹⁴¹ 1911 ferrocarril *por* tren

¹⁴² 1911 la tierra *por* el suelo

¹⁴³ 1911 *incluye* Yo

¹⁴⁴ 1911 desvanece ya *por* diluye

La hacienda de Esperanza dista¹⁴⁵ de la estación Villalobos más o menos dos kilómetros; todo es trepar la cuesta y descubrir de un¹⁴⁶ golpe de vista la casa amarilla de¹⁴⁷ persianas verdes, de almagrado friso, ornada a trechos por el encaje¹⁴⁸ metálico de la alameda yerta¹⁴⁹. De la inmensa planicie circundada por lejana crestería se alza un ambiente de paz. Ráfagas de aire refrescan mi rostro encendido y me dan a respirar la vaga melancolía del paisaje de oro, con sus grandes baches de cuarzo dispersos siguiendo¹⁵⁰ el culebrero de la arboleda ribereña, bajo un cielo peinado de gris y de ocre crepuscular.

Ahora se destaca¹⁵¹ la cúpula enmohecida de la capilla¹⁵² y un grupo de peones resalta con el blanquear de sus camisas de manta y los vivos colores de sus jorongos.

De entre ellos se desprende un mocetón barbudo y cejijunto. Paso a paso me sale al encuentro. Lo saludo con sencillez.

Cruzadas las manos tras la cintura, sueltas las alas de su holgada blusa de holanda, levanta¹⁵³ la cabeza y me pregunta:

—¿Qué busca¹⁵⁴ por aquí, amigo?

Su tono y continente me molestan; pero seguramente no he venido al rancho a seguir escuchando la voz meliflua de mi jefe de *El Globo* ni a recibir las caras caricias de mi amiga Luz.

—Deseo hablar con tu amo¹⁵⁵.

¹⁴⁵ 1911 *incluye* poco más de tres kilómetros

¹⁴⁶ 1911 *incluye* solo

¹⁴⁷ 1911 con sus *por* de

¹⁴⁸ 1911 *dentelerie por* encaje

¹⁴⁹ 1911 seca *por* yerta

¹⁵⁰ 1911 entre *por* dispersos siguiendo

¹⁵¹ 1911 Después veo *por* Ahora se destaca

¹⁵² 1911 *incluye*, las bardas enjalbegadas del corral

¹⁵³ 1911 alza *por* levanta

¹⁵⁴ 1911 *incluye* usted

¹⁵⁵ 1911 *incluye* —pronuncio sin alterarme

El palurdo¹⁵⁶ me mira con altivez de arriba [a] abajo¹⁵⁷, se levanta la cintura de su ajustado pantalón de gamuza y haciendo rechinar sus zapatos de vaqueta, me contesta casi insolente:

—Al patrón no se habla... Lo que tenga con él puede arreglarlo conmigo.

¹⁵⁸Me cohíbo, no¹⁵⁹ por grosería de este zoquete, sino porque me obliga a tomar una actitud que¹⁶⁰ no deseo¹⁶¹. ¹⁶²Pienso en que toda esta piara de desventurados tiene tal vez como el mal menor, soportar el látigo de este mentecato capataz.

¹⁶³Vuelvo mis ojos¹⁶⁴ compasivos¹⁶⁵ hacia ellos¹⁶⁶ y me quedo sorprendido. Unos me miran embobados, otros muestran sus dientes tras los belfos colgantes y todos muestran estar muy divertidos con mi persona. Y acaban por irritarme.

—¹⁶⁷Oiga, don Petate¹⁶⁸, vaya a decirle a Toño Reyes que yo, Andrés Pérez, estoy aquí...¹⁶⁹ Porque yo soy Andrés Pérez, so bruto... sépalo usted, archiestúpido...

El mocetón¹⁷⁰ vacila¹⁷¹ como si mi nombre le hubiese hecho efecto. Algo, de todos modos, lo convence de que debo ser alguien. Y paulatinamente se quita¹⁷² el sombrero, me mira con timidez de perro¹⁷³ castigado y acaba por darme una¹⁷⁴ excusa entre dientes¹⁷⁵.

¹⁵⁶ 1911 mayordomo *por* palurdo

¹⁵⁷ 1911 los pies a la cabeza *por* arriba abajo

¹⁵⁸ 1911 *incluye* Siento que

¹⁵⁹ 1911 ciertamente por la altanería de este imbécil *por* por grosería de este zoquete

¹⁶⁰ 1911 *incluye* yo no traía

¹⁶¹ 1911 *no incluye* no deseo

¹⁶² 1911 *incluye* y, antes de replicarle,

¹⁶³ 1911 *incluye* Y bien,

¹⁶⁴ 1911 ojos *por* cara

¹⁶⁵ 1911 *no incluye* compasivos

¹⁶⁶ 1911 la peonada *por* ellos

¹⁶⁷ 1911 Mire usted, don Zoquete *por* Oiga, don Petate

¹⁶⁸ 1911 *incluye* —trueno, volviéndome al jayán—

¹⁶⁹ 1911 *incluye* en su casa

¹⁷⁰ 1911 mozalbeta *por* mocetón

¹⁷¹ 1911 un instante, preguntándose seguramente quién puede ser ese Andrés Pérez tan retumbante; pero, más que mi terrible nombre, mi fiero gesto *por* como si mi nombre le hubiese hecho efecto

¹⁷² 1911 va quitándose *por* se quita

¹⁷³ 1911 can *por* perro

Luego me ruega lo siga¹⁷⁶ y me instala ya con buenas maneras y con todo respeto en una banca de hierro, bajo un cobertizo de tejas rojas¹⁷⁷.

Toño¹⁷⁸ salió¹⁷⁹ con los brazos abiertos:

—¡Andrés Pérez, Andrés Pérez, tú por acá! ¡Qué sorpresa tan agradable!

Me miró fijamente.

—Eres el mismo de hace cinco años, para ti no han pasado inviernos.

—Yo no sé qué decirte, Toño Reyes; esa barba¹⁸⁰ tan crecida y majestuosa te da cierto aire extraño, algo así como de obispo armenio o capitán de forajidos... Con todo, te encuentro un poco pálido...

Debí hacerle daño con mi¹⁸¹ observación; la limpidez azulada de sus ojos claros se ensombreció¹⁸². Con voz trémula me dijo:

—No un poco¹⁸³, Andrés amigo, mucho... demasiado...

Pero¹⁸⁴ en cuanto entramos¹⁸⁵ recobró su regocijo¹⁸⁶. Ansioso de charlar conmigo, no me dejó siquiera sacudir el polvo de mi ropa. Me llevó al mirador con vista al ocaso y en seguida comenzamos a resucitar nuestros cinco años de preparatoria en el colegio del Estado¹⁸⁷. Pasaron por nuestra memoria todos nuestros compañeros y un sinnúmero de aventuras. Y mirando caer la tarde en la paz abrumadora de aquellas soledades nos dejamos

¹⁷⁴ 1911 rendirme una humildísima *por* darme una

¹⁷⁵ 1911 *no incluye* entre dientes

¹⁷⁶ 1911 *incluye* a la casa

¹⁷⁷ 1911 *incluye* de un corredor

¹⁷⁸ 1911 *incluye* en persona

¹⁷⁹ 1911 *incluye* en breve, alborozado y

¹⁸⁰ 1911 *incluye* negra

¹⁸¹ 1911 *incluye* torpe

¹⁸² 1911 *incluye* un instante

¹⁸³ 1911 *incluye* —me contestó—

¹⁸⁴ 1911 Mas *por* Pero

¹⁸⁵ 1911 penetramos *por* entramos

¹⁸⁶ 1911 volviose a regocijar *por* recobró su regocijo

¹⁸⁷ 1911 condiscípulos en la Escuela Preparatoria del Estado *por* preparatoria en el colegio del Estado

perder en el dédalo de los recuerdos, hasta que el frío húmedo del invierno incipiente lo hizo abotonarse el paletó y carraspear con una tosecilla seca e impertinente.

—Ve a cambiarte y vuelve para presentarte con mi mujer. En el fondo, la primera puerta de la derecha. Allí se te ha arreglado tu habitación.

—Oye —me detuvo— ¿Y las Vizcarritas?

¹⁸⁸Me turbé. No había previsto la pregunta¹⁸⁹.

—Luz está en México, somos¹⁹⁰ amigos... Chabela vive en Guadalajara.

¹⁹¹No reparó en mi emoción¹⁹². Pensativo, con una sonrisa a flor de sus labios, me dijo:

—¡Cómo quería a Luz!, ¿te acuerdas? Creo que estaba enamorado realmente de ella. Estaba ya¹⁹³ dispuesto a reanudar la charla, pero la tosecilla seca¹⁹⁴ lo asaltó de nuevo.

Tornose bruscamente mustio y sombrío y agregó:

—Anda, te esperamos en la sala. En otra ocasión platicaremos de ella.

Y lo dejé con su mirada turbia y desconsolada.¹⁹⁵

¹⁹⁶Se llama María. Un poquillo afectada en el vestir. Se lo perdono por dos razones; en primer lugar porque tengo la debilidad de creer que mi presencia pudo influir¹⁹⁷ en su tocado; en segundo porque tiene unos ojos atrozmente perturbadores.

¹⁸⁸ 1911 *incluye* No pude contestarle luego;

¹⁸⁹ 1911 *incluye* por más que habría sido obligada. En fin, me resolví

¹⁹⁰ 1911 *incluye* buenos

¹⁹¹ 1911 *incluye* Pero él no

¹⁹² 1911 turbación *por* emoción

¹⁹³ 1911 Le veía *por* Estaba ya

¹⁹⁴ 1911 extraña *por* seca

¹⁹⁵ 1911 *incluye* Y sorprendí de nuevo un acento triste y desconsolador en su voz, en su mirada y en su gesto.

¹⁹⁶ 1911 *incluye* A las ocho me presento en la sala.

—Desde principios de septiembre lo esperábamos¹⁹⁸ —me dijo con gravedad enfática.

—Sólo Toño que me conoce, señora, puede imaginarse el esfuerzo que habré realizado para resolverme a salir de México¹⁹⁹. Por lo demás estoy profundamente agradecido; hace dos años me están invitando²⁰⁰.

—Toño lo quiere mucho, siempre está haciendo recuerdos de usted.

—¿Verdad que nos quisimos como hermanos, Andrés?

—²⁰¹Nuestra amistad fue proverbial en el²⁰² colegio.

—Pues que eso le valga para que no le canse pronto esta vida²⁰³ del campo. En otoño siquiera²⁰⁴ hay muchas flores; pero ahora no va a ver más que hierbajes secos, charquitos donde apenas se moja uno los pies y este frillecito²⁰⁵ de invierno que se cuele hasta los huesos... y estas noches largas, largas, interminables.

—Andrés adora el campo, María.

—²⁰⁶Un pedazo de tierra virgen me hace olvidar el resto del universo. Para mí el campo es en todo tiempo sencillamente divino.

—Es extraño en una persona como usted, habituada ya a la vida activa de la capital²⁰⁷.

¹⁹⁷ 1911 *incluye* un punto

¹⁹⁸ 1911 *incluye* a usted

¹⁹⁹ 1911 tan grande que debí haber hecho para tomar esta resolución. Créame usted que si no hubieran mediado algunas otras circunstancias, aún no tendría el gusto de encontrarme al lado de ustedes *por* que habré realizado para salir de México

²⁰⁰ 1911 Toño me está invitando a “Esperanza” hace un par de años cuando menos *por* hace dos años me están invitando

²⁰¹ 1911 *incluye* Mejor que hermanos:

²⁰² 1911 aquellos buenos tiempos de colegio por el

²⁰³ 1911 *incluye* monótona

²⁰⁴ 1911 *incluye* la vista se recrea:

²⁰⁵ 1911 frillito *por* frillecito

²⁰⁶ 1911 *incluye* Es la verdad; para mí el campo en todo tiempo es

²⁰⁷ 1911 México *por* la capital

—²⁰⁸

—²⁰⁹

—Detesto la capital²¹⁰.

—¡Jesús!...

Mi contestación parece asombrarla, pero sospecho que su magnífico gesto de pasmo sólo es la ocasión aprovechada para mostrarme la hermosura fascinante de sus ojos negros, de una negrura casi trágica.

Toño vuelve a toser y reparo de nuevo en su palidez acerada y me pregunto si este bellísimo demonio de mujer no tendrá parte muy principal en el desastre de mi²¹¹ amigo.

—En efecto —me respondió, luego de escuchar la relación de los acontecimientos que me hicieron salir de México—, el gobierno se ha burlado no sólo de esos maderistas ingenuos y confiados, se ha burlado de la nación entera, sanguinaria y pérfidamente. Pero yo auguro que esa burla va a costarle cara.²¹²

—Es posible, Toño. Se siente un malestar extraño, algo subterráneo y oscuro²¹³; los mismos²¹⁴ presupuestívoros están ya divididos. Los desaciertos incesantes de esta malhadada²¹⁵ administración tienen muy disgustado al país. Vivimos y respiramos en una atmósfera de plomo. Se tiene la presunción de que algo grave va a ocurrir.

—Pero ¿por qué no se traduce esa inquietud en la prensa, Andrés?²¹⁶

²⁰⁸ 1911 *incluye* En un rincón así, jamás me tentaría el deseo de regresar.

²⁰⁹ 1911 *incluye* —¿No le atrae la capital?

²¹⁰ 1911 —Detesto la capital *por* —La detesto sinceramente

²¹¹ 1911 que arrebató a gran prisa a mi pobre *por* de mi

²¹² 1911 *incluye* En seguida hube de referir los móviles que me obligaron a dejar la capital intempestivamente, y no pude evitar el escollo del asunto político del día.

²¹³ 1911 sacude, en corrientes subterráneas, a todas las clases sociales *por* algo subterráneo y oscuro

²¹⁴ 1911 *incluye* pansistas

²¹⁵ 1911 *puerca por* malhadada

²¹⁶ 1911 *incluye* —me interroga con curiosidad muy despierta, Toño

—¡La prensa! Tú no sabes que la prensa atraviesa una época de terror. Violando leyes y garantías el gobierno no ha dejado subsistir sino esos mismos periódicos asalariados por él. Los demás aparecen y viven un día, porque en seguida sus redactores son puestos en prisión²¹⁷. No ha quedado huella alguna de independencia y esa prensa oficiosa, prensa albañal, es la muestra evidente de lo que pueden la insolencia, la maldad y el cinismo de los escritores de alquiler.

—Por algo el gobierno envió financieros a aprender periodismo a los Estados Unidos²¹⁸.^c

Confieso honradamente que mi elocuencia comenzó a pesarme²¹⁹.

—Pero²²⁰ ¿no trabajas²²¹, pues²²², en *El Globo*? Me pasma oírte hablar así.

Mis veinticinco años, delante de una mujer guapa, se hacían incompatibles con los arduos problemas de la política. Decidido, di un vuelco a la conversación y caímos precisamente sobre las faldas trabadas, última novedad metropolitana. María las encontró sencillamente execrables; pero como estaban de moda y tenía proyectado un viaje a México, ya se había mandado confeccionar dos trajes de ese corte. Sonrió entrecerrando sus ojos soñadores. Seguramente se miraba ya destacando su fina silueta en el ajuste escultural más acabado.

Me interrogó acerca de colores y formas de sombreros. Debí haberle contestado un despropósito²²³, porque hasta el bonachón de Toño rio a mandíbula batiente.

²¹⁷ 1911 cárcel *por* prisión

²¹⁸ 1911 No en balde financieros a la alta escuela han hecho viajes a Europa y a los Estados Unidos para aprender periodismo *por* Por algo el gobierno envió financieros a aprender periodismo a los Estados Unidos

²¹⁹ 1911 Debo confesar con toda ingenuidad que por el momento me sentí verdaderamente grande *por* Confieso hondamente que mi elocuencia comenzó a pesarme

²²⁰ 1911 *incluye* qué

²²¹ 1911 *incluye* tú

²²² 1911 cabalmente *por* pues

²²³ 1911 *incluye* garrafal

²²⁴Pasamos al comedor.²²⁵ Mi amigo²²⁶ destapó unas sidras. Y²²⁷ él, que nunca se distinguió por abstemio, ahora fue un auténtico espartano²²⁸ mirando levantar nuestras dilatadas copas, con sus ojos extrañamente brillantes.

A las once me despedí.²²⁹ María se acordó de mi opinión acerca de los sombreros de moda y volvió a reír con desenfado. Pero en esta vez ni enrojecí siquiera:²³⁰ el champaña había roto las barreras²³¹.

²³²Cuatro frías paredes²³³ y una gran ventana²³⁴ sobre el campo. Masas confusas²³⁵ que se esfuman en la oscuridad²³⁶, chirriar incesante de grillos, el desmayado aullar de un perro en la lejanía y una que otra estrella indecisa²³⁷ en el cielo borroso. La austeridad de mi habitación es sedante.

Dos o tres veces desperté oyendo la tosecilla reseca y pertinaz²³⁸ y mirando un par de ojos negros, tempestuosos²³⁹. Al despertar por la mañana me acuerdo de los brazos blancos de mi amiga Luz.

²²⁴ 1911 *incluye* Luego

²²⁵ 1911 *incluye* No obstante la resistencia de María,

²²⁶ 1911 Toño *por* Mi amigo

²²⁷ 1911 Por lo demás *por* Y

²²⁸ 1911 mantuvose con la firmeza estoica de un espartano *por* ahora fue un auténtico espartano

²²⁹ 1911 *incluye* Todavía

²³⁰ 1911 *incluye* todos éramos buenos amigos

²³¹ 1911 traído la confianza *por* roto las barreras

²³² 1911 *incluye* Mi habitación esta formada por

²³³ 1911 *incluye* de una austeridad que me produce, desde luego, un efecto sedante

²³⁴ 1911 *incluye* al oriente que se abre

²³⁵ 1911 *incluye* afuera

²³⁶ 1911 *incluye* impenetrable ya a cierta distancia

²³⁷ 1911 lacrimosa *por* indecisa

²³⁸ 1911 *incluye* de Toño

²³⁹ 1911 *incluye* de María

²⁴⁰Todos los días salimos a caballo, pero cuando nos engolfamos en tópicos de política o Toño está de mal talante, María se abstiene de acompañarnos.

Mi paseo predilecto es la presa. Me place tirarme de bruces al pie de un mezquite y mirar la inmensa plancha de acero repujado, oír los chorritos de agua que se filtran²⁴¹ por las piedras musgosas de las compuertas y se desparrraman en²⁴² un lecho de guijas relavadas. Busco a veces una orilla sombreada de sauces, me desnudo y me tiro al agua. El chapoteo ahuyenta los patos que primero parpan asustados y luego se estiran en tardo vuelo por²⁴³ los tulares. Me froto la piel con cogollos de jaral y, al salir del agua fría, siento raudales de vida.

Una mañana, estando dormido todavía, entró Toño muy apresurado.

—Andrés, Andrés, despierta. Acaba de llegar el correo. Ocurren graves acontecimientos. Te traigo la buena nueva, agorero de pacotilla, tus previsiones²⁴⁴ políticas se realizan²⁴⁵. Regocíjate de tu perspicacia, sociólogo cimarrón... Lee aquí y dispénsame de haberte despertado tan temprano.

Abrí los ojos sin comprender. Apartó un periódico y me desplegó el letrerote en las narices²⁴⁶: “Los sucesos de Puebla. Cómo murió Aquiles Serdán. Movimientos sediciosos en la frontera.”

²⁴⁰ 1911 Desde que estoy aquí, a diario salimos a caballo Toño y yo, por las mañanas algunas veces María viene con nosotros; pero cuando Toño está de mal talante, o desde el almuerzo comenzamos a engolarnos en alguna plática fastidiosa, o en las arduas cuestiones políticas de actualidad, ella, con muestras de aburrimiento, nos hace marchar solos. Entonces, casi siempre, vamos a la presa. Es mi paseo predilecto *por* Todos los días salimos a caballo, pero cuando nos engolfamos en tópicos de política o Toño está de mal talante, María se abstiene de acompañarnos. Mi paseo predilecto es la presa

²⁴¹ 1911 *filan por* filtran

²⁴² 1911 sobre *por* en

²⁴³ 1911 *incluye* encima de

²⁴⁴ 1911 predicciones *por* previsiones

²⁴⁵ 1911 se están volviendo hechos consumados *por* se realizan

²⁴⁶ 1911 *incluye* me froté los parpados, me incorporé un poquillo y recorrí el enorme encabezado

Me froté los párpados, me incorporé en la cama y comencé a leer. Como la correspondencia de Toño le llega con una semana de retraso, nada sabíamos de los graves acontecimientos que estaban conmoviendo a todo el país. El complot maderista descubierto, la familia Serdán atacada en su misma casa en Puebla, por su resistencia a la policía²⁴⁷. Numerosas aprehensiones en la capital y en los estados y los primeros movimientos revolucionarios en Chihuahua.

A cada instante Toño me interrumpía con vivas exclamaciones y furibundos comentarios.

—¿No te parece que el gobierno ha sobrepasado ya los límites de la infamia?²⁴⁸

Mis ojos azorados giraron en torno²⁴⁹.

—Nada temas —me confortó mi amigo— estás en tu casa. Aquí se puede decir la verdad, gritar la verdad, cantar la verdad²⁵⁰. No estás ya entre polizontes asesinos, bandidos de pluma y²⁵¹ casaca. ¡Andrés amigo, la mecha está prendida!

²⁵²Su entusiasmo me hacía sentirme ridículo. En ocho días de vida campestre mi cuerpo ha recobrado la salud y mi espíritu la serenidad. Y con esto, naturalmente, mis arrestos de político ocasional se han evaporado²⁵³. Si abro la boca ahora, mis tiradas de revolucionario asomarán al instante su pobre ley²⁵⁴. Toño me ha traído a la memoria al

²⁴⁷ 1911 asaltada por los soldados en Puebla, después de resistencia armada a la policía *por* atacada en su misma casa en Puebla, por su resistencia a la policía

²⁴⁸ 1911 Andrés amigo, que esta conducta inicua y sucia del gobierno rebosa de los límites de la infamia misma? Pero lee, lee, sigue leyendo Andrés *por* que el gobierno ha sobrepasado ya los límites de la infamia

²⁴⁹ 1911 En vez de hacerlo, por sí o por no, volví los ojos precavidamente hacia las paredes y ángulos de mi cuarto, y seguramente que algún terrorcillo se me traslucía, porque el bueno de Toño, con la seriedad mayor del mundo, me confortó en estos términos *por* Mis ojos azorados giraron en torno —Nada temas —me confortó mi amigo—

²⁵⁰ 1911 se puede llorar la verdad *por* cantar la verdad

²⁵¹ 1911 *incluye* entre ladrones de

²⁵² 1911 *incluye* Yo no sé por qué

²⁵³ 1911 esfumado en la nada *por* evaporado

²⁵⁴ 1911 ¿Será tal vez, porque ahora vengo a cuentas de que mis tiradas de periodista independiente, mis ímpetus cuasi revolucionarios de la otra noche, asoman la pobreza de su ley ante los sinceros y leales

colegial que en la noche del grito tomaba por asalto las rejas de una ventana para pronunciar discursos incendiarios y descendía en brazos de la plebe a recorrer las calles en hombros. Un Toño Reyes muy distinto del de ahora.

—Don Porfirio²⁵⁵ debe crear una condecoración especial para premiar a sus bravos²⁵⁶. Todo un batallón contra cuatro o cinco diablos y media docena de²⁵⁷ mujeres. Andrés Pérez ¿de qué lado están los héroes en esta jornada²⁵⁸? ¿De qué lado han quedado la cobardía y la infamia²⁵⁹?

Daba vueltas a lo largo de la pieza. De pronto se detenía, me arrebatava el periódico de la mano, para que mejor lo escuchara.

—¿Se han vuelto idiotas, pues, estos periodistas que no saben poner un comentario siquiera al pie de la información de esta cobarde²⁶⁰ hazaña? ¿Qué tienen tus colegas²⁶¹, amigo Andrés?

—Un malecillo que en términos decentes llamamos miedo, Antonio amigo. Pero como es un mal secreto²⁶² se le esconde, se le esconde bajo la máscara de la imbecilidad²⁶³.

—Pero si son tan cobardes así, ¿para qué escriben entonces, Dios del cielo?

—¡Qué cosas dices, Antonio²⁶⁴! Escriben para ganar dinero.

—Creo que calumnias a muchos de tus compañeros. Hay escritores muy honorables que no escriben para eso.

entusiasmos de Toño? *por* Si abro la boca ahora, mis tiradas de revolucionario asomarán al instante su pobre ley

²⁵⁵ 1911 El gobierno *por* Don Porfirio

²⁵⁶ 1911 estos valientes soldados *por* sus bravos

²⁵⁷ 1911 *incluye* pobres

²⁵⁸ 1911 *lucha por* jornada

²⁵⁹ 1911 *incluye* Andrés Pérez

²⁶⁰ 1911 monstruosa *por* cobarde

²⁶¹ 1911 compañeros *por* colegas

²⁶² 1911 malecillo vergonzante *por* mal secreto

²⁶³ 1911 *incluye* las más de las veces

²⁶⁴ 1911 preguntas Toño amigo *por* —¡Qué cosas dices, Antonio!

—Sí, pero no periodistas²⁶⁵... Son del mismo género de ese pobre diablo de Serdán... cándidos que acaban en una prisión si bien les va²⁶⁶.

—¿Y tú nunca te has sentido capaz de ser alguno de esos candorosos²⁶⁷?

—Gracias, Toño... no fumo...

Me miró sañudo, con ojos muy sorprendidos.

Mi prestigio revolucionario acababa, pues, de rodar por los suelos²⁶⁸.

Entre la correspondencia que me entregó venían algunos números de *El Imparcial*²⁶⁹.

—¿Tú lees *El Imparcial*?

—Leo cuanto me cae en las manos. Es una costumbre deplorable si tú quieres, pero me acomoda a maravilla.

—Entonces tus charlas de política no han sido sino una burda farsa, entonces todo lo que has pretendido es sondear nuestras opiniones.

Me fulminó con sus ojos²⁷⁰. Yo no le respondí y seguí leyendo como si tal cosa. Habló, habló; encolerizándose más y más al calor de sus frases. Creo que insinuó que yo era un espía y no recuerdo qué otras injurias. Impertérrito, continuaba mi lectura. Hasta que encontré una coyuntura para recobrar terreno:

²⁶⁵ 1911 estos regularmente no son periodistas de profesión *por* —Sí, pero no periodistas...

²⁶⁶ 1911 género especial de cándidos, que escriben para podrirse en una prisión *por* —¿Y tú nunca te has sentido capaz de ser alguno de esos candorosos?

²⁶⁷ 1911 cándidos *por* candorosos

²⁶⁸ 1911 Naturalmente que el periodista de grandes alientos que yo había sido hasta aquel instante, quedaba perfectamente pulverizado *por* Mi prestigio revolucionario acababa, pues, de rodar por los suelos

²⁶⁹ 1911 Cuando acabé la lectura de los periódicos que Toño me llevó, le supliqué hiciera venir mi correspondencia, si alguna me había llegado. En efecto, venían algunos números de *El Imparcial*, Luz se acordaba de mí. Cuando Toño me vio desplegar un ejemplar, me preguntó con voz ronca y destemplada *por* Entre la correspondencia que me entregó venían algunos números de *El Imparcial*

²⁷⁰ 1911 con una mirada preñada de desconfianza y de despecho *por* Me fulminó con sus ojos

—Mira, Toño, acércate y lee. Aquí está el *clou* de la hazaña de Puebla. Regocíjate conmigo. Robespierre rusticano. Esta sola frase vale un potosí.

²⁷¹Tomó el papel y leyó en voz alta:

—“Las Armas Nacionales se han cubierto de gloria.” ¡Canallas!

—²⁷²Remate muy bello.

—Esto no es cosa de risa, Andrés. Estas palabras²⁷³ son el cinismo y la bellaquería llevadas hasta...

—Hasta lo sublime. Pero ¿quién mejor para cantarlas que *El Imparcial*²⁷⁴?

Atiné. Toño, humanizado, me otorgó su mirada de perdón y cordialidad. En seguida estrujó con furia el diario e hizo un auto de fe con él, lo que le produjo un fuerte acceso de tos y a mí me levantó de la cama hacia la ventana para dar salida a los restos negruzcos y asfixiantes de mi *Imparcial*.

Media hora después nos reunimos en el comedor. Silencioso ahora, deprimido, Toño no agregó una palabra más al asunto palpitante. Luego salimos los tres a pasear²⁷⁵ a caballo.

—Viene ahora muy deprimido²⁷⁶ —le dije a María, observando que se retrasaba.

—Es la primera vez desde que usted está aquí. Regularmente no son días sino semanas enteras las que dura así. Ese mutismo²⁷⁷ suyo me mata.

²⁷¹ 1911 *incluye* Le alargué *El Imparcial* señalándole los renglones que habían despertado mi hilaridad.

²⁷² 1911 *incluye* Ya ves qué

²⁷³ 1911 esta frase *por* estas palabras

²⁷⁴ 1911 —Las armas nacionales se han cubierto de gloria... mentira, bellacos, no, no es el ejército nacional, es la soldadesca alquilada por los ladrones del poder, la que se ha cubierto de gloria

— ¡Justo! ¿Y quién te parece más propio para cantar esa gloria que *El Imparcial*? *por* Pero ¿quién mejor para cantarlas que *El Imparcial*?

²⁷⁵ 1911 *incluye* Nos siguió en nuestra excursión matinal

²⁷⁶ 1911 triste *por* deprimido

—Tal vez por su enfermedad.

—Sí, eso es, eso es —me respondió bajando mucho la voz y haciendo una mueca de niña mimada con derecho a que se la compadezca²⁷⁸.

—¿Y hace mucho que se ha vuelto así?

—Lo conocí de recién vuelto del colegio, fuimos novios seis meses apenas y en seguida nos casamos. Pronto comencé a observar esas ideas raras que tiene y esas extravagancias y esas genialidades tuyas que tanto me mortifican.

De pronto nos dio alcance al trote largo de su caballo²⁷⁹.

—Hace dos horas, Andrés —me dijo con la gravedad más cómica—, Aquiles Serdán era nadie para mí; hace dos horas que no puedo pensar sino en él y con una infinita tristeza. Explícame esto, amigo Andrés.

Me sentí tentado a reír. Una mirada se cruzó con la de ella²⁸⁰.

—Toño, te advierto que tu caso debe ser de la más alta psicología; pero debo decirte que los psicólogos²⁸¹, astrólogos y demás yerbas de la familia me producen un efecto emético absoluto.

María me festejó y casi me dio las gracias; pero él me miró conmisericordiosamente, quizá con desprecio²⁸².

Fuimos a unas tierras en volteo para las próximas siembras de trigo. Habló largamente con Vicente el mayordomo. Dos veces se apeó del caballo, una para arreglar el

²⁷⁷ 1911 angustioso verdaderamente *por* suyo

²⁷⁸ 1911 de que se la quiera mucho *por* a que se la compadezca

²⁷⁹ 1911 El duro trotar de la cabalgadura de Toño nos hizo volver el rostro *por* De pronto nos dio alcance al trote largo de su caballo

²⁸⁰ 1911 ; pero apenas entre María y yo se cruzó una mirada, y me apresuré a contestarle *por* Una mirada mía se cruzó con la de ella

²⁸¹ 1911 sociólogos *por* psicólogos

²⁸² 1911 a Toño no le cayó bien mi gracejo, y mirome con cierto aire de conmisericordiosación humillante *por* María me festejó y casi me dio las gracias; pero él me miró conmisericordiosamente, quizá con desprecio

registro de una sembradora y la otra para enseñar a un peón novato a tirar el surco en línea recta. Ya su tristeza parecía haberse disipado²⁸³.

Al regreso no me dirigió la palabra en ninguna ocasión. Por hacerlo hablar le hice cualquier pregunta y me respondió con una frase breve, seca, cortante. Me cohibí.

Después de algún tiempo María me preguntó que si la enfermedad de su esposo sería contagiosa.²⁸⁴

—¿Por qué? —le dije con cierta alarma y sin comprender.

—Porque ahora usted también ha enmudecido —agregó sonriendo.

No sin torpeza, le aseguré que los rayos cenitales tenían la propiedad de abrumarme. Volvió a reír²⁸⁵:

—No le haga caso; es extraordinariamente nervioso, ya verá cómo se contenta luego.

Pero esa misma tarde le dije a Toño:

—Deseo regresar a México. He descansado suficientemente y me siento con bríos para volver a la brega²⁸⁶.

—¿Te has fastidiado ya? —me respondió con sencillez.

—Voy profundamente agradecido por tus atenciones y las de tu señora. Estos favores sólo se pagan con gratitud. Pero debes comprender Toño, que todos debemos trabajar.

—¡Basta! No quiero que me digas más. Deberías ser menos reservado conmigo. Pero ese ha sido tu carácter desde que naciste y no te puedo exigir imposibles. Todo lo que

²⁸³ 1911 disipada por completo *por* haberse disipado

²⁸⁴ 1911 *incluye* Abrí los ojos, no encontrando la respuesta adecuada; pero ella, sonriendo, me dijo que observaba que ahora yo también había enmudecido

²⁸⁵ 1911 Ella volvió a reír y me dijo *por* Volvió a reír

²⁸⁶ 1911 al trabajo *por* a la brega

hay es que en cuestión de política no podemos entendernos. ¡Perfectamente! No hablaremos más de política.

No me permitió replicarle. El mayordomo entró con unas cartas. Observé que me miraban con rara insistencia²⁸⁷.

Toño abrió un sobre y leyó una hoja tamaño oficio. A medida que leía se demudaba. Creí inoportuna mi presencia e intenté salir; pero él, sin quitar los ojos de los renglones, me detuvo con una señal de su mano. Me miró luego con la misma mirada extraña e inquisitiva de su mayordomo.

—Que pongan el *buggy* en seguida, Vicente. Y a los gendarmes que pueden retirarse. Personalmente iré al arreglo de este asunto.

Vicente salió y Toño, acercándoseme misteriosamente, me preguntó en voz muy baja:

—¿Tienes algo pendiente con la justicia?

—Absolutamente.

—Pues mira... lee eso...

Me fui de espaldas. Orden de aprehensión contra “el llamado Andrés Pérez que se encuentra alojado en esa finca, desde hace dos semanas”.

—Éste es un error. Un homónimo tal vez.

—Te juro que no comprendo nada, Toño.

—De todas maneras yo debo ir a la población a arreglar este asunto con el director político.

²⁸⁷ 1911 —Las traen dos gendarmes del Estado, y parece que esperan la contestación —dijo el mozo, y sus miradas se detuvieron con rara tenacidad sobre mí *por* Observé que me miraba con rara insistencia

—Estoy segurísimo de que aquí hay un error. Pero no quisiera molestarte...²⁸⁸

—Por más que se trate de una equivocación, ésta puede costarte un mal rato. Te meten a la cárcel una o dos semanas para despedirte luego con “usted dispense”, que no habría de saberte a gloria.

Cerraba ya la cortina de su escritorio, cuando levantó una carta que se le había caído y la abrió²⁸⁹:

—¡Pero esto excede a toda ponderación... ja... ja... ja...! —exclamó dándose una gran palmada en la frente—. ¿Conque esas tenemos, Andrés amigo? ¿Conque eres todo un terrible Pérez? “Agente revolucionario de don Francisco I. Madero”, así te han denunciado. Vienes a esta casa nada menos que a levantarme la gente.

Y mientras él reía con loco regocijo, yo me puse más frío y descolorido que un muerto.

—Esto no es cosa de risa, Toño. Puede ser algo muy grave para mí.

—¡No me lo digas! ¡Si habré creído que²⁹⁰ tú, el discretísimo, el selectísimo, el sapientísimo Andrés Pérez, es un verdadero revolucionario!

En otra ocasión la broma me habría parecido sencillamente idiota²⁹¹; pero ahora me ponía los nervios como cuerdas de piano viejo.

Él lo comprendió y cambió de tono²⁹².

—Vamos a ver, ¿qué significa todo esto? Explícame...

—Todo es mentira... una calumnia estúpida...

²⁸⁸ 1911 No quisiera que te molestaras por esto; tengo plena seguridad que es un error *por* —Estoy segurísimo de que aquí hay un error. Pero no quisiera molestarte...

²⁸⁹ 1911 *incluye* Dejé de leer y clavó su mirada penetrantísima sobre mí

²⁹⁰ 1911 Anda, hombre si ahora me irás a convencer de que *por* ¡Si habré creído que

²⁹¹ 1911 Juro que las bromas de Toño me parecieron del peor gusto *por* En otra ocasión la broma me habría parecido sencillamente idiota

²⁹² 1911 Mi actitud puso serio a Toño, y, ya en otro tono, me interrogó *por* Él lo comprendió y cambió de tono

—Por eso he comenzado por reírme... He creído en una broma de mal gusto y no más²⁹³.

—Pero en estos momentos una broma de éstas puede costarle a uno el pellejo. Sobre todo, en este caso, no es una broma sino una venganza vil²⁹⁴.

Le referí mi choque con mi jefe de *El Globo* y las rencillas frecuentes que con él había tenido por diferencias políticas.

—²⁹⁵Tú sabes que ahora se ha desencadenado una persecución terrible contra los maderistas de todo el país y que basta una denuncia para asesinar sin más a cualquiera.

—²⁹⁶Tienes razón, Andrés.

Permanecimos largo tiempo en silencio,²⁹⁷ abstraídos en nuestros propios pensamientos.

—¡Ah! —exclamó de pronto— ahora comienza una nueva etapa, pero funesta para ellos. Los señores bandidos porfiristas no se limitan al pillaje y desenvainan los puñales.²⁹⁸ Sólo que van a tener que habérselas con 12 millones de mexicanos que saben ya quiénes son ellos, porque los están mirando en cueros.

Excitado de nuevo, lanzaba invectiva tras invectiva contra el gobierno, igual que por la mañana. Sólo que mi actitud era diversa. No pude ser más la divinidad india ante quien todo acontecimiento humano es indigno de la menor atención. Hasta pude comprender a Toño Reyes llorando por la muerte de Aquiles Serdán.

²⁹³ 1911 que no se trataría sino de algún bromazo que te quiere dar alguno que te sintió el pelo de punta *por* He creído en una broma de mal gusto y no más

²⁹⁴ 1911 *incluye* y miserable

²⁹⁵ 1911 *incluye* Y tuve necesidad de hacer notar a Toño que en esos momentos se desencadenaba una persecución terrible contra los maderistas de la República entera

²⁹⁶ 1911 —No será remoto que tengas *por* —Tienes

²⁹⁷ 1911 *incluye* yo profundamente preocupado, y él buscando, seguramente la solución a mi caso

²⁹⁸ 1911 *incluye* ¡Pero ya veremos, desgraciados! ¡Canallas!, ahora tendrán que habérselas con catorce millones de mexicanos que saben quiénes son sus enemigos. ¡Bandidos, asesinos: México os conoce en cueros!

—Creo que Toño no regresará hasta mañana. La noche está helada y el frío le hace daño²⁹⁹.

No me atreví a insinuar nada a propósito de su viaje a la población. María se abstuvo igualmente de toda alusión. Pero o algo trasuntaba o él se lo había dicho ya; durante la hora de charla que sostuvimos de sobremesa sobre meras futilidades³⁰⁰, de vez en cuando fijaba sus ojos en mí con la misma fijeza que Toño y Vicente por la mañana. Se me figura que en más de una ocasión me miró y me habló con seriedad y casi respeto. ¡Deplorable! No me agradaría convertirme en personaje de novela. A punto fijo no sé lo que piensa de mí, pero seguramente ni mis años ni mis maneras me dan carácter. Lamentaría de corazón su cambio: una mujer que deja su frivolidad es algo que no sirve ya para nada; bibelot descabezado, cenzontle mudo³⁰¹, juguete roto.

Después de sendas tazas de café, cierto de que Toño no regresaría, me despedí de María y entré en mi cuarto bastante nervioso³⁰². La noche fue de inquietud febril. Mi cabeza era una batahola de gendarmes, rurales, policía secreta; pensamientos extravagantes e ideas inconexas y desparpajadas. Cuando, fatigado, creí por fin que el sueño me rendiría, el rumor más débil me despertaba aumentando mi hiperestesia. Todo crecía desmesuradamente en mis oídos, el crujir de los goznes en la ventana empujada por el viento, el estremecimiento de la madera del ropero, el cierzo que susurraba afuera como tenue y vagoroso lamento.

²⁹⁹ 1911 lo pone malo *por* le hace daño

³⁰⁰ 1911 trivialidades *por* futilidades

³⁰¹ 1911 sin laringe *por* mudo

³⁰² 1911 *incluye* y excitado

Al otro día entró Toño muy contento³⁰³.

—Todo se ha arreglado³⁰⁴. Eres mi prisionero. Los rurales tienen tu filiación y claro es que no podré ser responsable de ti si sales de los linderos de Esperanza. Cosa de la que me regocijo, porque ahora sí te tenemos por algún tiempo en casa.

—Muy agradecido, Toño; pero este nublado no pasará de una o dos semanas. El gobierno tiene fuerzas suficientes para aplastar³⁰⁵ este movimiento estúpido y cesar en sus persecuciones odiosas.

Enrojeció, mirándome con mirada desdeñosa.

—¿Un par de semanas para sofocar esta revolución?

Le retozaba la gana de hablar. Me miró otra vez con suspicacia, me entregó mi correspondencia y salió en seguida sin agregar ya más.

Unos periódicos y una carta perfumada. Renglones chuecos, apretados de disparatitos deliciosos y desbordantes de amor; una almita ingenua y apasionada que se desborda... ¡Bravo, mi querida amiga! Sólo tú que sabes en dónde estoy pudiste comunicarle la noticia a mi jefe de *El Globo*, a mi encarnizado enemigo que me ha denunciado como maderista y revolucionario. ¡Eres un encanto, mi pérfida Luz!

Quince de enero.

—Hoy cumple veinte años.

Su voz es diáfana como el cristal y en su rostro esplende la fresca mañana.

³⁰³ 1911 cerca de las nueve, estaba dentro del agua, cuando Toño penetró a mi cuarto *por* Al otro día entró Toño muy contento

³⁰⁴ 1911 *incluye* a satisfacción

³⁰⁵ 1911 sofocar *por* aplastar

Rudo contraste con este pobre de Toño Reyes.

Como se esperan visitas, se ha engalanado. Sus diminutivos choclos de charol y altos tacones, su talle esbelto, su ropa ajustada, su cabeza trágica como arrancada de alguna ilustración de los cuentos de Jean Lorrain,^d todo en ella trema la coquetería más intencionada.

En previsión del cónclave que formará la gente masculina para tratar la “cosa pública”, formo mi plan de evasión. Indefectiblemente me viene mejor la proximidad de una falda de seda que las híspidas y mal olientes barbas de los machos patriotas.

Es singular lo que me ocurre: desde que la gendarmería me vigila ha cundido como mancha de aceite el rumor de que soy agente revolucionario de don Francisco I. Madero. Del jayán al padre cura no hay quien no me pregunte “cómo anda eso”. No pocos me piden el santo y seña de Pascual Orozco,^e de José de la Luz Blanco^f y del demonio. Toño se desternillaba³⁰⁶ de risa cuando me sorprende perorando³⁰⁷, a efecto de desmoronar esta absurda leyenda. Pero el resultado es inverso del que busco: mi gesto, mis palabras se interpretan como habilidad para despistar, como pura estrategia. Y lo peor es que las dos semanas que *El Imparcial* y yo otorgamos a los latrofaciosos para dejarse despachurrar por don Porfirio se han convertido en meses dobles y la Revolución va en auge. Motivo por el que este agente revolucionario del señor Madero vive en una atmósfera extraña, la veneración de muchos y el terror de no pocos.

Vicente el mayordomo, por ejemplo, que me acogiera con gesto majadero y después con manifiesta prevención, ahora se desvive por velarme el pensamiento. Me ha ofrecido acompañarme cuando salga de paseo “porque él se ríe de la gendarmería rural”. Los

³⁰⁶ 1911 destornilla *por* desternillaba

³⁰⁷ 1911 *incluye* a las buenas gentes

escribientes que no reparaban en mí o fingían ignorarme, ahora me saludan con una sonrisa de sobrentendido y alguno de ellos hasta se cuadra en actitud militar y me dice: “Buenos días, mi jefe”. Sin que yo procure noticias, el llavero me tiene al tanto de los menores movimientos de los rurales. Un comprador de ganado que viene a menudo de la hacienda, después de secretarse con los escribientes, me miró muy expresivo y, al despedirse, dio un apretón de manos que me dejó gafos los dedos. Pero no a todos les hago el mismo efecto. Ayer, como me hubiera extraviado del camino a mi regreso a la hacienda, después de mi paseo vespertino por la falda de la sierra, me encaminé hacia un arroyo a pedir la vereda a unas mujeres que llenaban sus cántaros de agua. Verme y echar a correr todo fue una. Y no salía de mi asombro cuando descubrí tras unas viejas tapias ensalitradas la cabeza enmarañada y cana, los ojos azorados de un hombre que me apuntaba con su carabina. Permanecí estático³⁰⁸. El viejo comprendió su error y desvió la puntería.

—Dispense el patrón, pero está uno tan espantao³⁰⁹ con eso de la Revolución, que todos andamos con el Jesús en la boca.

Quise explicarle, pero no me dejó hablar. Él sabía bien quién era y lo que estaba yo esperando en la hacienda. Me rogó que “por el amor de Dios y lo más sagrado de mi familia no lo perjudicara a la hora de la leva, que tenía mujer y muchos hijos y él estaba ya muy mayor”.

El hombrazo acabó con los ojos llenos de lágrimas.

He sabido después que este buen hombre, lo mismo que otros peones, han construido excavaciones para ocultarse cuando llegue la Revolución hasta acá. Evidentemente los intelectuales y los parias coincidimos en nuestro amor a la paz³¹⁰.

³⁰⁸ 1911 como muerto *por* estático

³⁰⁹ 1911 espantado *por* espantao

³¹¹Mitus³¹², el personaje infeliz de Víctor Catalá, se enterraba una navajita en sus carnes, la volvía y la revolvió destrozando y dislacerando las fibrillas más sensibles de su cuerpo hasta hallar una voluptuosidad suprema en el espasmo de su dolor. Cuando al mediodía, lejos de las tibias faldas de María o de cualesquiera otras de sus amiguitas, me rodearon los temidos políticos, apurando sendas tazas de café con aguardiente, me acuerdo de Mitus y, valientemente, antes que nadie haya puesto las manos en el tapete, irrumpo:

—¿Y de política cómo vamos?³¹³

Uno de ellos, de cabeza gris, totalmente afeitado, robusto, pero no con la pétreo musculatura del campirano, sino con la gordura fofa del hombre de gabinete, tomó la palabra con gravedad. Me temo que sea un tal don Octavio, dueño de la hacienda de La Cruz Alta, de quien Toño me ha hablado en diversas ocasiones, ora con grandes elogios, ora con desdén manifiesto. La última vez, me dijo:

—Voy a invitarlo para que lo ³¹⁴conozcas. Ha leído mucho, pero me temo que sus opiniones no sean más que la resultante³¹⁵ de la indigestión de sus lecturas.

Don Octavio, en efecto, dijo con aplomo:

³¹⁰ 1911 horror a la guerra *por* amor a la paz

³¹¹ 1911 *incluye* “Estaría de Dios, dice la gente fatalista del campo, cuando alguna desgracia irreparable le abrumba. “Estaría de Dios”, me dije yo ahora, después del medio día, cuando inopinadamente me encontré arrastrado a integrar el círculo de los temidos políticos, y a departir con ellos mientras tomábamos el café.

Pero, para estos casos imposibles, tengo ya mi táctica especial.

Cuando tropiezo, por ejemplo, con algún mi amigo, que me es profundamente antipático o sencillamente insoportable, y me veo constreñido en absoluto a llevar su compañía: una luneta contigua en el teatro, el asiento vecino en el tranvía, entonces lejos de mantenerme hosco y hostil a la defensiva, procuro sacarle partido a la situación, divirtiéndome a costa de mí mismo: me acerco más aún a mi amigo, le doy conversación; hago por que sus palabras, sus gestos, y hasta sus acciones mismas, sean precisamente aquellas que menos puedo tolerarle: es decir imito al infeliz Mitus de Víctor Catalá

³¹² 1911 Mitus de Víctor Catalá *por* Mitus

³¹³ 1911 ¿Y de política qué saben los señores? *por* ¿Y de política cómo vamos?

³¹⁴ 1911 Don Octavio—me dijo hoy—es un bonito tipo, lo vas a conocer *por* Voy a invitarlo para que lo

³¹⁵ 1911 *incluye* tóxico gaseosa

—Los desaciertos del gobierno aumentan la gravedad de la situación del país. Se siente la senilidad, la decrepitud del dictador. Nos tenía acostumbrados a su dictadura cuerda, lógica, tolerante; pero la conferencia Creelman no ha sido una colosal inocentada, sino un pecado mortal. Y la fundación de esa cloaca³¹⁶ que se llama *El Debate*,^s es el golpe de muerte que el gobierno se asesta en pleno corazón. Pero un organismo normal, ni en la senectud³¹⁷ apela al suicidio.

Hace breve silencio, alisa su cabello peinado impecablemente, reclina unas hebras lacias, muy limpias, sobre su temporal izquierdo y prosigue:

—Lo de Puebla, por ejemplo...

O toda esta gente está loca o el único loco soy yo. Eso de que la “situación” esté perdida³¹⁸, es algo que no me cabe en la cabeza.

—Sí, lo de Puebla ha sido horroroso —dice Toño.

Encendidas las mejillas tose repetidas veces, cansado como si hubiera pronunciado un largo discurso. Luego se le apagan los carrillos sin más rastro que unas pequeñas manchas rojizas. Tal vez comienza la calentura.

³¹⁹Entran otros dos invitados³²⁰. Uno de ellos recibe el tratamiento de “mi coronel”.

—De Aquiles Serdán, por ejemplo —prosigue don Octavio— el gobierno ha hecho un héroe³²¹.

—Y de pundonorosos soldados, de sus leales servidores, ha hecho unos bandidos auténticos, unos asesinos cobardes³²².

³¹⁶ 1911 ese albañal *por* esa cloaca

³¹⁷ 1911 aunque sea viejo *por* en la senectud

³¹⁸ 1911 gravísima *por* perdida

³¹⁹ 1911 *incluye* La conversación se interrumpe en este punto.

³²⁰ 1911 individuos *por* invitados

³²¹ 1911 El gobierno ha hecho de Aquiles Serdán, de un enemigo suyo, nada menos que uno de los héroes de mañana, uno de los mártires más grandes de la democracia y de la libertad *por* —De Aquiles Serdán, por ejemplo —prosigue don Octavio— el gobierno ha hecho un héroe

³²³Ansioso de opinar pesca la palabra “mi coronel”. Es un viejo de cincuenta a sesenta años, doblado de carnes, chaparro, burdo, con aspecto de asaltante de camino real. Ladra en vez de hablar y alarga sus getas de tal manera que se siente la inminencia de un mordisco. Sus bigotes son como pelos³²⁴ de puercoespín. A punto fijo no sé qué es lo que discute. En un *totum revolutum* danza la Guerra de Tres Años, la ley de aguas vigente, la Revolución en la frontera y los mochos que él personalmente ejecutó en la última revuelta: tantos que con sus calaveras³²⁵ alcanzaría a pavimentar una calle.

Lo creo. Ríe mostrando unos colmillos podridos, unos ojos como lumbre y sus narices esponjosas y amoratadas por el alcohol³²⁶.

Me aburro. Acompaña a “mi coronel” un enano enfatuado e insolente, arrancado de un retablo de Velázquez, que pone a Madero como Dios puso al perico. Toño, modelo de caballeros, no puede soportarlo más y estalla³²⁷:

—¿Usted dice que Madero es un imbécil? ¿Usted cree que Madero es un loco? ¿Y usted se cree escritor³²⁸?

¡Escritor! No cabe duda: los hombres de pluma somos unos tipos insoportablemente simpáticos. Juro por Dios vivo no haber tropezado en mi vida con un ejemplar de esta fauna³²⁹ sin sentir el deseo más sano y santo de verlo reventado como un sapo.

³²² 1911 Y el gobierno —agrega Toño con vivacidad—ha hecho de leales servidores suyos tal vez, de pundonorosos soldados quizás, bandidos anónimos; asesinos vulgares *por* Y de pundonorosos soldados, de sus leales servidores, ha hecho unos bandidos auténticos, unos asesinos cobardes

³²³ 1911 *incluye* El llamado coronel, que, desde que llegó, está

³²⁴ 1911 bigotes *por* pelos

³²⁵ 1911 cráneos *por* calaveras

³²⁶ 1911 las narices rojas del alcohólico consuetudinario *por* sus narices esponjosas y amoratadas por el alcohol

³²⁷ 1911 Comienzo a fastidiarme cuando surge toda una disputa. Parece que este mozo se expresa con inquina del jefe de la Revolución, porque Toño, puesto en pie, interroga airado *por* Me aburro. Acompaña a “mi coronel” un enano enfatuado e insolente, arrancado de un retablo de Velázquez, que pone a Madero como Dios puso al perico. Toño, modelo de caballeros, no puede soportarlo más y estalla

³²⁸ 1911 periodista *por* escritor

³²⁹ 1911 especie *por* fauna

—Sí, señor. Todo hombre de buen sentido no puede juzgar a Madero sino como un tonto o un loco³³⁰. ¿Enfrentársele a nuestro gran Presidente?

—Mire usted, don Cuco —responde Toño fuera de sí— si por fortuna para nuestro país Madero obtiene el éxito que me merece, todas esas gentes de buen sentido, y usted el primero de ellos, proclamarán³³¹ a voz en cuello a Madero como una de las figuras más grandes de nuestra historia. ¡Madero un hazme reír³³², Madero un loco! También Hidalgo fue un loco y un imbécil hasta el día en que a machetazos impuso la independencia de México a los hombres de buen sentido³³³. Juárez también fue un idiota hasta el día en que a machetazos les impuso a los hombres de buen sentido la libertad de pensamiento³³⁴. Pero los que tenemos la dicha de no formar parte del gremio de los hombres de buen sentido, don Cuco, ya tenemos colocado a Madero como una de las figuras dignas de levantarse al lado de Hidalgo y de Juárez³³⁵.

—¡Qué disparate, señor don Antonio³³⁶!

—Disparate y con “D” mayúscula —gangosea el coronel.

—¿No³³⁷ es usted de la misma opinión? —me pregunta³³⁸ intempestivamente el periodista.

³³⁰ 1911 —Madero es un loco para toda gente que tenga siquiera tantito así de buen sentido —pronuncia enfáticamente mi compañero *por* Todo hombre de buen sentido no puede juzgar a Madero sino un tonto o un loco

³³¹ 1911 opinarán *por* proclamarán

³³² 1911 imbécil *por* hazme reír

³³³ 1911 se hizo entender a machetazos de la gente de buen sentido, y ese día fue proclamado héroe por ellos *por* en que a machetazos impuso la independencia de México a los hombres de buen sentido

³³⁴ 1911 Juárez hizo triunfar la Constitución a machetazos *por* Juárez también fue un idiota hasta el día en que a machetazos les impuso a los hombres de buen sentido la libertad de pensamiento

³³⁵ 1911 fortuna de no pertenecer al rebaño de los del buen sentido, Madero está juzgado ya, y tenga o no éxito en su empresa, Madero es de hecho una figura que ha alcanzado las alturas de un Hidalgo y de un Juárez! *por* dicha de no formar parte del gremio de los hombres de buen sentido, don Cuco, ya tenemos colocado a Madero como una de las figuras dignas de levantarse al lado de Hidalgo y de Juárez

³³⁶ 1911 No, hombre, no, ¡por Dios Santo, don Antonio, esos son disparates! *por* —¡Qué disparate, señor don Antonio!

³³⁷ 1911 *incluye* ¿No juzga usted que esto sí no cuela, señor?

—Sí, don Cuco.

Mi respuesta es seca. Sigo fumando distraídamente mi cigarro, mientras él me lanza una mirada furibunda³³⁹ y de nuevo se dirige a Toño:

—Comparar a Madero con Hidalgo y con Juárez es simplemente descubrir un desconocimiento hasta de las nociones elementales de nuestra historia³⁴⁰. Madero es un ambicioso vulgar y un perverso charlatán enriquecido como fabricante de vinos. El famoso vinatero de Parras, envenenador de nuestro pobre pueblo con sus infames aguardientes³⁴¹.^h

—Sólo un hombre puede resistir la comparación con Hidalgo y con Juárez, don Antonio —clama el coronel— y ese hombre se llama Porfirio Díaz³⁴².

343

—Un tráfuga caído en los brazos del partido conservador.

—¡Boberías! El partido conservador está bien enterrado y enterrado para siempre.

—El nombre es lo de menos. El partido es el mismo: descendiente legítimo de los encomenderos enriquecidos con el sudor y la sangre del indio, el de los congregados de la Profesa, el mismo que hizo un trono para Iturbide y otro para Maximiliano. Ese partido que

³³⁸ 1911 *inquiere por* pregunta

³³⁹ 1911 —le contesté secamente, y sigo fumando mi cigarro, lo cual no me impide observar las miradas furibundas que el irritado bicho me lanza por mi inurbana contestación *por* Mi respuesta es seca. Sigo fumando distraídamente mi cigarro, mientras él me lanza una mirada furibunda

³⁴⁰ 1911 —Pues sí, señores, yo protesto porque es la más solemne de las tonterías comparar a Hidalgo y a Juárez con Madero *por* Comparar a Madero con Hidalgo y con Juárez es simplemente descubrir un desconocimiento hasta de las nociones elementales de nuestra historia

³⁴¹ 1911 Con un vinatero que se ha enriquecido de envenenar con sus puercos aguardientes al pueblo mexicano —clama el coronel *por* El famoso vinatero de Parras, envenenador de nuestro pobre pueblo con sus infames aguardientes

³⁴² 1911 —No, don Antonio, usted dispense —insiste el periodista— pero con Hidalgo y con Juárez sólo un hombre puede resistir la comparación

—Y ese hombre se llama —prorrumpo el coronel— Porfirio Díaz. ¡El héroe de la paz! *por* —Solo un hombre puede resistir la comparación con Hidalgo y con Juárez, don Antonio —clama el coronel— y ese hombre se llama Porfirio Díaz

³⁴³ 1911 *incluye* —¡Porfirio Díaz! ¿Qué puntos de contacto existen entre estos hombres? Porfirio Díaz no ha sido más que una víctima de su propia ambición. Porfirio Díaz no supo ni cuando y ya había caído en las garras del partido contra el que cabalmente lucharon Hidalgo y Benito Juárez. Porfirio Díaz tiene su legítima filiación en Agustín de Iturbide, porque los que levantaron el trono para Agustín de Iturbide son los mismos, que se han estado tragando a México, acaudillados por Porfirio Díaz

ahora no cree en Dios porque Dios ya no le sirve de nada; pero que si mañana lo necesita irá a buscarlo llenando las catedrales. Siempre el mismo toda la turba famélica e insaciable de esta raza infeliz mexicana³⁴⁴.³⁴⁵ ¿Qué opina usted de esto, don Octavio?

Se hizo repetir la pregunta. Don Octavio es un espíritu superior que sólo tiene oídos para escucharse a sí mismo, me ha dicho Toño.

—³⁴⁶No hay que juzgar a los hombres públicos por sus intenciones, sino por sus realizaciones. Porfirio Díaz se levantará siempre como una figura simbólica: la paz. Su acción se ha desarrollado en momentos urgentes de reposo, cuando el país ha estado a punto de perecer por la falta total de sus fuerzas. Porfirio Díaz no es la droga que cura, pero sí es la inyección de morfina que da una tregua al cuerpo y le permite almacenar energía para resistir la acción del bisturí salvador³⁴⁷.³⁴⁸

³⁴⁴ 1911 de los vampiros de la raza mexicana *por* de esta raza infeliz mexicana

³⁴⁵ 1911 *incluye* Conque ya verá usted si puede haber comparaciones entre aquellos prohombres de la patria y este dictador engrandecido por la adulación más abyecta que México haya presenciado jamás! Lo que sucede, don Cuco, es que los hombres del buen sentido pierden la lógica a veces. La conducta lógica de los del buen sentido es ensalzar a Iturbide y deturpar a Hidalgo, enaltecer a Hernán Cortés y despreciar a Cuauhtémoc. La luz demasiado viva los ha ofuscado por un momento; pero ahora, en las postrimerías de este gobierno prostituido, ya vuelven sobre sus pasos. ¿No se han emprendido serios trabajos para celebrar el verdadero centenario de nuestra independencia en 1921? ¿No se ha pretendido que México levante una estatua al célebre bandido Hernán Cortés? Así deberían obrar siempre las gentes del buen sentido. Que sus actos vayan de acuerdo con sus ideas

³⁴⁶ 1911 *incluye* La historia —dice don Octavio— no juzga a los hombres, ni sólo por la intención de sus actos, ni sólo por la resultante de los mismos. Si en los altares de la patria veneramos a un Hidalgo y a un Juárez, pongo por caso, no es sino porque son símbolos de las aspiraciones realizadas de una inmensa mayoría en ciertos momentos de oportunidad. ¿Por qué le extraña a usted que en pleno siglo XX escritores españoles o españolados, se despampanaten de admiración ante la figura del aventurero Cortés? Quiero decir, sencillamente, que esos escritores viven la época de Hernán Cortés. Sí, señor, admiramos y veneramos de los hombres aquello que encarnan de nuestro propio yo en su obra realizada. Ni Hidalgo ni Juárez, ni hombre alguno, desmenuzados fríamente por el análisis riguroso de la crítica son dignos de la veneración de nadie. La vulgarización de ideas contrarias cabalmente es la causa de que labores tan burdas como el “verdadero Juárez”, en vez de levantar una polvareda de risa, hayan podido producir una tempestad de indignación. Por otra parte, ¿cree usted sinceramente que Porfirio Díaz sea nada más que un sucio borrón en nuestra historia? Pues, no señor, la figura odiosa del dictador se fundirá en aras de la del héroe de la paz. Porfirio Díaz se destacará siempre grande, símbolo de una de las más urgentes necesidades del país, en el momento en que ha sentido su fuerza a punto de extinguirse

³⁴⁷ 1911 *incluye* cuchillo extirpador *por* bisturí salvador

³⁴⁸ 1911 *incluye* Porfirio Díaz seguirá siendo el símbolo de la paz; el otro Porfirio Díaz, el del vulgar cuartelazo, el político artero y mentiroso, el político ambicioso y débil, que no supo comprender que

—Pero, ¿verdaderamente cree usted en el triunfo del loco Madero?

Don Cuco levantaba la voz con ánimo ofensivo. Don Octavio no se alteró.

—Un pueblo existe cuando tiene un sentimiento de su propia existencia. Si Madero logra despertar al pueblo mexicano de su letargo, no dude usted ni por un momento de que triunfará³⁴⁹. ¿No lo cree usted también, caballero?

Don Octavio me espetó la pregunta como un profesor al discípulo desaplicado y distraído.

—Francamente, no tengo todavía una opinión formada.

—Andrés es reportero y sólo se preocupa por los hechos consumados —observó Toño con cierto desdén³⁵⁰—. Pero yo le digo a usted que si Madero no consigue nada con nosotros, es que ya estamos en trance de muerte y que los Estados Unidos están prontos a amortajarnos³⁵¹.

Se hizo un silencio expectante. Luego reanudó con vehemencia creciente:

—Los culpables de esta infamia son las gentes del gobierno que por ahitarse de dinero no vacilarán en entregar al país.

entregándose a una jauría, por esa misma jauría sería devorado, ese tiene que esfumarse ante el brillo inextinguible del héroe de la paz.

—Tal vez así será —contestole muy abatido ya, y del peor talante— puede ser que así sea; pero mi modo de pensar es muy distinto

³⁴⁹ 1911 Si Madero logra hacer que México se acuerde de que efectivamente puede vivir, México vivirá *por* Si Madero logra despertar al pueblo mexicano de su letargo, no dude usted ni por un momento de que triunfará

³⁵⁰ 1911 —Andrés es cronista —pronuncia Toño en mi ayuda— y usted sabe que ahora la moda de los cronistas metropolitanos es no tener opiniones políticas. Pero si a él le parece o no le parece, yo le contesto a usted, don Octavio, que si ocurriera esa infamia de que los Estados Unidos acabaran de robarse nuestro territorio, nunca, jamás la culpa habrá sido de esos denodados hombres que se han echado a las armas por la libertad de la patria; serán los culpables, los únicos culpables, esos bandidos que por ahitarse de dinero asesinarán a sus propios hijos. *por* —Andrés es reportero y sólo se preocupa por los hechos consumados —observó Toño con desdén—.

³⁵¹ 1911 si Madero no lo consigue, mucho me temo que la catalepsia se prolongue, y, que los Estados Unidos la transformen en mortaja *por* si Madero no consigue nada con nosotros, es que ya estamos en trance de muerte y que los Estados Unidos están prontos a amortajarnos

—Es curioso —dijo el viejo coronel cambiando una sonrisa con don Cuco, su adlátere—. ¡Toño Reyes, revolucionario!

Y todos me miraron como si ya para nadie fuera un secreto la *misión* que se me supone en Esperanza. Por lo que, irritado, dije:

—El hombre que a los veinte años no es revolucionario es un imbécil, dice Renan.

Entonces don Octavio me miró con benevolencia, casi con simpatía³⁵².

—Vamos a pagarle su visita a don Octavio —dijo María una mañana.

El dueño de La Cruz Alta nos dio una prueba de su talento, no se habló de política ni de filosofía. Como chicuela de colegio María saltó por el jardín y la huerta toda la mañana. Al principio la seguimos pero nos rindió y regresamos al escritorio. Nos entretuvimos con un álbum de fotografías, mientras ella, rendida de travesear, volvió con don Octavio abrumándolo a preguntas acerca de plantas, flores y frutas muy raras que él personalmente cultivaba para adorno y regalo de su casa.

Pasó por el corredor una criadita airosa y esbelta, vestida de linón muy blanco. Vi su cara redonda, tersa y fresca, suspiré con la tristeza del bien ajeno y me sentí solo, inmensamente solo³⁵³.

Sin embargo, cuando María desprendió de entre los encajes crema de su blusa un clavel que había cortado en el jardín, un clavel rojo y aterciopelado como sus carrillos y lo abandonó al alcance de mi mano, fui heroico y estoico, no lo vi.

³⁵² 1911 Y don Octavio, volviendo la cara con indiferencia, y al parecer sin la menor intención, exclama: *por* Entonces don Octavio me miró con benevolencia, casi con simpatía.

³⁵³ 1911 *incluye* y me acordé de mi amiguita Luz. ¡Luz la de los brazos blancos! Y suspiré con la tristeza del bien ajeno

³⁵⁴Se sirvieron platillos selectos y vinos añejos. Nos alegramos, pero don Octavio apenas desbarró un instante repitiéndome con intención la frase de Ernest Renan: “El que no es revolucionario a los veinte años es un imbécil”.

María estuvo muy seria conmigo de vuelta a la casa. ¡Tanto mejor!

Pocos días más tarde le llegó su turno a “mi coronel”³⁵⁵. Pero ahora María se negó rotundamente a acompañarnos:

— Es un soldadón... muy pelado...

—En efecto —convino Toño—, toleramos sus relaciones porque el agua de la presa suele acabarse a fines de la estación calurosa y el arroyo de El Cedazo, propiedad del coronel Hernández, les queda a distancia muy corta a nuestros animales.

“Mi coronel” me da la sensación de un puntapié en mitad del estómago. María tenía razón. No acabamos de saludarle cuando ya nos está hablando de política con su apéndice el periodista don Cuco³⁵⁶.

—Corral tiene un talento asombroso, sus empleados lo quieren y las mujeres se mueren por él.³⁵⁷ Exquisito y vigoroso sin rival...

Y sigue la loa de los hombres del régimen. Pinedaⁱ es un cerebro con circunvoluciones más crecidas que la cordillera de los Andes.

Y don Cuco con los enemigos:

—Chucho Urueta^j, un infeliz³⁵⁸ eterómano,³⁵⁹ Luis Cabrera^k, barrilete malagradecido de los Científicos; Juan Sánchez Azcona,^l el ladrón de niños pobres.

³⁵⁴ 1911 *incluye* Al medio día

³⁵⁵ 1911 *incluye* Hernández

³⁵⁶ 1911 No acabamos las fórmulas de nuestros saludos cuando está hablando de política ya. El llamado don Cuco es su adlátere y lo adula sin cesar *por* No acabamos de saludarle cuando ya nos está hablando de política con su apéndice el periodista don Cuco.

³⁵⁷ 1911 *incluye* Los hombres se quedan fascinados ante su elegancia.

³⁵⁸ 1911 *imbécil por* infeliz

A la gran manifestación que todo el país hizo en la capital para suplicar a Corral aceptara la vicepresidencia de la República, el coronel Hernández llevó la representación de *El Mosquito*,³⁶⁰ órgano local redactado por don Cuco. Y don Cuco declamó una oda a Corral y a *El Debate*.³⁶¹

Toño estalla:

—Los corralistas son la piara de cerdos flacos que gruñen furiosamente porque el cebador sólo les permite oír el mascullar³⁶² ruidoso de los cerdos gordos. Tan insolentes³⁶³ unos como otros³⁶⁴; pero lo que en los porfiristas es indolencia, es rabia en el corralista.

—El gobierno del general Díaz se dispone a repartir 80 millones de pesos entre los pobres, don Antonio³⁶⁵.

—³⁶⁶Si de tanto puede disponer, don Cuco, ¿por qué solicita como infeliz limosnero, una cotización de todos los ciudadanos para indemnizar a los huérfanos y a las viudas de los federales muertos en campaña? ¿Siente ya que la lumbre le llega a los aparejos?

Contrasta el gesto nervioso de Toño con la calma y el cinismo helado de sus contradictores.

Realizo el milagro de mantenerme al margen de las discusiones.

³⁵⁹ 1911 *incluye* Luis Urueta un charlatán infeliz... Manuel M. Alegre un sonámbulo

³⁶⁰ 1911 *El Moscón por El Mosquito*

³⁶¹ 1911 *incluye* pidiéndole, con las lágrimas en los ojos, que aceptara la vicepresidencia de la República. El coronel se sentó a la mesa de los redactores de *El Debate* junto con don Cuco. Y don Cuco asombró a México entero con su tremenda oda a Corral y a *El Debate*

³⁶² 1911 mascuzar *por* mascullar

³⁶³ 1911 *incluye* pero hay un matiz que los distingue: la insolencia indolente del cerdo gordo, y la insolencia rabiosa del cerdo flaco

³⁶⁴ 1911 *no incluye* unos como otros

³⁶⁵ 1911 El gobierno, el señor presidente de la República, general don Porfirio Díaz, es más grande que la Divina Providencia; porque la Divina Providencia en tantos años de vida que cuenta, jamás ha podido disponer de ochenta millones de pesos para repartírselos a los pobres, como el señor don Porfirio lo va a hacer ahora *por* —El gobierno del general Díaz se dispone a repartir 80 millones de pesos entre los pobres, don Antonio

³⁶⁶ 1911 *incluye* Y habla Toño: —Querría saber qué título será más glorioso y de más honor, dentro de veinte años, sin ser descendiente de un *latrofaccioso* o de un redactor de *El Debate*

Vicente me observa con insistencia. No pierde un solo gesto mío y me sigue por todas partes. Sospecho que es mi pesadilla impertinente y finjo no haber reparado en él.

Esta mañana, al darme las riendas de mi cabalgadura enjaezada, se acerca y me dice en voz baja:

—Que cuando pase el amo por la presa se arrime tantito al camino real.

—¿Yo?...

—Usted en persona, patrón.

—Estás equivocado, yo no tengo por aquí negocios pendientes con nadie.

—Me dieron el santo y seña. Parece que es uno de los de la Revolución...

—¿Y a mí qué me importa la Revolución?

¿Por qué, pues, permití que Vicente ensillara su caballo y me hiciera compañía?

—Noto que traes mucho gusto, Vicente.

—No es nada, patrón.

Hizo oblicua su cara entre los hombros como can amenazado.

—Yo sólo quiero decirle que no se olvide de mí... Ya sabe que para l' hora de l' hora estoy listo: soy de los meros suyos.

En su faz morena requemada por los vientos y los soles rebrilló su blanca dentadura y en sus líneas bronceas³⁶⁷ resplandeció una llama de alegría.

—¡Caramba! ¿Tú también, Vicente? Dime, amigo, ¿qué te importa a ti la Revolución? ¿Qué diablos te da que don Porfirio esté en la silla o Perico de los Palotes?

—El viejo don Porfirio ya cansó.

³⁶⁷ 1911 ferozmente viriles *por* líneas bronceas

—Ésa no es una razón.

—Y de más a más, él y todos los suyos no son más que un atajo de ladrones.

—Bien, vamos a cuentas: ¿cuánto te ha robado don Porfirio?

—¡Como quien dice nada! No anduviera yo por aquí arrastrándome de gato. Mire, patrón, arriende para allá donde sale el sol. ¿Alcanza a divisar entre aquellos dos mezquititos, en lo más alto de la loma, del lado de aquel nopal manso, unas casitas acanteradas?

—Sí, la hacienda de El Cedazo.

—Justo y cabal. Pues ha de saber el patrón que esa hacienda era una congregación donde mis padres y cinco de mis tíos tenían sus propiedades. Vino don Porfirio y su ley del revalúo y a todos nos echaron de nuestras casas y de nuestras tierras como perros ajenos; nos echaron a la desgracia, a trabajar³⁶⁸ para mal comer apenas.

—³⁶⁹Indudablemente tus parientes no tenían títulos legales de esos terrenos. Y en tal caso esto no es un robo.

—Mi patrón será muy leído y escrebido; pero sólo sé decirle que si estas tierras que sudaron mis parientes desde que nacieron no eran de ellos, mucho menos podían ser de ese coronel Hernández que llegó aquí de taparrabo³⁷⁰ y que hoy por hoy no le da por medio millón de pesos su capital. A esos llamo yo ladrones, el amo³⁷¹ deles el nombre que quiera.

Costeábamos ya la presa y abriéndonos paso³⁷² por entre un huizachal cerrado aparecimos justamente en la línea divisoria de Esperanza y El Cedazo^{373 374}.

³⁶⁸ 1911 *incluye* como burros

³⁶⁹ 1911 *incluye* Pero eso que tú llamas robo, Vicente, no fue más que una disposición legal para que todas las propiedades quedaran en poder de sus legítimos dueños

³⁷⁰ 1911 cueros vivos *por* taparrabo

³⁷¹ 1911 patrón *por* amo

³⁷² 1911 costeando la orilla *por* abriéndonos paso

³⁷³ 1911 Bella Vista *por* El Cedazo

—Allí está —me dijo Vicente, muy emocionado, señalándome con su mano tendida la cinta ocre de una cerca³⁷⁵.

Vi un largo huacal de otate reclinado sobre la cerca, plumones grises y blancos asomados entre los carrizos. Un sujeto en camisa y calzón blanco soplaba a dos carrillos una lumbrada que había hecho con ramajes secos. El revolucionario de Vicente resultaba, pues, un pobre diablo de pollero³⁷⁶.

—¿Ése es? —le pregunté con marcada ironía.

—El mismo —me respondió muy serio y sin detener su cabalgadura, ansioso de que nos acercáramos.

El hombre suspendió su faena y tranquilamente nos salió al encuentro.

—Los gendarmes andan muy cerca, no puedo decirle todo lo que quisiera³⁷⁷.³⁷⁸ El lunes a las once de la noche un tren de carga dejará en el escape de la vía un furgón. Los rurales lo saben todo y están dispuestos para sorprender el contrabando. Pero como ellos no son más que diez y yo voy a estar listo para cortar los hilos del telégrafo, usted con una poca de gente los sorprende, acaba con ellos y recoge el parque y armamento que vienen en ese carro.

—Es que...

³⁷⁴ 1911 *incluye* justamente separadas por la línea del camino real. Sin percatarnos de nuestra mutua ansiedad, caminábamos ahora con precipitación, y sólo se escuchaba el áspero ruido de los ramajes, bruscamente apartados a nuestro paso.

³⁷⁵ 1911 De pronto Vicente se adelantó, y alargando su brazo, me mostró la cinta morena de una cerca, a la vera del camino *por* —Allí está —me dijo Vicente, muy emocionado, señalándome con su mano tendida la cinta ocre de una cerca

³⁷⁶ 1911 Mi revolucionario me resultaba, pues, un infeliz vendedor de gallinas. El bromazo me parecía un poco duro, para Vicente sobre todo *por* El revolucionario de Vicente resultaba, pues, un pobre diablo de pollero

³⁷⁷ 1911 —No puedo hablar todo lo que quisiera con usted —me dijo—, porque no tenemos tiempo *por* —Los gendarmes andan muy cerca, no puedo decirle todo lo que quisiera.

³⁷⁸ 1911 *incluye* Tienen que regresar inmediatamente; los gendarmes rondan a menos de un cuarto de legua de aquí... Pues bien, en la estación de “Villalobos”

No pude continuar. El pollero, que primero me sorprendió por el acento de su voz y la corrección de sus palabras, ahora me dejó como un idiota poniéndome en las manos un fajo de billetes de banco que sacó de su tosca pechera de cuero.

—Márchese en seguida, porque perdemos el tiempo y lo perdemos todo.

—Es que...

—Que se marche.

Volví grupas más descolorido y más frío que los tepetates del camino.

Vicente apenas podía contener su regocijo, mostrándome su pistola y su cartuchera apretada de tiros.

—Te encuentro ahora muy preocupado, Andrés.

—Preocupado precisamente, no; un poco abatido quizás. Me molesta esta situación que se prolonga ya demasiado. ¡Seis meses!

Tanto María como Toño³⁷⁹ sonrieron maliciosamente, intrigándome cada vez más.

—Basta de fingir, Andrés. Si nos aprecias de veras debes tener más confianza en nosotros.

—No seas imprudente, Toño —observó María—; quiere conservar su secreto y es muy suyo.

Y sus miradas me abrazaron.

—Si tengo algún secreto, María, dígalos usted muy alto para que deje de serlo.

—¿De veras?

—Como nada oculto, puede usted decirlo todo y hasta gritarlo si así lo desea.

³⁷⁹ 1911 *incluye* se miraron y

—Pero, Andrés, ¿no ha sospechado que todos —hasta yo misma— simpatizamos con la causa? ¿Que lo grite? Bueno, pues: ¡Qué viva Madero!...

Toño aplaudió emocionado, sus carrillos ya muy encendidos por la fiebre.

De pie, María destacaba su silueta fina y esbelta en mitad del comedor. Dos ricillos ondeaban como flámulas en su frente de marfil, sus ojos eran chispas.

—Lo que sucede es que usted está muy comprometido³⁸⁰ y ahora tiene miedo...

Sentí que su risa me espoleaba en la carne viva.

381

—¡Basta de bromas! María, siéntate entre nosotros. Eres irreductible Andrés, pero con tus distracciones habituales has puesto en nuestras manos el cuerpo del delito. ¿Puedes decirme qué significa esta fajilla³⁸² de billetes de banco que la criada encontró debajo de tu colchón, ahora que arreglaba tu pieza?

Instintivamente llevé mis manos al bolsillo de pecho. Toño prorrumpió en una carcajada y María, regocijadísima, desgranó la suya.

—³⁸³Debo decirte que desde que vinieron los de la montada en busca tuya comprendí tu actitud³⁸⁴. Y me alegré. Porque tus primeras palabras acerca de la Revolución me desconcertaron y me lastimaron³⁸⁵. Más todavía, dudé de ti, me inspiraste aversión, repugnancia, asco. Te creí uno de tantos literatoides de tu México, piara de ilotas de la

³⁸⁰ 1911 *incluye* en la revolución

³⁸¹ 1911 *incluye* —Claro, todo lo sabemos —agregó Toño— y porque lo sabemos te felicito con toda mi alma, Andrés amigo

³⁸² 1911 cartera atestada *por* fajilla

³⁸³ 1911 *incluye* Antonia es una indiscreta; pero, naturalmente, su indiscreción le pone desde luego fuera de la casa. No tengas, pues, cuidado por esto. Pero tenlo por esto otro.

Y Toño me alargó la fajilla de billetes que el vendedor de gallinas me había dado para gastos de la Revolución

³⁸⁴ 1911 *incluye* ostensiblemente falsa. Debes de saber que si yo no lo hubiera adivinado, no te habría mantenido intacto este cariño y esta amistad tan profunda que nos ligan.

³⁸⁵ 1911 Si, te lo confieso ingenuamente, tus primeras palabras, tus primeros gestos respecto a la Revolución, me lastimaron *por* Porque tus primeras palabras acerca de la Revolución me desconcertaron y me lastimaron

pluma,³⁸⁶ finchados de ruindad, eunucos llorones de la paz, incapaces de dar ni una gota de sangre por el hermano, ni por la patria, ni por su propia especie; mandrias que se pasan la vida incesando eternamente al que les llena la tripa y se quedan satisfechos con que su nombre figure como una cifra más entre los siervos miserables y corrompidos, buenos apenas para cantar a las mesalinas de sus amos³⁸⁷.

¡Qué falta me hacía un paraguas!³⁸⁸

Esa noche no me acordé de Toño ni de María. En la batahola de mis pensamientos danzaban el hombre de los pollos, el furgón cargado de carabinas, mil pesos en billetes de banco, la risa alegre de Vicente y las caras blancas y barbudas de los rurales. Hasta la madrugada me rindió el sueño y me quedé profundamente dormido. Pero al despertar,³⁸⁹ con alegría, vi muy claramente trazado mi camino.³⁹⁰ Recobraba la tranquilidad, abrí mi ventana para que el sol entrara a raudales³⁹¹.

³⁸⁶ 1911 *incluye* incapaces de algo que no sea emborronar sandeces plenas de miel postiza; de esos individuos finchados de miseria y de ruindad, diosencillos que creen ver muy por debajo de ellos a esta pobre e insignificante humanidad, y que ignoran que para esa misma humanidad ellos no significan sino lo que significa un sapo hinchado de fatuidad y de estulticia

³⁸⁷ 1911afeminados, de los repugnantes degenerados de esta época; productos podridos de una pseudo civilización: buenos apenas para engalanar las carnes podridas de las mesalinas de los potentados... *por* siervos miserables y corrompidos, buenos apenas para cantar a las mesalinas de sus amos

³⁸⁸ 1911Yo no llevaba paraguas, si no lo habría abierto *por* ¡Qué falta me hacía un paraguas!

³⁸⁹ 1911 *incluye* mi corazón late, otra vez, con desasosiego opresor; pero entonces mi mente se alumbra con lucidez perfecta

³⁹⁰ 1911 *incluye* la línea de conducta que lógicamente debo de seguir, se proyecta nítida fuera de mis párpados cerrados y me maravilla el que esta idea salvadora hasta estos momentos haya venido en mi ayuda.

³⁹¹ 1911 Mi espíritu, pues, entra en reposo; me vuelvo a dormir y despierto cuando el sol entra en raudales alegres por mi ventana *por* Recobraba la tranquilidad, abrí mi ventana para que el sol entrara a raudales

Ni Toño ni María están en casa. Me desayuno solo³⁹² cuando entra de puntillas el cocinero de blanco mandil invertido sobre un hombro³⁹³.

—Oiga, niño, ¿es cierto que los revoltosos vienen haciendo atrocidades con las mujeres?

—Y hasta con los que se les parecen, Aniceto —respondo inmutable.

³⁹⁴A las puertas del comedor me encuentro con Vicente.

—¡Hasta que te presentas con oportunidad! Te necesito urgentemente, amigo. Consígueme una blusa, un pantalón de mezclilla y cualquier sombrero viejo de petate. Todo listo en tu casa, en punto de las cuatro,³⁹⁵ ¿me entiendes?

—Entendido, mi patrón. ¿Y de armas?

—¡Qué armas ni qué demonios³⁹⁶!

Permaneció boquiabierto, sin comprender, pero leal como perro inclinó humildemente la cabeza y salió³⁹⁷ sin chistar.

Mientras regresan del campo Toño y su esposa, busco algo con qué distraerme de mi preocupación, pero ningún motivo me atrae ni sitio alguno me acomoda; por tanto el caballerango ha de sorprenderse de encontrarme en las cuadras, extático ante las ancas peladas³⁹⁸ de una yegua de noria.

—Mi patrón —me dice confidencialmente—, ¿es cierto que ese señor Madero viene a quitar las contribuciones y a hacer que nos paguen un peso diario?

³⁹² 1911 *incluye* en el comedor. Esto calma mi espíritu, porque mi situación del día no deja de ser un poco embarazosa.

³⁹³ 1911 *incluye*, y me pregunta con ansias femeniles

³⁹⁴ 1911 *incluye* Terminó mi desayuno y

³⁹⁵ 1911 *incluye* pero que nadie se entere

³⁹⁶ 1911 *incluye* imbécil; un pantalón y una blusa de mezclilla

³⁹⁷ 1911 *incluye* aparte

³⁹⁸ 1911 roídas *por* peladas

Y Madero siempre, siempre el odioso nombre, la pesadilla de mis sueños y ahora hasta la del mismo día. ¡Maldito sea el tal Madero!

Escapo de las caballerizas y voy a las tierras en volteo.

De pronto uno de los medieros entierra su otate en el suelo, hunde la reja en los terrones y para su yunta. Caídos los hombros y la cabeza, paso a paso viene a mi encuentro:

—Buenos días le dé Dios a su mercé. ¿Cómo amaneció? ¿La señora buena? ¿Los niños sin novedad?...³⁹⁹ Por eso, pues, patrón, ¿ése don Madero pelea por la religión o por quién?

⁴⁰⁰Decididamente se trata de arrojarme de esta tierra con una impresión de terror, pues apenas, de regreso, entro en mi cuarto y me encierro, llama Vicente a fuertes golpes⁴⁰¹.

—Patrón, ¿que si se le puede hablar?

A mi gesto de angustia, Vicente, con un tonillo de benevolencia que de buena gana le apagaría con los puños cerrados, me dice:

—Es de los nuestros...

Y antes que yo haya pensado siquiera en protestar, se cuela de rondón un hombrazo de líneas brutales, piel curtida, cabellos lacios muy negros, se lanza hacia mí con un abrazo que casi me despachurra.⁴⁰²

³⁹⁹ 1911 *incluye* —Y tras una retahíla interminable de expresiones para toda mi generación presente y por venir, el hombre viene al grano—:

⁴⁰⁰ 1911 *incluye* Es, pues, absolutamente indispensable que yo regrese a mi cuarto, con ánimo decidido de echar la llave, e incomunicarme hasta el medio día, cuando salga al comedor

⁴⁰¹ 1911 *incluye* con una impresión de terror tal, que jamás me ocurriera volver a poner los pies en ellas, apenas entro a la casa y Vicente me asalta por arrojarme de esta tierra con una impresión de terror, pues apenas, de regreso, entro en mi cuarto y me encierro, llama Vicente a fuertes golpes

⁴⁰² 1911 *incluye* Oportunamente me acuerdo de mi héroe, de Mitus el de Víctor Catalá, y hago que mi hombre entre, que tome asiento; lo acojo con la más agradable de las sonrisas, y, sin ambages de ninguna especie le pregunto, qué hay de Revolución

—Vengo de mi rancho, a veinte leguas de aquí, a ponerme a sus órdenes con diez hombres montados y bien armados para “l’hora de l’hora”.

Y me enseña sus dientes blancos y menudos como granos de elote y su risa me contagia con su frescura, su ingenuidad y su regocijo. En un arrebato, pues, de sublime desesperación, prorrumpo:

—Soy coronel del Ejército Libertador, nombramiento que me ha otorgado el mismísimo don Panchito.⁴⁰³ Lo nombro a usted mi teniente coronel y le doy amplias facultades para que otorgue entre su gente los grados que le dé su gana.

—Me llamo Romualdo Contreras López, mi coronel, para servirle. Apunte, apunte usted mi nombre en la cartera, no sea que se le vaya a olvidar... Romualdo Contreras López...

—Descuide, mi amigo, que tengo memoria de copiadador.

—La verdad es que ya urge que nos quiten a don Porfirio y a todos los bandidos de su gobierno, mi coronel. Soy dueño de una garrita de tierra que no llega ni a dos⁴⁰⁴ caballerías, y pago por ella de contribuciones tanto como el coronel Hernández paga por la hacienda de El Cedazo. ¿Y sabe usted lo que acaban de ofrecerle por ella? 250 000 pesos. Le digo a usted que es un gobierno de ladrones.⁴⁰⁵

Me sorprende al mediodía el servicio de comedor.

—Es nuestro primer presente al jefe de las fuerzas libertadoras —me dijo Toño sonriendo.

⁴⁰³ 1911 *incluye* —y como esta noticia saca de madre los entusiasmos de mi hombre, y me colma de los elogios más calurosos, jurándome que tengo el aire marcial y toda la gallardía de un valiente militar, creo justo en recompensa,

⁴⁰⁴ 1911 cinco *por dos*

⁴⁰⁵ 1911 *incluye* Allí está, para no dejarme mentir la última ley de aguas. ¿No ha leído mi coronel eso? Pues nada menos se declara el gobierno de México dueño del cielo y de la tierra... que disque las afluentes directas e indirectas de ríos, arroyos, etcétera le pertenecen... como quien dice nada, mi coronel, las nubes... los mares... el cielo... ¡Conque para muestra de ladrones creo que ésta es la mejor...!

—El primero —exclamó María con coquetería inaudita—, porque el último ha de ser una corona de laureles que yo teja con mis propias manos.

—La gente y armas que puedas llevarte de esta finca están a tu disposición. No necesitas permiso ni avisarme, Andrés. Mis rancheros son fáciles de manejar: ponles un baile, dales vino y con un grito a tiempo de ¡Viva Madero!, todos te siguen. Cuando quieran arrepentirse ya los tienes muy lejos de aquí. Yo mismo te seguiría si pudiera, pero cada día me siento peor. Con todo, mi entusiasmo por este movimiento tengo momentos de una depresión tan grande que comprendo servirte sólo de estorbo. La vida misma me cansa.

Se arrasan sus ojos y sus palabras se apagan enronquecidas por la tristeza más amarga.

María huye del espectáculo del hundimiento indefectible de su marido. Ahora se distrae rebanando geométricamente un hermoso pastel.

A las cuatro de la tarde, vistiendo blusa azul de mezclilla, un pantalón tan sobrado de asentaderas como escaso de piernas, salgo de la casa de Vicente, oprimiendo el fajo de billetes tras de mi pechera, a esperar el tren en la estación de Villalobos. Tengo dinero suficiente para pasar dos o tres meses en los Estados Unidos, mientras don Porfirio da cuenta con este loco de Madero⁴⁰⁶ y con su tonta aventura⁴⁰⁷. Y estos billetes⁴⁰⁸ que tan felizmente vinieron a caer en mis manos, que la Revolución⁴⁰⁹ me los cargue en mi apreciable cuenta.

⁴⁰⁶ 1911 *incluye* y sus secuaces. Entonces tornaré a mi patria ya tranquila

⁴⁰⁷ 1911 *no incluye* y con su tonta aventura

⁴⁰⁸ 1911 mil pesillos *por* billetes

⁴⁰⁹ 1911 don Panchito *por* la Revolución

—Éeeese Andrés Pérez... a la reja...

El grito repercute agudo y destemplado primero, luego ronco y sordo, apagado y confuso al último, hasta perderse a lo largo de las paredes sucias y frías de la inmensa galera.

Me levanto la cintura floja de mi escaso pantalón de trapo, atontado veo a todas partes, hasta que un preso compasivo me muestra con su mano tendida la puerta, mientras sus colegas se ríen de mi inexperiencia.

—Éeeese Andrés Pérez a la reja.

El grito se repite irritado, amenazante. Me apresuro hacia el sitio donde crujen unos cerrojos. Se entreabre apenas la pesada reja de hierro y el celador, gruñendo una insolencia, me da paso.

—A la alcaidía.

Otra vez a la alcaidía. Sólo que ahora no me encuentro con el director político que me abrumba con sus interrogatorios estúpidos, sino con la silueta fina y elegante de una dama en la penumbra, sentada al extremo de una banca sucia de grasa y de polvo. Me quedo estupefacto cuando se levanta el velillo y me mira con ojos no menos pasmados que los míos.

—¡Qué facha! —me dijo sonriendo y tendiéndome su tibia y sedosa mano⁴¹⁰—. ¡Imposible reconocerlo!... Qué imprudencia tan grande la de usted, debió habernos avisado... Figúrese...

María conoce mi aventura⁴¹¹. Pero lejos de comentarse desfavorablemente mis intenciones de huida, se me compadece por haber sido aprehendido en la estación en los

⁴¹⁰ 1911 *incluye* me dijo, queriendo sonreír; pero, luego, ya en la trágica actitud que exigían las circunstancias, agregó

momentos en que tomaba el tren y se me reputa, punto más, punto menos, como un héroe. En la hacienda de Esperanza y alrededores mi fama se ha agigantado. La coincidencia de mi encarcelamiento con la iniciación de tratados⁴¹² entre el gobierno y Madero en Ciudad Juárez^m ha provocado la agitación más intensa y ahora ya todos quieren la guerra.

—Usted comprende —dice María—, Madero no es un tonto⁴¹³ para dejarse jugar el dedo en la boca⁴¹⁴ y ha hecho muy bien en exigirle su renuncia a don Porfirio⁴¹⁵. ¿Quién no habría hecho lo mismo? México entero quiere ya que ese hombre se vaya.

⁴¹⁶Su ficticia indignación la ponía más hermosa. La dejé hablar ya sin la menor resistencia a sus encantos. Me sometía sin reservas. Su ajustado traje negro, sus brillantes cabellos negros, sus delicadas cejas negras, todo estaba dispuesto para el esplendor de la blancura apiñonada de su rostro y de sus manos giocondinas.

Interrúmpese un momento, mira de un lado al otro, luego acerca su boca y me dice muy quedo:

—Toño se levanta con toda la gente de Esperanza esta misma noche para venir a sacarlo.

Di un salto, cual si me hubieran prendido una avispa.

—¡Qué disparate! Diga a Toño que no se mueva⁴¹⁷. Desde que he sido atrapado por los rurales⁴¹⁸ me siento, al fin, en sitio seguro y dueño de la tranquilidad que me faltaba.

⁴¹¹ 1911 *incluye* de la estación donde fui aprehendido en los momentos mismos en que tomaba el tren del norte

⁴¹² 1911 *incluye* de paz

⁴¹³ 1911 *idiota por* tonto

⁴¹⁴ 1911 *incluye* de fullero Díaz

⁴¹⁵ 1911 *incluye* yo habría hecho lo mismo... México entero hará lo mismo

⁴¹⁶ 1911 *incluye* Indignada, María estaba bellísima. Y yo la dejo hablar, y conscientemente me entrego al yugo de su encanto femenil. Ni la más leve intención de defensa, ni un asomo de entereza para afrontar un ataque. Se ha adueñado de todas las posiciones

⁴¹⁷ 1911 *incluye* que es una barbaridad lo que pretende... Si por mi se arriesga, debo decirle a ustedes con toda franqueza, que

⁴¹⁸ 1911 *gendarmes por* rurales

No quiso advertir mi arranque imbécil o atendía más a mis manos, que desde el principio de la entrevista se habían apoderado de las suyas⁴¹⁹. Con movimiento nervioso intentó retirarlas; pero la detuve con tal gesto de súplica que cedió, y sus carrillos se arrebolaron.

Y éste fue el instante más delicioso de Andrés Pérez, maderista.

—¡Qué amiguitas tiene⁴²⁰! —me dijo⁴²¹ el⁴²² director político, mirando como un papanatas a mi bella enlutada que se iba, haciendo gala de su gracia y salero.

—Cuídese mucho —le respondí—, porque esta dama pudo haberme traído rifles, ametralladoras y bombas de dinamita.

—Sí, está bien; pero mientras no me explique por qué se puso esos trapos de mezclilla y ese gorro de soyate...⁴²³

Por no engolfarme de nuevo en discusiones con este zote, preferí volverle la espalda y dejarme tragar otra vez por el galerón⁴²⁴ inmundo.

En mi aislamiento las ideas se me clavan con obstinación. La visita de María me intriga⁴²⁵ toda la mañana. Pienso en el levantamiento proyectado por Toño y de allí doy un salto a Ciudad Juárez, bruscamente sorprendido de la debilidad catastrófica del gobierno

⁴¹⁹ 1911 Por fortuna este arranque estúpido no fue advertido por ella. Mi linda amiga había comprendido, o fingía comprender hasta ahora, que yo no abandonaba su manecita suave y tibia desde que comenzó nuestra entrevista *por* No quiso advertir mi arranque imbécil o atendía más a mis manos, que desde el principio de la entrevista se habían apoderado de las suyas

⁴²⁰ 1911 —Qué amigas gasta usted— *por* —¡Qué amiguitas tiene!—

⁴²¹ 1911 dice *por* dijo

⁴²² 1911 *incluye* baboso del

⁴²³ 1911 vestido de mezclilla no puedo darle crédito *por* de mezclilla y ese gorro de soyate...

⁴²⁴ 1911 bodegón *por* galerón

⁴²⁵ 1911 labra *por* intriga

porfiriano⁴²⁶, de la caída de un régimen que me parecía invulnerable y de la aurora de un cambio social que nunca creí posible.

Estos pensamientos, tan ajenos a mis preocupaciones habituales, me fatigan tanto, que al acabar de comer me tiro en un jergón y me quedo profundamente dormido.

Y de nuevo me despierta el malhadado grito:

—Éeeese Andrés Pérez a la reja...

Una visita tan sorprendente como la de esta mañana. Don Octavio, el hacendado de La Cruz Alta.

—Le tengo simpatía y quiero serle útil de algún modo, joven. El director político es mi amigo y he conseguido desde luego el permiso para que salga usted a desentumir las piernas durante un par de horas conmigo. Los alrededores de este pueblo son muy pintorescos.⁴²⁷

Le hago reparar en mi pobre indumentaria⁴²⁸ y le ruego me espere unos breves minutos, mientras me pongo la ropa nueva que María me envió esta mañana.

Salimos brazo a brazo⁴²⁹. Naturalmente le relato mi penoso suceso:

—Todo es resultado de esa leyenda estúpida⁴³⁰ que se han empeñado en formarme desde Toño hasta el más humilde⁴³¹ labriego. Me disfracé, don Octavio, para escapar de la policía que seguía mis pasos; pero mi intención fue salirme de Esperanza donde la vida se me había vuelto zozobra constante y tormento⁴³². Le juro que en la cárcel me siento más

⁴²⁶ 1911 de Díaz *por* porfiriato

⁴²⁷ 1911 *incluye* Así es que, si gusta, vamos a hacer un corto paseo.

⁴²⁸ 1911 traje de peón de hacienda *por* pobre indumentaria

⁴²⁹ 1911 El hace un gesto de indiferencia, me coge de un brazo, y juntos salimos a la calle *por* Salimos brazo a brazo

⁴³⁰ 1911 absurda *por* estúpida

⁴³¹ 1911 estúpido *por* humilde

⁴³² 1911 materialmente imposible *por* zozobra constante y tormento

seguro que en la casa de mi amigo Toño⁴³³. Dieron en ponerme en la situación más falsa y ridícula.

—En efecto —me respondió con ostensible turbación.

Permaneció callado y pensativo largo tiempo; después me dijo sonriendo enigmáticamente:

—En efecto. Yo estaba en el mismo error. Y lo siento... por usted.

—Pero ¿es también revolucionario, don Octavio?

—Tal vez sin quererlo yo mismo.

—Pues no lo creo, aunque lo oiga de sus propios labios —prorrumpí con exaltación—. Yo comprendo que sean revolucionarios Vicente, el mayordomo de Toño, gente inculta; el mismo Toño que es loco⁴³⁴ desde que nació... porque usted lo sabe mejor que yo, don Octavio, esto de la Revolución no es ni puede ser más que una mentira, una mentira enorme. Los pueblos han derramado siempre⁴³⁵ su sangre por arrancarse de sus carnes a los vampiros que los aniquilan, pero no han conseguido⁴³⁶ jamás sino substituir a unos vampiros por otros vampiros.⁴³⁷ Emperadores, papas, reyes, presidentes, su nombre poco importa, son y han sido siempre los mismos. Es ley de la vida que el fuerte devore al débil y se nutra de él. Eso fue y será...⁴³⁸

⁴³³ 1911 *incluye* Reyes

⁴³⁴ 1911 *exaltado por* loco

⁴³⁵ 1911 *eternamente por* siempre

⁴³⁶ 1911 *pero* ni un sólo pueblo, ha conseguido ahora ni *por* pero no han conseguido

⁴³⁷ 1911 *incluye* En un tiempo los vampiros se llamaron

⁴³⁸ 1911 *incluye* Por consiguiente, usted no puede ser revolucionario: ¿Sería el absurdo de los absurdos?

Inclinó la cabeza y permaneció mudo unos instantes⁴³⁹. Paseábamos a lo largo de una avenida de frondosos olmos, dorados por el sol poniente⁴⁴⁰. El silencio del bosque era propicio para las confidencias⁴⁴¹.

—Las convicciones, amigo mío, son unas, los actos del individuo otros —me dijo luego de recapacitar—. Usted no comprenderá la lógica del ateo que en un momento de suprema angustia vuelve los ojos al cielo e implora al vacío, si usted no sabe que atavismo y herencia son inmensamente más poderosos que la fuerza aislada de nuestro yo; porque esas fuerzas estarán siempre prontas a caer como una masa aplastante, apenas ceda un poco la fuerza de la inteligencia a cualquier otra, como a la del dolor, por ejemplo. Usted no comprenderá al individualista anarquista que en un instante angustioso para su país se lanza a la guerra, si usted ignora que el que niega la patria, el que detesta al militar, en el instante supremo en que oye la voz de su raza, todo lo olvida por ella porque significa una fuerza infinitamente superior a la de un cerebro atiborrado de doctrinas. No podrá comprender a un hombre de alta cultura que sabe plenamente que “el universo soy yo” y que el día que vio a un hijo suyo arrebatado por la corriente de un río caudaloso, se arroja a salvarlo, a perecer ciegamente junto a él, si no comprende que la fuerza de la especie es enormemente más poderosa que la del yo, de ese pobre yo, de ese ridículo y fatuo yo a quien en momentos supremos de la vida, atavismo, raza, especie, etcétera, lo descubren en toda su insignificancia y en toda su impotencia^{442 443}.

⁴³⁹ 1911 Don Octavio, inclinada la cabeza calva y cana, permaneció unos instantes mudo, como recapacitando *por* Inclinó la cabeza y permaneció mudo unos instantes

⁴⁴⁰ 1911 tramonto *por* poniente

⁴⁴¹ 1911 aquellas pláticas *por* las confidencias

⁴⁴² 1911 nulidad *por* impotencia

⁴⁴³ 1911 *incluye* Preocupaciones... hemos evolucionado lo suficiente, don Octavio, para ir dando de mano una porción de ideas que nos parecen cuerdas. La prueba la tiene usted en este solo ejemplo

—El mundo marcha, don Octavio. Hoy, por ejemplo, nadie se mata ya por ideas religiosas. Un día nos convenceremos de que la justicia es sólo una palabrota⁴⁴⁴; ese día la guerra por la justicia dejará también de existir.

—Las sociedades tienen esa noción de justicia por una necesidad ineludible del espíritu. Es verdad que ahora quizás no sea sino una palabrota...

—Y una palabrota tonta en pugna con las leyes más elementales de la vida.⁴⁴⁵

—⁴⁴⁶

—¿Eso qué importa? La epopeya del hombre comienza con su aparición en el planeta; su lucha terrible contra la misma naturaleza, su mortal enemigo. ¿Qué es la ciencia sino el contingente de conocimientos acumulados por el hombre contra los elementos del cielo y de la tierra que lo hostilizan desde que nace hasta que se muere?⁴⁴⁷ La justicia es ahora una palabra ¿Y qué?⁴⁴⁸ La electricidad ayer era el rayo que mata y ahora es la obediente y doméstica fiel de esta pobre rana desnuda.

—⁴⁴⁹

Para domeñar la electricidad han sido necesarios muchos cientos de siglos, para hacer algo efectivo de la palabra justicia quizás sean precisos muchos millones de siglos. ¿Y qué? Cuestión de tiempo.

—Entonces ¿Qué me importa a mí la justicia?

⁴⁴⁴ 1911 *incluye* verbigracia es un mito

⁴⁴⁵ 1911 *incluye* antinatural por todos sus lados

⁴⁴⁶ 1911 *incluye* —El hecho mismo de que la idea de justicia sea perfectamente antinatural nada significa. El hombre, desde que apareció en el planeta ha gastado la mayor parte de sus energías en una lucha titánica contra su terrible enemigo, la naturaleza.

—No existe la diferencia tan enorme como usted se la supone

⁴⁴⁷ 1911 *incluye* ¿Qué son la medicina, la higiene, las matemáticas, la agricultura, la mecánica, etcétera, etcétera?

⁴⁴⁸ 1911 *incluye* ¿Cuánto de lo que ayer era sólo una palabra, ahora está al servicio del hombre?

⁴⁴⁹ 1911 *incluye* Sí, pero la electricidad es una fuerza física, algo existente; la justicia es una idea, una abstracción... nada. No hay pues equivalencia alguna

—Cuando me afeito por la mañana, no me pregunto si viviré al mediodía. Cuando laboro por un ideal de justicia, no me importa saber si dentro de cien o de un millón de siglos⁴⁵⁰ se habrá agotado la especie por la que trabajo. Y porque los hombres han podido pensar así, hemos podido alcanzar una etapa superior a la edad de piedra,⁴⁵¹ por ejemplo⁴⁵².

⁴⁵³Pasábamos⁴⁵⁴ cerca de un matorral, de entre las zarzas se levantó un gavián con una torcaz en sus garras. Un grito agudo mío lo hizo huir, soltando su presa. Cogí con mis manos el pajarito⁴⁵⁵ horriblemente eventrado, caliente todavía, dejando plumas rojas de sangre y fragmentos de sus vísceras entre los cardos.

—Explíqueme esto, don Octavio. ¿Ese gavián es criminal? ¿Esa torcacita que hace unos momentos estaba devorando gusanitos vivos sería también criminal?⁴⁵⁶

—¿Cuál es su ideal en la vida, joven?

—Cuentan que Théophile Gautier ofrecía sus derechos de ciudadano por ver a Giulia Grisi en el baño...⁴⁵⁷

⁴⁵⁰ 1911 No me importa saber si dentro de diez siglos, o de cien siglos, o de mil siglos *por* Cuando laboro por un ideal de justicia, no me importa saber si dentro de cien o de un millón de siglos

⁴⁵¹ 1911 *incluye* afortunadamente la humanidad marcha a pesar de los superhombres.

Yo me picaba del tonillo agresivo que cogía mi amigo don Octavio.

—Siempre han sido los que han dudado de alcanzar alguna vez la justicia en el mundo —prosiguió más acremente— aquellos que han sido los derrotados en la vida, es decir, los cobardes, los ineptos, los degenerados; para ellos carecen de significación alguna estas palabras de un sabio contemporáneo: “Ser es luchar, vivir es vencer”. Estas palabras comprendían toda la ciencia de la vida; estas palabras salen ahora al encuentro de las religiones que niegan la vida, de las religiones de los apocados, de los débiles, de los fracasados. Tal vez como lo afirmó ese loco sublime, Nietzsche, la humanidad ha retrocedido enormemente, desde que se dejó seducir por esa religión de los cobardes, que lleva implícita la idea de la justicia imposible. Tal vez el día que los hombres se resuelvan a limpiarse de ese cúmulo de religiones enervantes, como ahora se limpian de los microbios, alcancen al fin la salud, y con la salud la justicia, porque sólo una humanidad sana, amigo mío, puede ser una humanidad justa

⁴⁵² 1911 *no incluye* por ejemplo

⁴⁵³ 1911 *incluye* La casualidad quiso que en ese mismo momento

⁴⁵⁴ 1911 Pasábamos cerca de *por* al atravesar

⁴⁵⁵ 1911 la palomita *por* el pajarito

⁴⁵⁶ 1911 *incluye* Porque, con todo esto, no puedo comprender todavía esa palabrota que se llama la justicia

⁴⁵⁷ 1911 *incluye* Théophile Gautier me es simpático.

Esa noche tuve pesadillas:⁴⁵⁸ don Octavio, el de La Cruz Alta, predicaba el sermón...⁴⁵⁹

Después de un frugal almuerzo⁴⁶⁰ —delicadezas de María— espero con ansiedad⁴⁶¹ la visita que me prometió⁴⁶² “si aún es posible”.

Son las doce y no viene. ¿Será capaz ese loco de Toño de levantarse en armas?

Entonces advierto cierta inquietud en la prisión y la insistencia con que los presos me miran. Vaga zozobra me asalta, un malestar indefinible me oprime. Una idea, un pensamiento vertiginoso me llena de pavor⁴⁶³.⁴⁶⁴ ¿Un atentado? No, sería incalificable⁴⁶⁵. Soy inocente. Pero vivimos momentos en que el atentado es normal. Un sudor frío corre por mi espalda.

Un preso me saca, por fortuna, de ese estado de mortal angustia.

—Vengan acá esos cinco jazmines⁴⁶⁶ y ¡viva Madero!...⁴⁶⁷

La odiosa palabra por primera vez me suena a gloria. Acaban de descubrir en la prisión quién soy. Y la agitación de los detenidos obedece a las últimas noticias: mi gente se ha levantado en armas y viene ya en camino a sacarme de la cárcel. Naturalmente conmigo sale libre toda la prisión. Se sabe de un levantamiento general en las haciendas⁴⁶⁸, de un encuentro con los rurales del Estado, aunque con detalles contradictorios e inverosímiles.

⁴⁶⁹Mis nervios se tienden⁴⁷⁰ a reventar.

⁴⁵⁸ 1911 *incluye* y creí oír un sermón pesado, enorme, insoportable, un sermón de

⁴⁵⁹ 1911 *no incluye* predicaba el sermón...

⁴⁶⁰ 1911 *incluye* que me enviaron de la fonda

⁴⁶¹ 1911 desasosiego *por* ansiedad

⁴⁶² 1911 *incluye* para hoy

⁴⁶³ 1911 terror *por* pavor

⁴⁶⁴ 1911 *incluye* Pero eso no, eso sería una monstruosidad,

⁴⁶⁵ 1911 un atentado incalificable *por* ¿Un atentado? No, sería incalificable

⁴⁶⁶ 1911 *incluye* mi jefe

⁴⁶⁷ 1911 *incluye* —me dice al oído, oprimiendo mi mano con efusión muy viva

⁴⁶⁸ 1911 *incluye* de más de mil hombres

⁴⁶⁹ 1911 *incluye* No obstante

Al atardecer hacen llegar a mis manos, con mucho sigilo, una hoja⁴⁷¹ local.

Ansiosamente leo las negras líneas del encabezado:

Gran levantamiento en la hacienda de Esperanza. Los rebeldes se apoderan de un carro de armamento detenido en la estación de Villalobos. Derrota de las fuerzas del gobierno⁴⁷² y muerte del cabecilla de los rebeldes, Antonio Reyes.

473

La tarde es interminable, me abrumba mortal tristeza y mi mente entenebrecida es ajena al regocijo y loco entusiasmo de mis compañeros. Necesito fingirme enfermo. Recluido en un cuartucho inmundo⁴⁷⁴ encuentro en la soledad consuelo para mi dolor.

Paso una noche inquieta. Despierto muchas veces y mis lágrimas mojan mi almohada.

Al otro día⁴⁷⁵ el agua fría me devuelve un poco la calma.⁴⁷⁶

¡Toño Reyes supo morir! Quedar atravesado por una bala en la inmensidad de la llanura yerta, bajo el cielo impasible, es algo mejor⁴⁷⁷ que morir entre cuatro paredes con un tubo de cristal en la boca, aspirando oxígeno⁴⁷⁸.

Mi propia vida me escuece.⁴⁷⁹ Egoísta y ferozmente razonadora, apenas ha sido una vida estúpida.

—¡Don Octavio tiene razón!

⁴⁷⁰ 1911 *tiemplan por* tienden

⁴⁷¹ 1911 *incluye* periódica

⁴⁷² 1911 de la gendarmería rural *por* del gobierno

⁴⁷³ 1911 *incluye* No tengo fuerza para más. Una mole inmensa ha caído sobre mi corazón

⁴⁷⁴ 1911 una pocilga *por* un cuartucho

⁴⁷⁵ 1911 A la mañana siguiente *por* Al otro día

⁴⁷⁶ 1911 *incluye* Una idea viene a consolarme.

⁴⁷⁷ 1911 superior *por* mejor

⁴⁷⁸ 1911 chupando el tubo de cristal del aparato de oxígeno, que da el último combustible a unos pulmones cavernosos... *por* que morir entre cuatro paredes con un tubo de cristal en la boca, aspirando oxígeno

⁴⁷⁹ 1911 *incluye* Mi pobre vida

Durante cuatro días agonizo con mi dolor⁴⁸⁰. La vigilancia se ha redoblado, a nadie se nos permite ya hablar en la reja. La misma comida⁴⁸¹ que recibo de fuera queda decomisada.

A las nueve de la mañana, dos correccionales horriblemente sucios y haraposos entran con un perol de atole, un canasto de tortillas y un barril de frijoles sancochados. Se desprende un olor agrio y nauseabundo. Los presos se acercan a recibir su ración en sucias cazuelas de barro. Yo, que durante cuatro días no he probado un mendrugo⁴⁸², ahora encuentro delicioso el atole blanco y las tortillas nejas⁴⁸³ y duras.

Cada día se agiganta más en mi alma la imagen de Toño Reyes, y bajo su grandeza, que es como una inmensa sombra que me lo oscurece todo⁴⁸⁴, siento mi enorme pequeñez.

¡Soy un ser mezquino⁴⁸⁵, un ruin, un inútil en la vida universal! Mi egoísmo me ahoga.

Don Octavio tiene razón.

—Andrés Pérez, a la reja...

No es el grito destemplado e insolente. Ahora se me llama con voz cortés⁴⁸⁶, casi suplicatoria. El mismo señor alcaide viene a darme la buena nueva: estoy⁴⁸⁷ en libertad absoluta.

⁴⁸⁰ 1911 tristeza *por* dolor

⁴⁸¹ 1911 los mismos comestibles *por* la misma comida

⁴⁸² 1911 bocado *por* mendrugo

⁴⁸³ 1911 masudas, medio cocidas apenas *por* nejas

⁴⁸⁴ 1911 que no me abandona un momento *por* que me lo oscurece todo

⁴⁸⁵ 1911 miserable *por* mezquino

⁴⁸⁶ 1911 discreta *por* cortés

⁴⁸⁷ 1911 la autoridad me deja *por* estoy

Y esta pobre gente con mirada apagada, turbia y oblicua, sufre un sacudimiento. Los ojos cintilan de pronto⁴⁸⁸ con brillo de espadas y me interrogan con angustia⁴⁸⁹.

Intento alejar al alcaide para darle palabras de aliento y esperanza y calmar su agitación⁴⁹⁰.

—Señor alcaide, ¿sería tan amable de recoger mi cartera⁴⁹¹ que tiene en su poder el⁴⁹² director político?

—⁴⁹³Aquí la tiene: él mismo me ha encargado entregársela.

—Sí... pero yo traía diez billetes de a cien⁴⁹⁴ y aquí solo uno aparece...⁴⁹⁵

Muy turbado, el alcaide me da excusas que no comprendo, que él no... que esto y que lo otro.

Entretanto desanudo el paquete⁴⁹⁶ que María me envió, después de su visita.

—¿Qué dice usted⁴⁹⁷? ¿Que el señor director político se ha ausentado? ¿Escapado, dice usted? Perfectamente... con mis billetes.

Vuelto un manojo de nervios el pobre hombre me hace señas⁴⁹⁸ para que me acerque; me ruega que baje la voz y no lo diga delante de⁴⁹⁹ la prisión.⁵⁰⁰ Me suplica que salgamos en seguida y me vista en la alcaidía.

—No tengo prisa alguna, señor alcaide; permítame ponerme aquí mismo mi ropa.

⁴⁸⁸ 1911 repentinamente *por* de pronto

⁴⁸⁹ 1911 ansiosos *por* con angustia

⁴⁹⁰ 1911 alguna explicación a los presos, que calme un tanto su excitación *por* palabras de aliento y esperanza y calmar su agitación

⁴⁹¹ 1911 *incluye* con billetes

⁴⁹² 1911 que dejé al cuidado del *por* que tiene en su poder el

⁴⁹³ 1911 *incluye* El alcaide saca la cartera y me la pone en las manos.

⁴⁹⁴ 1911 Señor alcaide, mi cartera traía mil pesos *por* Sí... pero yo traía diez billetes de a cien

⁴⁹⁵ 1911 Pero aquí no encuentro más de un sólo billete de cien... *por* y aquí solo uno aparece...

⁴⁹⁶ 1911 la maleta *por* el paquete

⁴⁹⁷ 1911 *incluye* alcaide

⁴⁹⁸ 1911 señal angustiosa *por* señas

⁴⁹⁹ 1911 los presos *por* la prisión

⁵⁰⁰ 1911 *incluye* Quiere que pronto me ponga en la calle. Él mismo toma mi maleta

Apenas me miran los presos de pie con el flamante vestido de caqui, mis polainas barnizadas, mi panamá con ancha tira de seda tricolor, prorrumpen en estruendoso aplauso, con todo y las prohibiciones del reglamento. Hasta se oye un tímido grito de ¡viva Madero!

Entonces llega un rumor sordo, lejano, que llama profundamente la atención de todos⁵⁰¹.

—Los maderistas —dice alguien.

Las caras⁵⁰² empalidecen con expectación⁵⁰³ tremenda. El alcaide me saca de la galera casi a empellones y al punto se escapa. Los presos se quedan mudos, silenciosos y amenazantes⁵⁰⁴.

He franqueado la reja de hierro,⁵⁰⁵ el cabo de guardia manda a la escolta que calen bayonetas. Hay rostros blancos como el papel. Las bayonetas entran en los cañones de los fusiles con ruido extraño que acusa temblor⁵⁰⁶ de manos. El rumor se aclara⁵⁰⁷ en gritería y la gritería se acerca creciente, atronadora como tempestad.

Mi corazón late con violencia. Me acerco a la puerta de la calle y veo un inmenso mar humano desbordándose por las avenidas⁵⁰⁸. La plebe, exaltada, se aprieta en las banquetas⁵⁰⁹ y forma racimos humanos en las rejas de las ventanas. Y por en medio viene la caballería de los maderistas, el azulear de sus blusas de mezclilla, el vaivén de sus toscos

⁵⁰¹ 1911 a mi oído, un rumor que yo no puedo conocer, pero que llama profundamente la atención de los presos *por* lejano, que llama profundamente la atención de todos

⁵⁰² 1911 Los semblantes *por* Las caras

⁵⁰³ 1911 impasibilidad *por* expectación

⁵⁰⁴ 1911 terribles *por* amenazantes

⁵⁰⁵ 1911 *incluye* sorprendo una escena de pánico,

⁵⁰⁶ 1911 tremolar *por* temblor

⁵⁰⁷ 1911 *incluye* más y más

⁵⁰⁸ 1911 bocacalles *por* avenidas

⁵⁰⁹ 1911 *incluye* y llena las calles

sombreros de soyate⁵¹⁰ y el flamear de las cintas tricolores a guisa de toquillas. El vocerío es ensordecedor⁵¹¹.

Adentro, los soldados como estatuas, esperan en sus sitios⁵¹². Tengo una idea:

—Abran la reja. Todos los presos en libertad —grito con voz de trueno, con la seguridad de ser obedecido.

Los cerrojos se corren al instante. Los hombres, tímidos todavía, vacilantes,⁵¹³ incrédulos, comienzan a salir cautelosamente, luego se precipitan en avalancha, gritando a voz en cuello:

—¡Viva Madero!

He salvado, pues, a la escolta⁵¹⁴ en los momentos precisos en que entra la muchedumbre por la calle de la cárcel. Se acercan⁵¹⁵ las caras requemadas, toscas, de miradas ardientes, las cabezas crespas y erguidas, los pechos anchos y cruzados de cananas.

Toda esta gente me es conocida. Pero siento que por encima de ellos algo flota que los eleva y que los ennoblece⁵¹⁶: el espíritu de Toño Reyes.

Atruenan los vítores, cuando de pronto un maderista gallardo y erguido se alza entre la multitud y me llama. Es Vicente, el mayordomo de Esperanza. Me cohíbo y me niego a montar en el alazán de Toño Reyes que me trae de la brida. Un rubor intenso me quema; pero no es ya sólo Vicente, sino los peones de Esperanza, mis compañeros de prisión y todo

⁵¹⁰ 1911 palma *por* soyate

⁵¹¹ 1911 la grita prosigue estruendosa, ensordecedora *por* El vocerío es ensordecedor

⁵¹² 1911 Torno al interior, los soldados permanecen estoicos en sus sitios, como sorprendidos en un ataque de catalepsia *por* Adentro, los soldados como estatuas, esperan en sus sitios

⁵¹³ 1911 *incluye* y con la mirada empañada y oblicua, y después borbota dando grandes gritos y vivas a Madero, el centenar restante

⁵¹⁴ 1911 ¡Los soldados quedan salvados! *por* He salvado, pues, a la escolta

⁵¹⁵ 1911 Veo acercarse *por* Se acercan

⁵¹⁶ 1911 engrandece *por* ennoblece

el pueblo, quienes me levantan como una pluma y me suben en el caballo, en medio del atronar de los vivas a Madero y al coronel don Andrés Pérez.

Y he de recorrer las calles a la cabeza de la columna. En tremenda gritería se ahogan los repiques de los campanarios⁵¹⁷, los cohetes del pueblo⁵¹⁸ regocijado y los disparos al aire de la turba maderista.

Cuando al final del desfile, pletórico de entusiasmo⁵¹⁹, de ilusiones y de esperanzas, el pueblo me ha contagiado de su fe y de su regocijo, y rindo en lo más íntimo de mi alma un recuerdo a mi ingenuo amigo Toño⁵²⁰, me sorprende entre la multitud informe una cabeza cana, una cabeza blanca, una cabeza que se levanta y busca con obstinación mis ojos; una cabeza que tiene el poder suficiente para fijarme: sus ojos aquilinos se me clavan y su sonrisa de sarcasmo, ⁵²¹sonrisa de Mefistófeles.

¡Mi amigo don Octavio⁵²²!

Los acontecimientos se sucedieron con tanta rapidez que acabé por perder mi libertad de acción y de pensamiento. Al bajar de mi caballo, una multitud de delegados me rodeó, presentándome sus felicitaciones por el éxito de nuestra santa causa, y cada quien se disputaba la primacía de mi mano tan poco olorosa a pólvora. Distinguíase por ganarme la

⁵¹⁷ 1911 las iglesias *por* los campanarios

⁵¹⁸ 1911 de dinamita del populacho *por* los cohetes del pueblo

⁵¹⁹ 1911 vida *por* entusiasmo

⁵²⁰ 1911 cuando me siento arrebatao por el entusiasmo de las multitudes ebrias; cuando me siento capaz de todas las grandezas de los guerreros; cuando quiero rendir un recuerdo a la memoria bendita de mi amigo Toño Reyes *por* de ilusiones y de esperanzas, el pueblo me ha contagiado de su fe y de su regocijo, y rindo en lo más íntimo de mi alma un recuerdo a mi ingenuo amigo Toño

⁵²¹ 1911 *incluye* la maldita

⁵²² 1911 *incluye* que me mira

atención⁵²³ un pequeño hidrocéfalo. “¡Cuidado, que es el cacique gordo!”, me dijo al oído el rapista del pueblo. Volví la cara y me encontré unos ojos negros y unos bigotes enroscados; el hombre se hizo tres dobleces y me saludó en nombre de “Sufragio efectivo⁵²⁴. No reelección”, club de zapateros, barberos, panaderos, etcétera⁵²⁵. Luego otro tipo amarillo y gelatinoso como sanguijuela⁵²⁶, se inclinó reverentemente, las manos sobre el pecho, bajó los ojos, y musitó: “Dios, patria y libertad”.

No sé cómo fue ello, pero de pronto me sentí arrastrado⁵²⁷, metido a viva fuerza en una carretela⁵²⁸, codo a codo con el pequeño hidrocéfalo, jefe de los caciques locales. Bajamos en su propia casa donde nos esperaba un grupo de barbones,⁵²⁹ vestidos de caqui nuevo,⁵³⁰ botas amarillas y sombreros de paja con anchas cintas tricolores.

Me quedé estupefacto: ⁵³¹el coronel Hernández⁵³², don Cuco el periodista, los enemigos más rabiosos de Madero⁵³³, militando ahora en nuestras⁵³⁴ filas.

Nos abrazamos efusivamente. A las primeras copas convinimos en que todos habíamos llegado, aunque por diversos caminos, al triunfo de nuestra santa causa.

Cuando pude reaccionar y darme cuenta cabal de mi absurda situación, mi primer pensamiento fue buscar la salida, huir, correr como un loco o un desesperado. Pero vinieron más copas y con ello se extinguió la poca lucidez que quedaba en mi cerebro.

⁵²³ 1911 su pertinacia en ganar mi atención, acabando por desgarrar una ala de mi blusa, a tanto tira y tira *por* ganarme la atención un pequeño hidrocéfalo

⁵²⁴ 1911 libre *por* efectivo

⁵²⁵ 1911 zapatistas, callistas, rapistas, etcétera *por* zapateros, barberos, panaderos, etcétera

⁵²⁶ 1911 flaco como una sanguijuela y rojo pecoso como huachinango oreado *por* Luego otro tipo amarillo y gelatinoso como sanguijuela

⁵²⁷ 1911 *incluye* por el pequeño hidrocéfalo

⁵²⁸ 1911 un cochecillo cojitranco *por* una carretela

⁵²⁹ 1911 *incluye* olientes a machos cabríos

⁵³⁰ 1911 *incluye* cruzados de cananas repletas de tiros,

⁵³¹ 1911 Mi admiración tornose en absoluto embobecimiento, cuando reparé en *por* Me quedé estupefacto

⁵³² 1911 *incluye* y su adlátere

⁵³³ 1911 *incluye* y de la Revolución

⁵³⁴ 1911 sus *por* nuestras

Se comentan con calor los últimos acontecimientos: los escándalos en la capital, la salida a escape de Porfirio Díaz, el ataque de los maderistas a Ciudad Juárez, y el triunfo completo de la Revolución. El general Hernández (ahora el coronel ha ascendido a general por no haber grado más alto) comenta cínicamente la coincidencia de su levantamiento en armas, con la salida del general Díaz a Europa.

Las fuerzas del general Hernández ascienden a veinte hombres. Pero tiene un problema que resolver: siendo todos coroneles, mayores o capitanes cuando menos, les faltan soldados.

—Muy sencillo —responde don Cuco muy grave—. Como ya la lucha terminó, vamos a tener soldados de sobra⁵³⁵.

Por lo demás yo lo encontraba todo perfecto. Si rodamos debajo de la mesa el general Hernández y yo, no fue por discrepancias políticas ni militares, sino por una alusión que se permitió acerca de mi amistad con la viuda de Toño Reyes⁵³⁶. Seguramente nos repartimos sendas bofetadas porque conservo⁵³⁷ una equimosis en la cara y, según datos fehacientes, el general amaneció con un ojo amoratado y un chichón en la frente. Después de ese suceso no sé que ocurriría. Desperté en muelle lecho y en una casa absolutamente⁵³⁸ desconocida. Cuando comencé a vestirme, sorprendido, se entreabrió la puerta y asomó Vicente:

⁵³⁵ 1911 *incluye* un general, cuatro coroneles, ocho tenientes coroneles y siete mayores. Hay un problema pues a resolverse: el reclutamiento de soldados a quienes mandar. “Problema facilísimo, porque como ya se acabó la guerra —dice don Cuco muy serio— va a sobrarnos gente.” *por* Pero tiene un problema que resolver: siendo todos coroneles, mayores o capitanes cuando menos, les faltan soldados.

—Muy sencillo —responde don Cuco muy grave—. Como ya la lucha terminó, vamos a tener soldados de sobra.

⁵³⁶ 1911 María por la viuda de Toño Reyes

⁵³⁷ 1911 *incluye* las reliquias de

⁵³⁸ 1911 todo lo demás se me pierde en absoluto, y sólo sé que otro día, a las nueve de la mañana, me despertaba en muelle lecho, en una casa perfectamente *por* no sé lo que ocurriría. Desperté en muelle lecho y en una casa absolutamente

—Mi coronel...

—Adelante...

—Una carta de la niña. Llegó anoche, pero mi coronel estaba un poco alegrito... digo, dormido...

Una tarjeta⁵³⁹ orlada de negro me anunciaba la llegada de María y la dirección de su nuevo domicilio.

Las emociones más opuestas chocan en mi pecho⁵⁴⁰. La muerte tan reciente de Toño⁵⁴¹; mi deber de ir a visitar a la viuda. Pido agua⁵⁴² para refrescar mi cabeza ardiente. Entretanto mi hospitalario hidrocéfalo viene a hacerme chistes⁵⁴³ de la peor especie.

Trata de congratularse conmigo para que le extienda un nombramiento de teniente coronel, al que se cree ya acreedor por sus servicios y lealtad a la causa revolucionaria⁵⁴⁴.

Casi tengo que amenazarlo con mi revólver para que me deje marcharme a la calle sin su compañía. Pues cuando me disponía a salir se me presentó ya con el uniforme de maderista, las cananas cruzadas sobre el pecho y el sombrero panameño con su cinta tricolor⁵⁴⁵.

⁵³⁹ 1911 *incluye* ancha

⁵⁴⁰ 1911 corazón *por* pecho

⁵⁴¹ 1911 *incluye* hace quince días apenas... La bella enlutada que fue a visitarme a la alcaldía

⁵⁴² 1911 Vicente, agua, agua, de la más fría que encuentres *por* Pido agua

⁵⁴³ 1911 hombre, el de la gran cabeza, y pretende amenizar mi ingrato despertar con gracejos *por* hidrocéfalo viene a hacerme chistes

⁵⁴⁴ 1911 El pobre diablo pretende un grado militar entre mi gente. La verdad es que tiene, más que dotes de militar, chocarrerías de soldadera *por* Trata de congratularse conmigo para que le extienda un nombramiento de teniente coronel, al que se cree ya acreedor por sus servicios y lealtad a la causa revolucionaria

⁵⁴⁵ 1911 Media hora después me echo a la calle, no sin haber llegado antes a punto de amenazar con el revólver de Toño Reyes al maldito hidrocéfalo, quien pretende acompañarme, y se presenta con cinta tricolor en el panamá y dos cananas cruzadas sobre el pecho. Pero el hombrecillo se convence y me deja marchar solo y en paz *por* Casi tengo que amenazarlo con mi revólver para que me deje marcharme a la calle sin su compañía. Pues cuando me disponía a salir se me presentó ya con el uniforme de maderista, las cananas sobre el pecho y el sombrero panameño con su cinta tricolor

El pueblo inundado de maderistas me permite vagar⁵⁴⁶ de un lado al otro, sin llamar la atención de nadie.

La tarjeta de María pasa y repasa entre mis manos. Son dos renglones no más, pero dos renglones que me obsesionan con un pecado mortal. Pero Toño me importuna al mismo tiempo. Él, atravesado por una bala en medio de la llanura desierta y bajo la impasibilidad del cielo⁵⁴⁷.

Como la población es pequeña, pronto encuentro⁵⁴⁸ la calle donde María ha venido a residir. Una fachada sencilla⁵⁴⁹,⁵⁵⁰ una gran moña negra en la puerta.

Me clavo en la esquina, sin saber qué pensar, ni qué hacer.

Un muchacho pasa voceando *El Pueblo Libre*. Tomo un ejemplar y pregunto la hora de salida del tren a México. “El tranvía sale dentro de media hora para la estación mi jefe.”

Despliego el periódico⁵⁵¹ y leo sin entender lo que leo, porque nada me interesa: es algo meramente automático y sin sentido. Pero de pronto un encabezado me fija⁵⁵² y me aparta de la mágica fachada.

Los maderistas de última hora: En los momentos en que⁵⁵³ vemos, asombrados⁵⁵⁴, cómo se desmorona la administración porfiriana⁵⁵⁵, enorme como un almiar⁵⁵⁶ de rastrojo, poderosa como un ejército de palmípedos⁵⁵⁷, podrida como una casa de lenocinio, un enjambre de negros y pestilentes moscones escapados de ese antro⁵⁵⁸ donde nunca pudieron ser sino abyectos y despreciables moscones, ahora viene hambrienta a echarse sobre las primicias de la revolución en triunfo. La canalla que no conoció otras armas que las del⁵⁵⁹ incensario ni tuvo más aptitudes que las del reptil, se endereza vacilante, se cruza cartucheras sobre el

⁵⁴⁶ 1911 pasear *por* vagar

⁵⁴⁷ 1911 *incluye* ¡Oh, sombra importuna!

⁵⁴⁸ 1911 *incluye* en mi incierto vagar, por la calle de Mina a mi derecha y al frente,

⁵⁴⁹ 1911 una fachada coqueta y muy sencilla *por* Una fachada sencilla

⁵⁵⁰ 1911 *incluye* y sobre la cantera del dintel, esculpido el número 15

⁵⁵¹ 1911 la hojilla local *por* el periódico.

⁵⁵² 1911 La virulencia de las primeras líneas detiene mi atención *por* Pero de pronto un encabezado me fija

⁵⁵³ 1911 *incluye* el mundo entero

⁵⁵⁴ 1911 *incluye* de una mentira colosal

⁵⁵⁵ 1911 *incluye* deslumbradora como una hoja de oropel

⁵⁵⁶ 1911 una torre *por* un almiar

⁵⁵⁷ 1911 carneros *por* palmípedos

⁵⁵⁸ 1911 lupanar *por* antro

⁵⁵⁹ 1911 *incluye* vil

pecho y se prende cintas tricolores⁵⁶⁰. Y son ellos los residuos⁵⁶¹ excremencios de la dictadura, la piara de lacayos sin dignidad ni conciencia... son ellos⁵⁶², los eternos judas de todos los gobiernos, de todos los credos y de todas las religiones...

Suspendo⁵⁶³ sofocado⁵⁶⁴ la lectura. Siento vibrar en estos renglones el espíritu de Toño Reyes como látigo⁵⁶⁵. Decididamente tomaré el tranvía. Faltan pocos⁵⁶⁶ minutos.⁵⁶⁷ Por última vez clavo mis ojos en la puerta cerrada y en las canterías, y sofoco un suspiro.

Se oye un vocerío⁵⁶⁸ por el rumbo del cuartel de los maderistas⁵⁶⁹, luego⁵⁷⁰ un disparo. Me detengo como los transeúntes, asustado. Mucha gente atraída por el escándalo se encamina al cuartel más tarde, con enfermiza curiosidad. Una nueva descarga cerrada⁵⁷¹ hace retroceder a los curiosos que se dispersan. Las mujeres se refugian en los zaguanes, en las tiendas; pero en breve, puertas y ventanas se cierran con estrépito.

Oigo gritos sordos y confusos:

—¡Viva Madero! ¡Viva la Revolución!

Un maderista pasa corriendo y lo detengo:

—¿Qué ocurre?

—Acaban de matar al capitán, mi jefe.

⁵⁶⁰ 1911 *incluye* en el sombrero

⁵⁶¹ 1911 menguados *por* residuos

⁵⁶² 1911 *incluye* los que se postraron de hinojos ante Bernardo Reyes, cuando husmearon que Bernardo Reyes era el futuro poderoso. Los que más tarde corrieron a arrastrarse con sus dignos compinches los de *El Debate* a lamerle las botas a Ramón Corral, cuando creyeron que Corral iba a ser el grande. Turba de pordioseros, que por insignificantes, por anónimos, ni siquiera merecieron ostentar en su frente de ilotas el hierro infamante de la ignominia... son ellos,

⁵⁶³ 1911 Detengo *por* Suspendo

⁵⁶⁴ 1911 estupefacto *por* sofocado

⁵⁶⁵ 1911 una tempestad *por* látigo

⁵⁶⁶ 1911 diez *por* pocos

⁵⁶⁷ 1911 *incluye* La hojilla local me obsesiona y voy al final del artículo: “Pueblo mexicano: no has triunfado, mentira; mientras no sepas arrojar lejos de ti a esos buitres voraces, a esos ladrones de cadáveres, a esas hienas que se echan sobre los restos calientes todavía de los soldados de la libertad y de la democracia, a robarles de entre sus manos crispadas aún, lo único que llevan ¡su grandeza!... tu triunfo es una quimera, tu triunfo es una pobre alucinación de moribundo...”

⁵⁶⁸ 1911 *incluye* extraño

⁵⁶⁹ 1911 *incluye* atrae mi atención

⁵⁷⁰ 1911 *incluye* oigo

⁵⁷¹ 1911 *incluye* me inmoviliza

—¿A quién?

—A Vicente, mi coronel⁵⁷².

—¿Al mayordomo de Esperanza?⁵⁷³

—⁵⁷⁴Su valiente compañero de armas lo acaban de asesinar —me dice don Octavio, que llega jadeante—. Vengo de verlo.⁵⁷⁵ He sido testigo de esta villanía.

—¿Usted en el cuartel, don Octavio?⁵⁷⁶

—Desgraciadamente. El coronel Hernández me hizo que lo acompañara a felicitar a los rancheros por la valiente batida que les dieron a los rurales, quitándoles el carro de parque de la estación. Una condescendencia tonta. Pero nunca me imaginé lo que allí iba a ocurrir⁵⁷⁷.⁵⁷⁸ El coronel se ha presentado exigiendo que se le reconozca como jefe de la fuerza. Vicente fue el primero en protestar con energía⁵⁷⁹. Gritó el coronel Hernández y más recio le respondió Vicente. Aquél amartilla su pistola y éste con infinito desprecio le escupe la cara. Si ese imbécil de don Cuco no desvía el cañón del revólver de Vicente, en vez de que la bala se hubiera incrustado en la pared se la mete en el pecho a ese miserable⁵⁸⁰ Hernández.⁵⁸¹ Pero entonces ocurrió lo inverosímil, lo inexplicable, lo

⁵⁷² 1911 *incluye* el de la hacienda

⁵⁷³ 1911 *incluye* ¡No es posible!

⁵⁷⁴ 1911 *incluye* Es exacto, amigo mío,

⁵⁷⁵ 1911 *incluye* ¡No me imaginaba tanta audacia y una cobardía tan grande!

⁵⁷⁶ 1911 —Pero, ¿qué diablos hacía usted en el cuartel, don Octavio? *por* —¿Usted en el cuartel, don Octavio?

⁵⁷⁷ 1911 —Un encuentro con el coronel Hernández, y mi condescendencia estúpida en acompañarlo al cuartel porque iba a felicitar a los muchachos por la valiente batida que dieron a los gendarmes del Estado... ¡Bribón!... ¡No me imaginaba a lo que podrían llegar ustedes, maderistas de ocasión...! *por* —Desgraciadamente. El coronel Hernández me hizo que lo acompañara a felicitar a los rancheros por la valiente batida que les dieron a los rurales, quitándoles el carro del parque de la estación. Una condescendencia tonta. Pero nunca me imaginé lo que allí iba a ocurrir

⁵⁷⁸ 1911 *incluye* Don Octavio me sorprendió con su intencionada frase. Sus miradas pretendían confundirme; su gesto me abrasaba; y recuerdo luego, su mirada de la víspera, cuando me sorprendió al frente de la caballería maderista en su entrada triunfal. Sería inútil, pues, el que yo pretendiera sincerarme. Pero hago oídos sordos a los dicitos de don Octavio, e interrogo al maderista. El mozalbete, con lágrimas en los ojos, me refiere tosca y brevemente lo ocurrido

⁵⁷⁹ 1911 se negó rotundamente y con eso se armó la gorda *por* Vicente fue el primero en protestar con energía

⁵⁸⁰ 1911 bandido *por* miserable

absurdo. El monstruo fascina con sus gritos salvajes a los infelices peones de Esperanza. Y a los propios hombres de Vicente les ordena que lo desarmen, lo aten y le formen cuadro⁵⁸². Vicente cayó desplomado con los ojos abiertos, asombrado sin duda de ver a los que nacieron esclavos..., esclavos todavía, esclavos hasta morir... ¡eternamente esclavos!

Miré intencionalmente⁵⁸³ a don Octavio, yo quise que mis ojos le dijeran⁵⁸⁴ mi triunfo aplastante y brutal. Pero él ya no se ocupaba de mí.

—La infamia de este canalla ha sido tan grande que ha obligado a estos parias a desfilar ante el cadáver de su jefe, gritando: “¡Viva Madero! ¡Viva la Revolución!”. Estos maderistas de pega... los de ocasión y última hora⁵⁸⁵. ¿Qué opina⁵⁸⁶ usted?⁵⁸⁷

Su misma mirada de ayer me confunde y me abrasa. Cualquier intento de sincerarme sería inútil. Me salgo, pues, por la tangente:

—Pues opino, amigo don Octavio, igual que usted: ¡Qué viva Madero y qué viva la Revolución!

Se chupó los dientes y sin despedirse me lanzó a la cara:⁵⁸⁸

—¡Cerebro de pájaro!⁵⁸⁹

⁵⁹⁰Me encaminé al encuentro del tranvía que asomó en la bocacalle; sólo que al pasar por el zaguán de la casa de María me detuve, vacilé un instante y penetré.

⁵⁸¹ 1911 *incluye* Don Octavio no podía hablar, las palabras se le quebraban en los labios temblorosos

⁵⁸² 1911 *incluye* y que apunten

⁵⁸³ 1911 significativamente *por* intencionalmente

⁵⁸⁴ 1911 miradas lo hirieran como *por* ojos le dijeran

⁵⁸⁵ 1911 De esa calaña son ustedes, maderistas de última hora... ¡los mismos... los mismos... los mismos...!
por Estos maderistas de pega... los de ocasión y última hora

⁵⁸⁶ 1911 dice *por* opina

⁵⁸⁷ 1911 *incluye* No pude soportar más; cogí la cinta tricolor de mi panamá, la arranqué de un tirón, la arrojé a los pies de don Octavio, y dije

⁵⁸⁸ 1911 *no incluye* Se chupó los dientes y sin despedirse me lanzó a la cara:

⁵⁸⁹ 1911 *incluye* me contestó olímpico

⁵⁹⁰ 1911 *incluye* Y yo, sin despedirme

Notas:

^a *El Globo* periódico ficticio que Azuela crea para ubicar a su personaje Andrés Pérez como uno de sus reporteros.

^b José Yves Limantour (1854-1935), considerado como el artífice de la bonanza y buenas finanzas del régimen porfirista, ministro de Hacienda (1893-1911).

^c Con la expresión periodistas financieros, trata Mariano Azuela de englobar un tipo de periodismo a la norteamericana, donde la información está organizada pulcramente por temas, pero brilla por su ausencia la crítica y la objetividad. Es el tipo de periodismo que se publicó en *El Imparcial* (1896-1914) del México porfirista.

^d Jean Lorrain es el seudónimo de Paul Alexandre Martin Duval (1855-1906) escritor simbolista francés. En la novela, Azuela hace referencia al aspecto provocador de su literatura encarnado en el personaje de María, la esposa de Toño Reyes.

^e Pascual Orozco (1822-1916) revolucionario mexicano. Se sublevó contra Porfirio Díaz (1911) y Francisco I. Madero (1912) y posteriormente reconoció a Victoriano Huerta (1913-1914).

^f José de la Luz Blanco (1866-1933) Su carrera opositora inició simpatizando con el magonismo, para luego afiliarse al antirreeleccionismo. En enero de 1911 se levantó en Temosachic. Al mando de una columna, sostuvo fuertes combates con las tropas federales, destacando los que libró en La Angostura y en La Cantera, en el valle de San Buenaventura. Posteriormente acompañó a Madero y a Villa en el resto de la campaña. Participó en el ataque y toma de Ciudad Juárez, en abril y mayo de 1911. En 1912 combatió el orozquismo.

^g *El Debate (Ojo por ojo diente por diente)*. Se publicó del 5 de junio de 1909 al 12 de noviembre de 1910. Sus oficinas se ubicaban en el edificio de La Mexicana esquina Plateros y San José Real. Tenía un costo de un centavo y en el interior de la República de cinco centavos. Su director fue Guillermo Pous y el jefe de redacción Luis del Toro. Sus integrantes fueron Francisco González Mena, Miguel Lanz Duret, Manuel Puga y Acal, Francisco M. de Olaguíbel, Manuel H. San Juan, Nemesio García Naranjo, Hipólito Olea, Telesforo Ocampo, Luis Avidal y Flor, Ricardo Lanz Duret, Trinidad Mesa y Salinas, Emilio Valenzuela, Pablo Prida, partidarios de Ramón Corral, vicepresidente en la etapa final de Porfirio Díaz. El periódico se publicaba los miércoles y sábados.

^h Vinatero de Parras, mote peyorativo de Francisco I. Madero. Debido a que la familia de Madero se dedicaba a la viticultura, el sobrenombre relaciona el consumo de bebidas alcohólicas con la debacle moral del pueblo mexicano.

ⁱ Rosendo Pineda (1855-1912), abogado y diputado. Fue secretario particular de Porfirio Díaz del y jefe del grupo de los Científicos. Político conciliador entre liberales y conservadores, e integrador de jóvenes talentosos al gobierno de Díaz en las postrimerías del Porfiriato.

^j Jesús Urueta (1867-1920), abogado, político, bibliotecario, escritor y periodista. Fue miembro prominente del grupo reyista, pero luego se hizo maderista. Colaboró como político e ideólogo del constitucionalismo.

^k Luis Cabrera (1876-1954), abogado, escritor e intelectual revolucionario. Apoyó a Bernardo Reyes para que fuera el sucesor de Porfirio Díaz. Se mostró indiferente ante la campaña de Madero, pero a su triunfo surgió como uno de los diputados más connotados de la XXVI Legislatura. Colaboró con Venustiano Carranza y se enemistó con Álvaro Obregón. Representa a los intelectuales que se sumaron a Francisco I. Madero luego del triunfo de éste.

¹ Juan Sánchez Azcona (1876-1938), abogado, periodista y político. Durante su estancia en París entabló una estrecha amistad con Francisco I. Madero. Crítico de los Científicos y partidario del reyismo (partidarios del general Bernardo Reyes). Poco después se afilió al antirreeleccionismo. En la convención del partido, de abril de 1910, figuró como uno de sus dirigentes y apoyó la fórmula electoral Madero-Vázquez Gómez. Participó como redactor del Plan de San Luis y fue miembro de la junta directiva de la insurrección nacional; también fue nombrado agente maderista ante el gobierno norteamericano. Se unió a la rebelión maderista en Chihuahua; asistió al ataque y toma de Ciudad Juárez y acompañó a Madero en su entrada a la ciudad de México. En contraste Juan Sánchez Azcona es un maderista por los cuatro costados.

^m Pascual Orozco tomó Ciudad Juárez en mayo de 1911; el 21 del mismo mes, Porfirio Díaz firmó los tratados con los rebeldes encabezados por Francisco I. Madero, renunciando a la presidencia. Se denominaron Tratados de Ciudad Juárez.